

**Maldad e ingenio en la obra de picaresca *El guitón Onofre* (1604) del
licenciado Gregorio González**

by

Felipe Moraga

A thesis submitted to the Graduate Faculty of
Auburn University
in partial fulfillment of the
requirements for the Degree of
Master of Arts

Auburn, Alabama
May 10, 2015

Keywords: Spanish Golden Age, Picaresque, Evil, Humor, Gregorio Gonzalez, Guiton Onofre
Palabras clave: Siglo de Oro Español, Picaresca, Maldad, Humor, Gregorio González, Guitón
Onofre

Committee Members:

Ted E. McVay, Jr. Chair, Associate Professor of Foreign Languages and Literatures
David Z. Zuwiyya. Professor of Foreign Languages and Literatures
Pedro Cebollero. Associate Professor of Foreign Languages and Literatures

Abstract

Four centuries have passed since the Spanish picaresque novel, *El gaitón Onofre* (1604), by Gregorio González, was written. However, it has only been four decades since it was published for the first time (1973). Even though it is the third picaresque novel ever written, no more than ten articles have surfaced, and it remains in a very marginal position in the genre.

In *El gaitón Onofre* we find the character of Onofre Caballero, a *pícaro*, who turns into a rich hustler through a series of frauds, and manages to prosper. He has a very sly personality, and mistreats and lies to as many characters as he needs, in order to, first eat, and afterwards become rich. After being sent to jail by the Royal Council, he successfully counterfeits documents, and manages to escape. In order to avoid prosecution, he then joins a monastery. Such an extraordinary progression in society, together with Onofre's sharpness and various intricacies of the novel, breaks the boundaries of the genre.

In this thesis, I analyze an important theme that has not previously been studied, which also is one of the main features of the book: evil, and its variations. This study is divided into five different chapters. The first one is the introduction. The second one is about Onofre's misbehavior and evil nature, and the third one analyzes Onofre's astuteness and its humoristic manifestations. In the fourth chapter, I delve into social criticism, which shows González's perception of social misbehavior. I offer my conclusions in the last chapter.

With this research, I study one of *El gaitón Onofre*'s main themes, and by doing so I try to increase awareness towards this interesting and peculiar novel.

Agradecimientos

Deseo agradecer

efusivamente al ser que me haya creado. Me encuentro en una afortunada situación que no me acabo de creer. La vida está siendo dulce conmigo, y me está ofreciendo unos frutos deliciosos. El huerto parece estar plagado de sana fruta madura, y yo me paso el día saltando para intentar alcanzarla.

afectivamente al motor de mi vida, mi protección y mi inspiración: mis padres y hermanito. Siempre atentos y dispuestos; siempre juntos. Gracias por concebirme, cuidarme, enseñarme y aguantarme.

respetuosamente a mi director de tesis y a mi comité. Su guía me ayuda a descubrir nuevos senderos; su experiencia, a saltar los baches del camino; ellos, a caminar.

amigablemente a todos aquellos que han propiciado que sea quien soy y esté como estoy. Son muchos, y ni yo mismo sabré quiénes son todos.

a Shana Girard.

Felipe (hijo).

**“ Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar , hacer penitencia,
Y luégo vuelta á empezar.**”

—Ramón de Campoamor.

Índice

Abstract.....	ii
Agradecimientos.....	iii
1.0 Introducción.....	1
1.1 Manera de proceder.....	2
1.2 Valoración de la crítica y estudios realizados.....	4
2.0 La malicia	7
2.1 Primeros años: insuficiencia y carencia	8
2.1.1 Insensibilidad y maldad genética en la infancia de Onofre.....	9
2.1.2 Falta de autocontrol en la infancia de Onofre.....	13
2.2 Maldad en la genealogía y posible determinismo.....	16
2.2.1 El carácter honroso de los progenitores.....	17
2.2.2 El carácter honroso de su familia de acogida.....	19
2.2.3 Conclusiones sobre el determinismo en la obra.....	20
2.3 Medrar.....	22
2.3.1 Madurez: etapa de apariencias, conveniencia y aspiraciones	24
2.3.1.1. El elitismo de Onofre.....	29
2.3.1.1.1 La ironía en los nombres.....	31
2.3.2 El valor del dinero.....	32
2.4 Pecados y vicios de Onofre.....	33
2.4.1 La venganza.....	33
2.4.1.1 El primer encontronazo: la frutera.....	34

2.4.2 La gula.....	39
2.4.3 La codicia.....	42
2.5 El papel de Dios y la maldad.....	43
2.6 Propósito de mostrar la maldad.....	45
2.6.1 La maldad en la perspectiva de Onofre adulto.....	47
3.0 El humor grotesco y las malas artes.....	50
3.1 Las malas artes y el ingenio de Onofre.....	51
3.2 El humor grotesco.....	60
3.2.1 Lo grotesco en el maltrato a Onofre.....	61
3.2.2 El personaje grotesco.....	66
3.2.3 Lo grotesco en el estilo	69
4.0 Onofre en su contexto: sociedad y miseria.....	71
4.1 La honra.....	73
4.2 Nobleza, hidalguía y apariencia.....	76
4.3. Los cristianos nuevos.....	79
4.4 El clero.....	81
4.4.1 Religiosidad en Onofre.....	89
4.5 La clase baja y el pícaro.....	91
4.5.1 El mendigo.....	92
4.5.2 Negocios humildes.....	93
4.5.3 Otros personajes.....	94
4.5.4 Pícaros.....	95
5.0 Conclusiones y posibles temas de estudio.....	96
Obras citadas.....	101

1.0 Introducción

El guitón Onofre es una obra de picaresca escrita en 1604 por Gregorio González que, debido a su tardía publicación, en 1973, cuando ya las bases del género estaban asentadas y bien estudiadas, sufrió cierto desamparo por parte de la crítica. No son pocas las antologías editadas que no la incluyen, ya sea por ser éstas publicaciones anteriores a su descubrimiento o por falta de interés o desconocimiento. Buen ejemplo son las compilaciones editadas por Ángel Valbuena Prat, Francisco Rico, Emilio Pascual, o Jesús Cañedo, en las que ni se menciona la obra, a pesar de que algunas incluso incluyen textos que aun sirviendo de influencia para el género, como *La Celestina*, no pertenecen estrictamente al canon picaresco.

Mi intención en esta tesis es llevar a cabo un estudio de *El guitón Onofre* en el que desarrollaré uno de los aspectos que más se espigan en la obra: la maldad. He escogido este tema porque es uno de los más identificables en la obra, y una de las mayores diferencias que existen entre el pícaro estereotípico, que es poco más que un granuja con astucia, y Onofre Caballero.

Debido al límite personal, de tiempo y de espacio, mi tesis contará con cinco capítulos, que estudiarán distintos aspectos de la obra, tomando la maldad como nexo de unión. El primer capítulo es el de la introducción, donde mencionaré mis objetivos, la manera en la que procederé a lo largo de mi investigación y desgranaré lo que ha comentado la crítica sobre la obra. En el segundo capítulo desarrollaré el tema de la maldad y aspectos derivados de ésta, como algunos vicios y pecados en el personaje principal, Onofre. En el tercero analizaré el humor grotesco y la astucia malvada que tanto caracteriza al protagonista. El cuarto tratará de estudiar la maldad y la miseria representada a través del conjunto social que describe la novela. Por último, en el quinto capítulo ofreceré mis conclusiones.

1.1 Manera de proceder

Para no repetir capítulos ni temas, centraré cada parte en una serie de eventos o capítulos que plasmen la idea que voy a desarrollar. Un tema puede aparecer representado en distintos episodios de la obra, pero trataré de analizarlo en el capítulo que creo que mejor lo plasma o en el que tiene más presencia. No obstante, al analizar una única obra, en ocasiones me veré obligado a hacer referencia a algo mencionado anteriormente, o que trataré posteriormente, con el objetivo de dar coherencia y enlazar la narración del tema en el que me centro en ese momento específico.

Habrán capítulos, como el segundo, que trata un tema de vital importancia en la novela y hará aparición en varias ocasiones, pues ayuda a entender los orígenes y personalidad de Onofre; otros episodios, sin embargo, no aparecerán tanto. Esto se podrá deber a tres motivos. El primero, que considere que el capítulo no tenga enjundia suficiente. El segundo, que el tema en el que se centre el episodio de la novela no tenga relación con mi tesis. Finalmente, el tercero, que el capítulo en sí quede ensombrecido por otro capítulo más importante que trata la misma temática; en tal caso la lógica dicta que utilice el capítulo importante y abandone el otro.

En lo que respecta al marco teórico, para el concepto de maldad y maltrato, utilizaré la obra *Facing Evil*, de John Kekes, que es un libro que analiza la idea del mal y la moralidad desde distintas perspectivas, ramas y variantes. Para el tema del humor y la chanza, en esencia utilizaré el primer volumen del *Quevedo and the Grotesque*,¹ de James Iffland, pues proporciona un marco teórico detallado para el posterior análisis del humor grotesco. Este lo conjugaré con otros teóricos como Mijaíl Bajtín. Esta tesis, no obstante, dará más importancia al análisis del texto en sí que a abrumar al lector con teorías de las que ni se era consciente en el Siglo de Oro.

¹ Aunque con sus evidentes diferencias, encuentro que en algunos aspectos hay bastantes parecidos entre el humor de Francisco de Quevedo, y el de Gregorio González. También críticos, como José Miguel Oltra, encontró parecidos entre los modelos humorísticos que ambos autores presentan (73).

Al centrar la tesis en la maldad, inevitablemente tendré que dejar de lado otros temas que son diamantinos en la novela, como la gran intertextualidad que posee, pues el librito bebe de obras como el *Lazarillo de Tormes*, *La Celestina*, la primera parte del *Guzmán de Alfarache* y *El libro de Buen Amor*. No obstante, si mencionar algún ejemplo de intertextualidad me ayuda a clarificar algo con respecto a la maldad de nuestro protagonista, haré mención brevemente a las similitudes; de todas formas, adelanto desde aquí que serán contados los casos en los que esto ocurra.

En lo respectivo a la bibliografía, apenas si hay unos cuantos artículos publicados sobre el libro, lo que incurre en que sea poca la bibliografía que utilice que esté directamente relacionada con la obra, y más teniendo en cuenta que la existente trata más las cuestiones de estilo y la propia historia del manuscrito, que la temática de la obra. De hecho, nunca antes se ha estudiado la maldad en esta obra.

En rigor, hay dos ediciones de *El guitón Onofre*. La primera, que editó Hazel Genéreau Carrasco en Estudios de Hispanofilia, en 1973; y la segunda, que realizó Fernando Cabo Aseguinolaza para Clásicos Almar, en 1988. La que voy a utilizar para este estudio es la revisión y redición que hizo Cabo Aseguinolaza para la Biblioteca Riojana del Gobierno de la Rioja, de la que hiciese en 1988, cuya primera redición data de abril de 1995. He tratado tanto con la edición de Genéreau, como con la de Cabo Aseguinolaza, pero la de Cabo Aseguinolaza es más moderna y considero que también más completa, por lo que toda referencia textual viene de su edición de 1995.

Esta tesis aspira a ser, en primer plano, el humilde trabajo de un estudiante de máster que lucha contra los límites de su propia existencia; en segundo plano, los primeros pasos de lo que pretenderá ser una investigación de mayor empaque sobre *El guitón Onofre*.

1.2 Valoración de la crítica y estudios realizados

Antes de adentrarnos a analizar la obra, conviene repasar de manera breve y sintetizada qué se ha escrito sobre ella. En general, la crítica ha mostrado opiniones bastante tibias sobre la calidad de esta obra de picaresca. En general se la considera mediocre y que bebe demasiado de las novelas anteriores a su concepción. Algunos “sospechan algo veladamente que González cometió plagio” (Schlickers 178). Francisco Rico, en su nota a la edición de 1982 de su *La novela picaresca y el punto de vista*, critica a Hazel G. Carrasco, la joven editora de la primera edición de la obra (1973), y llama a Onofre “monigote pintarrajeado”; juzga el comedido académico que dada su baja calidad, “no es obligado hacerle sitio” en su libro sobre la picaresca (144). Florencio Sevilla, en *La novela picaresca española* (2001), comenta que es “una simple imitación propia de epígono, bien poco aventajado” (XXVI). Fernando Cabo Aseguinolaza, editor de la obra (1995), resume que muchos críticos la juzgan ser un “descalabro narratológico”, pero por otro lado no ve razonable justificar el estilo destartalado de la obra como “el resultado del talento escaso” del autor (36). Jesús Fernando Cáseda Teresa, en “*El guitón Onofre*, de Gregorio González. Una obra picaresca poco conocida” (1999), por otro lado, defiende que Gregorio González era “un hombre formado en los más importantes centros educativos del país, como una suerte de humanista del Renacimiento dotado de una interesante formación cultural y no sólo en las leyes” (285). Sabine Schlickers, en “Gregorio González, *El guitón Onofre*” (2008), da una esperanzada opinión acerca de la obra diciendo que ésta “tiene un significado muy especial que aún no ha sido reconocido o admitido por la crítica” (190).

En lo que respecta a los estudios que se han hecho, Cabo Aseguinolaza hace un análisis sobre las fuentes de la obra, y clarifica algunos refranes. Sarah Laporte, en su “Replanteamiento de la poética de la novela picaresca a través del diálogo” (2012) compara *El guitón* con varias obras de picaresca, con el fin de buscar los rasgos que las unen y las diferencian, puesto que el

género es “extremadamente escurridizo” de definir (539); el suyo es un trabajo mastodóntico. Posiblemente sea el estudio de José Miguel Oltra en “Los modelos narrativos de *El guitón Onofre* de Gregorio González” (1984), el que más acertado sea a la hora de comparar al *Guitón* con otras obras, puesto que, a diferencia de Laporte, se centra en unas pocas novelas, y hace que la información relativa a la obra de González esté más concentrada. Francisco Rico, en “Guitonerías” (1982), hace un breve estudio sobre el origen de la palabra “guitón” (76). Pedro Álvarez de Miranda, en “Una inexistente homonimia: Historia de Gitón (o Getón) y Gitón” (1982), se adentra en una falsa homonimia de la palabra “guitón”, como palabra que designa a un vagabundo y “gitón”, a la que se le relacionaba fonéticamente de manera errónea con la primera. Cáseda Teresa escribe en “*El guitón Onofre*, de Gregorio González. Una obra picaresca poco conocida.” (1999), un positivo artículo donde investiga el descubrimiento de la obra así como el perfil social, laboral y académico del autor. Antonia María Vázquez León desarrolla un estudio sobre los refranes, y concluye con que la obrilla es “una mina paremiológica” (524); a la misma idea llega el estudio de Manuel Criado de Val. Schlickers lanza y defiende la interesante hipótesis de que el libro sea una parodia del género picaresco, y de que su estilo dificultoso se deba no a la incapacidad del autor, sino al deseo de amontonar refranes (184). Alguno de estos críticos ha mostrado su sorpresa por lo poco conocida que es la obra, y lo desamparada que ha estado por la crítica (Vázquez León 521). En general, se llega a la conclusión de que Onofre tiene un mayor porcentaje de influencia del *Lazarillo*, especialmente en los episodios que van desde el primero al séptimo (Oltra 71), o al octavo (Schlickers 182); y del octavo al décimo quinto, del *Guzmán de Alfarache* (185).

Como verá el lector, los temas en los que se ha centrado la crítica que ha abordado *El guitón Onofre*, han sido de intertextualidad, y de carácter fonético, semántico y biográfico. Tristemente, no se ha tratado un tema propio de la obra, sino que se ha estudiado de manera

comparativa. Es por ello que, aunque esté familiarizado con la crítica sobre la obra, pocas veces haré referencia a ésta, a no ser que sea para puntualizar algo preciso.

2.0 La malicia

Tal y como el filósofo John Kekes la define en *Facing Evil* (1990), la malicia es la disposición a actuar de manera opuesta a la que la sociedad percibe como correcta. Ésta es movida por una voluntad malvada, un deseo de que las cosas no salgan como deberían salir y haya personas damnificadas. Puede estar dirigida en contra de la humanidad en su conjunto, o puede estar centrada en alguien o un grupo de personas en particular. Odio, envidia, celos, ira, resentimiento, crueldad y cinismo son algunas de las formas en las que aparece la maldad (79). Los sentimientos fuertes y destructivos que sienten estas personas malvadas han de buscar alguna salida, y la más simple y directa es la de dirigirlos hacia personas y objetos de manera indiscriminada (81).

Resulta llamativo que la maldad aparezca en situaciones en las que la persona ni siquiera necesite utilizarla, y que tampoco tiene por qué beneficiarse mucho quien inflige maldad de un acto de malicia, por lo que resulta necesario preguntarse por qué ocurre la malicia tan gratuitamente. Kekes menciona, y esto puede ayudar a entender la actitud de Onofre, que la malicia puede darse, por ejemplo, como reacción natural a una sociedad que trata a los pícaros con desprecio, puesto que la persona se encuentra como perdedora en una sociedad, y tiene resentimiento hacia ella, por lo que se transforma en un deseo malvado de que la sociedad vaya mal, no con el objetivo de transformarla en algo más (80) sino de que se destruya.

Otro motivo que da es que ellos mismos son víctimas de su maldad, y no se pueden controlar, por lo que son controlados por el odio de la maldad, como consecuencia, son víctimas de ésta y de su descontrol ingobernable (81). Ninguno de estos dos motivos acierta a descubrir qué lleva al Guitón a tener comportamientos malvados ante los personajes, dado que en ocasiones Onofre se comporta mal sin que le hayan despreciado, además de que Onofre sí que puede controlarse; de hecho, justamente ese autocontrol es lo que le hace poder manipular a los demás.

Él es un personaje frío, y se aprovecha de las emociones de los demás para jugar con ellas y dirigirlas hacia su propio beneficio, como veremos en el capítulo del sacristán. Creo más correcto pensar que, aunque siendo como él se adjetiva, una persona tan mala como “caldo de zorra” (145), el Guitón se ve movido por varias fuerzas, dependiendo del momento por el que esté pasando en su vida. Desarrollaré a continuación cada una de las fuerzas que mueven el sentimiento malvado de Onofre, así como el periodo de vida en el que éstas se desarrollan.

2.1 Primeros años: insuficiencia y carencia

Según Kekes, la insuficiencia ocurre cuando hay un desarrollo inadecuado de alguna capacidad que es requerida para tener una conducta moral aceptable. La falta puede ser cognitiva, emotiva o volitiva (71). La cognitiva puede llevar al dogmatismo; la emotiva puede llevar a la insensibilidad. Dentro de esta categoría están todas las personas que son de temperamento frío, que no sienten empatía hacia el sufrimiento de los demás ni entienden lo que sufren los otros (72). No comprenden que el mostrarse una persona vulnerable no tiene por qué ser una debilidad sino que puede ser resultado de abrirse a los demás y de mostrarse receptivo, y actúan como un enemigo íntimo de la persona, que conoce sus vulnerabilidades más privadas.² Esta insensibilidad puede ser causada por algún fallo genético, hormonal, o el medio ambiente personal que lleva a la persona a desarrollar ciertos atributos mientras que suprimen otros (73). Con respecto al tercer tipo de falta, la volitiva, afecta a la capacidad de hacer lo que se debería realizar. Generalmente, es reconocida por los agentes que la producen, como veremos que ocurre en Onofre, y éstos se culpan a ellos mismos de su problema (73), pero no será éste el caso de Onofre, pues no se culpará a sí mismo. Estas dos faltas: la emotiva (insensibilidad) y volitiva (falta de voluntad) se dan durante la infancia del Guitón, y aparecerán desarrolladas en los tres apartados que vienen a continuación.

² Un buen ejemplo de esto lo podemos encontrar en la sección 3.1: Las malas artes y el ingenio de Onofre.

2.1.1 Insensibilidad y maldad genética en la infancia de Onofre

El Guitón vivió con sus padres,³ Jorge Caballero, y Teresa Redondo, que eran humildes labradores, hasta que se quedó huérfano al comienzo de su niñez, y quedó al amparo de Rodrigo Serbán, un amigo viudo del padre de Onofre que haría de tutor. Durante su estancia en casa de Rodrigo, convivirá con el joven hijo de Serbán, al que, como es natural, parece ser que tenían más apego el padre de éste y la vieja Inés, mujer mayor que tenía contratada para que les “sirviese y alimpiase” (74). Es decir, ella era la mujer que se encargaba de educar a los niños, como madrastra de Onofre y de su hermanastro, a falta de madre, pues Rodrigo estaba viudo y no vivía con ellos.⁴ Cuando, al principio de la novela, habla de sus padres, admite que ellos tenían una bondad natural de la que él carecía, lo que nos muestra ya desde raíz esa insensibilidad que mencionaba anteriormente: “Al fin, erais buenos. Ansí lo fuera yo, pluguiera a Dios” (74). Es importante remarcar esto, pues es una de las grandes diferencias que existen entre el Guitón y sus predecesores, así como entre él y la mayoría de obras del género; Onofre viene de una familia humilde pero honrada, y él admite que, a pesar de que sus padres eran bondadosos, él vino ya maleado.⁵ Nos comenta que desde pequeño comenzó a ser travieso, de modo y manera que incluso se ganó mala fama por su comportamiento entre sus conocidos; y cuando se referían a él le llamaban irónicamente “buenos cascos” (74), es decir: tarambana, o “mal quedado”. El propio Guitón admite tener malicia ante el lector, lo que ya no deja duda de su forma de ser: “yo debía de ser mal inclinado, pero lo malo que me dio la naturaleza lo enmendé con buena crianza” (74).

³ La Dra. Sabine Schlickers habla de que en la obra, Onofre no “cuenta su vida pasada para entender su estado presente, o entenderse mejor a sí mismo” (179). Resulta intrigante tal afirmación, puesto que la obra nos narra su vida desde que es un niño pequeño hasta que se mete a fraile dominico. Lo que ocurre de ahí en adelante “lo dej[a] para la segunda parte [...] en el entretanto, los aficionados me perdonen” (221).

⁴ Rodrigo Serbán tiene, que se sepa, dos casas: una en la que habita Inés con Onofre y el hijo de Serbán, y otra en la que habita él (82). Esto hace que nos preguntemos qué condición tendría socialmente el viudo.

⁵ La posible honradez genética de Onofre y de las personas con las que se crió en su infancia, seña de identidad en el género picaresco, será tratado con más detenimiento más adelante, en 2.2: La maldad en la genealogía y posible determinismo.

Es importante remarcar que ahora habla de maldad natural, lo que nos indica que tal vez esa insensibilidad fuese genética, como he mencionado en el apartado anterior. Cuando nos cuenta los sufrimientos que causaba a su cuidadora Inés en casa de su amo, se defiende diciendo que “la vieja” lo trataba mal, pero en realidad no aparece ningún momento en el que ella no le reprima sin motivo alguno. Inés le castigaba por las bellaquerías que hacía, nada más; en ningún momento de lo narrado comienza ella ninguna trifulca.

Lo primero que sabemos que motiva su odio incondicional hacia Inés aparece cuando él le pega dos guantazos a Julianico, que tiene ocho años, con el objetivo de que parase de llorar, lo que incurrió en que el niño se pusiese a hacer pucheros y a gritar. La vieja le castiga dándole pellizcos en el culo, lo que sienta mal a Onofre. Durante el capítulo no vemos que la vieja sea mala; tal vez sí inflexiva y severa, pero no es nada comparable a las enormes atrocidades a las que Onofre la somete al final del segundo capítulo. Además, en favor de Inés, él mismo comenta que cuando ésta va a castigarle por propinarle guantazos al niño, ella “aunque valía poco para perro de arco, aquella vez pareció de casta de pulgas” (78), es decir, que por lo general, ella no era de tomarse grandes agravios. Esto, dicho en boca del Guitón resulta extraño, porque ¿para qué iba a querer darle a entender al lector que él había conseguido sacar de sus casillas a una mujer que generalmente era de personalidad tranquila? El comentario debe responder más bien a una posible intención del autor de remarcar la malicia e insensibilidad del personaje, que no paraba de molestar a la anciana, y maltrataba a su hermano, como bien veremos en el siguiente punto y a lo largo de la novela.

Onofre, aunque trata de mostrarnos situaciones en las que él sale mal parado, para demostrarnos lo mal que lo trataba la vieja Inés, lo único que consigue es que seamos testigos de su propia maldad. En ningún momento se nos narran los sufrimientos por los que tenía que pasar el Guitón en su casa más allá de soportar las llantinas del niño pequeño, o los merecidos

escarmientos que recibía por parte de Inés como sanción por sus pillerías, sino que más bien nos detalla lo mal que se portaba, y hasta se regodea ante sus víctimas y el sufrimiento por el que pasaban. No es únicamente Inés la que castiga a Onofre y es testigo de sus bellaquerías, sino que su tutor, Rodrigo Serbán, y sus empleados, eran conscientes de las locuras del niño, y trataban de castigarlo (82-3). Todas las personas con las que vive Onofre en su infancia en casa de Serbán sufren sus malos comportamientos directa o indirectamente, y muy especialmente Inés.⁶ La pregunta de por qué tiene esa actitud ante ella la responde el Guitón, diciendo que: “una de las cosas que más incitan a los hombres a mal hacer es el odio natural [...] así no hay que espantar que, pues yo tan de mi cosecha se le tenía a esta vieja, procurase su menoscabo” (76). Onofre tiene una maldad natural e inherente a él que le hace tener esa actitud.

Es llamativa la manera que tiene Gregorio González de presentarnos a su Onofre: al contrario que en los pícaros precedentes al Guitón, que muestran en su primera aventura un encontronazo con la realidad que los hace modificar su actitud y adaptar posturas de pícaro, dando un motivo que excuse, o por lo menos explique, el comportamiento reprochable del que seremos testigos, el Guitón ya viene maleado de naturaleza. Por la manera en la que se describe y se estructuran estos dos primeros capítulos de la novela, no cabe duda de que el autor tiene marcada intención de mostrar que Onofre es malvado y retorcido. No sólo adjetivos como “desordenado”, o las variadas veces en las que el personaje se reafirma textualmente ante su maldad, sirven para mostrar la intención del autor, sino también la estructura en sí y a quién afectan sus canalladas. Onofre vive en una casa con Inés y el bebé, hijo de Serbán, pero la olla

⁶ Al contrario que el editor de la obra en su versión más actualizada, el Dr. Fernando Cabo Aseguinolaza, que opina que Onofre “se hallará a las órdenes directas de Inés, la taimada ama, quien, con su maltrato y relegación del hijo de Serbán, encenderá los deseos de venganza de Onofre” (26), defiende que en realidad la víctima es ella y no él. Ella castiga a Onofre merecidamente por sus maltratos a su hermanastro, que no es más que un niño pequeño. Según se narra, en ningún momento vemos que ella le propine correctivo alguno de manera gratuita. A lo largo de toda la obra Onofre admite su maldad natural y castiga duramente a los demás personajes. Para más información, remito al lector a la sección 2.4: Pecados y vicios de Onofre.

que se come no sólo afecta a las dos personas con las que vive, sino también a su tutor, que vive en otra casa, y, para más inri, a los trabajadores de Serbán, que, casualmente, justo han sido invitados a comer de la olla que el Guitón se ha comido. Varios personajes sufren en la anécdota de la olla. Incluso el autor mete a personajes irrelevantes que nunca vuelven a aparecer otra vez en la obra, y la única función que presentan es la de padecer por el egoísmo de Onofre; han sido creados para comer de la olla ese día y ya está, reforzando así la visión negativa de nuestro personaje.

De la misma manera, las personas que reciben la agresión ejercida por Onofre son los miembros más débiles del grupo: Inés, que es una mujer, que encima está en edad avanzada; y por otro lado, al niño pequeño al que propina bofetones y está desamparado ante el descontrol de Onofre. El tutor de Onofre es un hombre, Serbán, pero él nunca aparece enseñándole o cuidando de él, como sí hacía, sin embargo el ciego en el *Lazarillo*. Serbán es el tutor de Onofre, pero no vive con él, por lo que nunca sale mal parado, mientras que los personajes más débiles (la anciana Inés y el niño) sí que viven en la misma casa que el Guitón, que es de propiedad del primero. Además, cuando Onofre es castigado tanto por Serbán como por Inés, él solamente se venga de Inés, no de Serbán. La importancia de estos hechos aumenta si tenemos en cuenta que la persona que narra la obra es el propio Onofre. Es él el que ha elegido meticulosamente qué historias contar y qué adjetivos utilizar para describir sus tentaciones y personalidad. Uno podría pensar que es de sentido común opinar que, ya que el Guitón es el narrador, ha debido elegir los momentos en los que él ha podido quedar mejor ante su público, lo que puede llevar al lector a preguntarse de qué talle serán los estropicios que habrá hecho con Inés en la casa de Serbán que han quedado en el tintero, si éstos que cuenta han de ser, por lógica, los más suaves de “entre muchas” (75) anécdotas que se hayan en su repertorio de descalabros, pues entiendo que Onofre quería quedar bien ante el lector.

Este conjunto de detalles llevan a pensar que Gregorio González tenía una abierta y palpable intención de mostrar que su personaje era malicioso e insensible, y que había que tener cuidado con él, pues no solo se aprovecha de uno, sino que encima al final ese uno sale perdiendo porque el Guitón se vengará cruelmente de cualquier castigo merecido que uno le haya infligido.

Al lector le debe resultar llamativo que el Guitón se comporte así ya desde los primeros años de vida, y que el maltrato ocurra únicamente hacia personas débiles y no hacia Serbán. Aunque no lo deje claro de manera explícita el narrador, mi impresión es que estos desmanes pueden ser consecuencia directa de la falta de que Rodrigo Serbán no esté en casa; es decir, la falta de una mano dura y masculina que encauce y domine la sinvergonzonería y salvajismo de Onofre. Si aceptamos esa conjetura, la obra cobraría una dimensión totalmente distinta, en la que el autor abordaría una crítica de género.⁷

2.1.2 Falta de autocontrol en la infancia de Onofre

En lo que respecta a la falta de autocontrol, característica de la infancia de Onofre, un ejemplo en el que la falta de control, voluntad y sacrificio aparezca representado puede darse durante la estancia en su casa durante su niñez, donde también nos cuenta otra de sus pillerías, esta vez, relacionada con el leitmotiv de la comida en el pícaro. Un día, aprovechando que le dejan al mando de un caldero, se lo come. Hasta aquí sigue perfectamente la estructura de una obra de picaresca: el pícaro tiene hambre porque no le dan de comer, y decide robar o mentir para conseguir llevarse algo a la boca. La principal diferencia es que, en el caso de Onofre, no hay evidencia de que, al menos en su estancia con doña Inés, sea un personaje que pase hambre.⁸ Lo que ocurrió, en palabras de Onofre, fue que estaba removiendo la olla, “pero el diablo [...]

⁷ Este tema puede abrir una interesante línea de investigación, puesto que, como veremos en “4.5.2: Negocios humildes”, esta actitud se repetirá en dos casos más. Dejo aquí esta cuestión, dado que sobrepasa los límites de mi tesis.

⁸ Para más información a este respecto, dirijo al lector a 2.4.2: La gula.

comenzóme a echar varillas de tentación y a ponerme en el olfato un apetito insaciable y deseo desordenado” (77). Esto viene a indicar que, efectivamente, el Guitón no tenía hambre en un principio, pero que el estar dándole vueltas a la olla hizo que el diablo le tentase, lo que minó su voluntad y su autocontrol. Más adelante, cuando se come la olla nos dice: “por eso me supo tan bien el testúz del puerco: porque, como esperaba el tormento, fingílo presente antes de comerla [la olla]” (78). La idea de que fuese a ser castigado le motivó a disfrutar más de la comilona, lo que dota de cierto masoquismo a la escena que muestra la personalidad estrambótica y retorcida del personaje.

La importancia de esta parte es triple. Primero porque rompe con las obras anteriores, en las que el pícaro prácticamente se muere de hambre y está obligado a mentir y a robar si no quiere morir de inanición. Segundo, porque el origen de su hambre viene de la gula y la falta de voluntad, que el diablo provocó en él; es simple capricho, y el hincharse, lo que le mueve aquí. Finalmente, y lo más interesante, es el adjetivo que se le pone al deseo que tiene: “desordenado”.⁹ Sebastián de Covarrubias lo describe como “pervertir [el] orden” o “el mal regido” (312), es decir, la palabra tiene connotaciones morales. El mismo Fray Luís de Granada, escritor dominico del Siglo XVI, escribe “este amor desordenado, con todas las otras aficiones que nascen de él, es el principal impedimento que tenemos para amar a Dios” (426). Los Salmos hablan bastante del “deseo desordenado”, y al respecto avisa que “Prohíbe el *deseo* desordenado nacido de la pasión inmoderada de las riquezas y de su poder” (Granada 519).

Como es de esperar, se come el caldero por la tentación, su falta de buena voluntad y autocontrol, y recibe castigo por parte de la vieja y su amo, que le castiga pegándole azotes en las nalgas. Esta es, según Kekes, la consecuencia directa de la falta de voluntad, cuando la persona bajo la que es responsable se espera que haga lo que se le ha pedido y al final la primera acaba

⁹ Vuelvo a dirigir al lector a la sección 2.4.2: La gula.

decepcionada (73). Cuando la vieja le pega azotes, es decir, cuando se lleva su merecido, Onofre con finísima ironía nos dice que él “solíale decir bellezas; que la gravedad del dolor es maestro del bien hablar” (73), lo que viene a decir que mientras le castigaba, la maldecía e injuriaba, a pesar de que se merecía los castigos de Inés. Como Onofre no le podía vencer en el campo de la agresión física, atacaba con la agresión verbal. Daba igual la situación, que él siempre de alguna manera conseguía insertar algún comentario despreciativo aunque esté en medio de un castigo merecido.

Al final decide vengarse de ella, pues “gustaba yo de quebrarme el brazo a trueco de rompelle el dedo” (73), es decir, que aunque tuviese todas las de perder, quería él salirse con la suya, con toda su cabezonería, lo que muestra otra vez la personalidad taimada que el joven Onofre iba destilando en sus años mozos. En el mismo día también se bebe todo el vino de Inés, e Inés, desesperada, se pone a contarles llorando a las vecinas lo que ha hecho el Guitón, pero se le pasó la cólera y lo perdonó sin castigarlo (85), lo que vuelve a dar cierta humanización y bondad a doña Inés, en contraposición con los sentimientos violentos y rebeldes del joven Onofre. La manera que tiene Onofre de vengarse de la vieja es exagerada y cruel: le hace caer en una trampa en la que Inés se pincha con espinas, se cae a unas brasas y se le vierte un caldero hirviendo de lejía por el cuerpo; nos dice Onofre que “abrasóse viva”.¹⁰ De esta manera tan violenta zanja el Guitón sus disputas con Inés y termina el capítulo (87).

Desde un punto de vista panorámico, se puede mencionar que el joven Onofre, aun falto de voluntad para hacer lo que le mandaba la vieja Inés, conseguía salirse con la suya, e irónicamente, acababa peor parada su institutriz que él. Con el avance de la obra, y conforme el Guitón vaya haciéndose mayor, veremos que su fuerza de voluntad aumentará, en ocasiones de

¹⁰ Esta escena, aunque violenta, contiene gran hilaridad. Se analizarán los aspectos grotescos de la misma en 3.2.1: Lo grotesco en el maltrato a Onofre

manera obligada, pues las situaciones en las que se meta le harán tener que estar, por ejemplo, sumido en el interior de una chimenea colgando durante horas, con tal de llevarse algo a la boca. Tristemente veremos que conforme aumenta la necesidad del personaje, aumentará su necesidad de llevar las cosas a cabo.

2.2 Maldad en la genealogía y posible determinismo

Al estar centrándome en el papel de la maldad en la infancia de Onofre, el lector posiblemente se pregunte, no sin cierta razón, si lo que llevaba al personaje a portarse mal era en realidad el ambiente social en el que vivía. Esta pregunta es importante no solo para indagar en la maldad de Onofre, sino por el propio valor que tiene éste para el corpus picaresco y en el contexto histórico determinista de la época.

En las obras picarescas el discurso de presentación suele acoger en su seno una descripción sobre los antecedentes familiares del personaje, generalmente muy pobres y hasta delictivos, de manera que el lector pueda saber la posición y situación social del protagonista. Lázaro nos revela que su madre era una ladrona, y que su padre fue perseguido y finalmente encarcelado por robar en los costales de harina en la aceña en la que trabajaba: “Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia” (*Lazarillo* 14). Por otro lado, el padre de Guzmán fue perseguido y acusado de logrero, por hacer “cambios y recambios” por todo el mundo; es decir, que con el objetivo de burlar la prohibición del pago con interés en los préstamos, acudió a ciertos engaños, que, en voz de Guzmán acababan “a tiro de escopeta” (Alemán 131 n. 32). Más tarde se trasladó a Argel, donde estafó a los moros, no pagando lo que debía; se casó con una mora “hermosa y principal, con buena hacienda”, a la que dejó pobre, vendiendo su casa, llevándose su dinero y volviéndose a España con sus riquezas (Alemán 132-33). En una sociedad tan encorsetada como la del Siglo de

Oro, donde los hijos aprendían el oficio del padre y les era imposible saltar de estrato social, el determinismo suponía un gran impedimento para medrar en la vida; buena cuenta de ello nos pueden dar las obras de picaresca (García-Seco 548) en las que el pícaro se ve abocado desde mozo a robar y a servir a compañías poco recomendables, manteniendo así el rastro filial marcado por sus antecesores, legitimando el discurso, “adscribiéndolo a un linaje”, y, en resumen, estableciendo “el presente de los pícaros como el resultado de un sistema de producción que se prolonga al futuro” (Montauban 48-9). No obstante, si estudiamos el discurso de presentación de Onofre, podemos ver que el pícaro más malvado que había en aquella época, paradójicamente no tenía ningún antecedente familiar que fuese un mangante, o que le llevase a robar impudicamente en su juventud, y justificase de alguna manera el futuro que llevará el Guitón en el hampa.

Onofre no tiene ningún problema de esa índole, puesto que conoce perfectamente quiénes son sus “buenos padres” (74), y tampoco son ladrones de ningún tipo, o por lo menos eso nos hace creer. Así es cómo él nos lo explica: “Mis padres no eran ricos, pero, aunque labradores, que éste era su oficio, lo pasábamos de los que bien en el lugar” (74). Lo que nos indica que sus padres eran labradores, que aunque no ganaban mucho dinero, tenían lo suficiente para sobrevivir humildemente. Así pues, no aparece en la obra antecedente alguno de familiares ladrones o del más bajo estatus social, que pudiesen predestinar y justificar su futuro, y el carácter delictivo de sus actividades, a pesar de que sí que aparecen, y claramente representados desde el principio, en las obras anteriores al Guitón.

2.2.1 El carácter honroso de los progenitores

La ascendencia de Onofre es humilde, pero para nada miserable, al contrario de lo que pudiese ocurrir en tantas obras de picaresca, en las que los padres son de orígenes extremadamente pobres, y se veían llevados a robar o incluso a prostituirse. Los padres de Onofre

“no eran ricos”, eran simples labradores, trabajo muy común en la España del XVII, y famoso por ser de gente honrada y de sangre limpia. Aunque en Europa comenzaba a desarrollarse la industria, España seguía anclada en la agricultura y ganadería. Especialmente la agricultura era sufrida, dadas las frecuentes sequías que asolaban los campos españoles (“La España”), que bien refleja el Guitón cuando haciendo referencia al trabajo de sus padres dice que “la tierra es mísera” (74). También eran pequeños ganaderos, pues tenían “semovientes”, es decir, ganado: “con siete ovejas y dos gansos” (74); pero todo eso “se consumió”, y, en total, más valor tuvo lo que se llevó el cura en el funeral de sus padres (74). Es de entender que tras la muerte de sus progenitores, a Onofre le queden “no sé qué picizuelas” de tierra, que “sabido lo que eran, no eran nada” (73). Varios capítulos adelante, Onofre vuelve a insistir en la honra de éstos diciendo que intentaba huir de ser desvergonzado para así corresponder a sus antepasados y progenitores (184).

En lo que respecta a la honra,¹¹ su descendencia es humilde, e incluso según la crítica, eran una “familia honrada de labradores” (Cabo 26), pero para nada vergonzante, como podría ocurrir con Lazarillo, en donde se insinúa que su madre pudiese ser prostituta (*Lazarillo* 15 n.13, y Montauban 49) y hasta que su esposa, siguiendo los rumores que se decían por el pueblo, y algunas evidencias, pudiese serle infiel con el cura que concertó su casamiento (*Lazarillo* 132-33, y p. 130, n.18); o en el caso del *Guzmán de Alfarache*, que, después de descubrir los rollos que tiene su madre, nos enteramos, no sin cierta comicidad, de las artimañas que se traía la abuela para buscar un padre apropiado para su hija:

Si mi madre enredó a dos, mi abuela dos docenas. Y como a pollos —como dicen— los hacía comer juntos en un tiesto y dormir en un nidal, sin picarse los unos a los otros ni ser necesario echalles capirotos. Con esta hija enredó cien linajes, diciendo y jurando a cada

¹¹ Más datos sobre la honra serán discutidos en torno a su contexto social en 4.1: La honra .

padre que era suya; y a todos les parecía: a cuál en los ojos, a cuál en la boca y en más partes y composturas del cuerpo, hasta fingir lunares para ello, sin faltar a quien pareciera en el escupir. (160)

Montauban comenta que la prostitución estaba condenada socialmente, y, especialmente a partir del siglo XVII, la Iglesia tenía especial sensibilidad hacia ella. Entiende que “cuando las prostitutas tenían hijos, su existencia resultaba poco menos que incómoda”. Puesto que el cónyuge provenía de una mera transacción: dinero, a cambio de favores sexuales. El francés Pierre Boaistuau, contemporáneo de Gregorio González, escribía que un hijo de una prostituta, será “inmundo, miserable, monstruoso, vicioso, odioso y detestable” (citado en Montauban 73). Guzmán da buena cuenta de esto, cuando dice que: “La sangre se hereda y el vicio se apega” (Alemán 130), y acaba, como Lázaro, siendo un bribón y casándose con una mujer que le es infiel. No obstante, Onofre no tiene ni unos progenitores criminales, ni un pasado deshonesto, y sin embargo sí que lleva una vida pecaminosa, aun incluso mayor que la de sus otros compañeros pícaros.

2.2.2 El carácter honroso de su familia de acogida

Onofre nos da detalles de la situación social de sus padres, como viene siendo natural en este tipo de novelas, pero no nos da información concerniente al rango social que tenía su tutor, que es al cargo de quien pasa su juventud, y la persona que el mismo padre de Onofre, en vísperas de su muerte, puso al cargo de su hijo. Sin embargo, por lo que nos cuenta podemos hacernos una idea de su situación. Para saber el nivel económico de Rodrigo Serbán hay que contar con que era viudo, y tenía un hijo, además de tener contratada a una vieja llamada Inés, que estaba al cuidado de Onofre y de su hermanastro. Pero más importante resulta lo primero que nos cuenta de su estancia con Serbán e Inés, que Serbán tenía en su posesión tierras, pues trae a comer a “unos peones que andaban [...] en heredades de casa” (78), lo que indica cierto poder

económico, pues puede mantener bajo su ala a un huérfano, a una cuidadora, alimenta a varios jornaleros y tiene propiedades heredadas. Además de esto, después de que Onofre le “*golosmee*” (78) la olla, decide llevárselo a otra casa: la casa de Serbán, en donde se encuentran los jornaleros, para que coman y le propine un castigo, por lo que además Serbán tiene, al menos, dos casas en propiedad. El nivel de las casas debe de ser alto, porque, al final del segundo capítulo, un sacristán venido de Sigüenza a la Iglesia Mayor, se aposentó en casa de Onofre porque “era de las mejores”, así que entendemos que el tutor era de las personas que mejor vivían en el pueblo.

Como vemos, el Guitón no fue criado en la inmundicia y en la miseria, y no hay ninguna manera de excusar sus descalabros. Al principio de la obra nos dice al respecto que “yo debía de ser mal inclinado, pero lo malo que me dio naturaleza, si fue algo, lo enmendé con buena crianza, porque muchas veces la costumbre buena prevalece contra la mala inclinación” (74). Onofre nos intenta decir que, si era malo de manera natural, en realidad, el haber sido bien educado y criado hizo que su mala inclinación desapareciese. En efecto, Onofre fue educado en un ambiente que se intuye que es aceptable, y bueno en comparación a los demás pícaros, pero realmente su maldad se ha apropiado de la educación que recibiera de joven. Esto nos hace preguntarnos si la obra, al crear un personaje que no venga de un entorno viciado y que tiene tan mal carácter, no es determinista, sino que defiende la libertad personal del individuo.

2.2.3 Conclusiones sobre el determinismo en la obra

Todo esto pone en entredicho algo dado por hecho en lo que ha sido una de las grandes columnas del género picaresco, es decir, que el origen de la bajeza moral del pícaro “tiene su causa en un linaje vergonzoso (bastardía, sangre conversa, vileza del padre y de la madre)” (Molho 128), y que esto le predetermine su futuro comportamiento moral. En lo que respecta a Onofre, no hay determinismo social en cuanto a la honra, pues él tiene actitudes maquiavélicas desde joven, y a pesar de tener un pasado honrado. En el canon picaresco, “el antihéroe siente

necesidad imperiosa de comenzar siempre su narración por la vida de sus progenitores, describiendo antes que las suyas propias, las vilezas que adornaron a sus padres o abuelos” (Rey Hazas 42). No ocurre esto en Onofre, que se jacta de tener una ascendencia humilde pero honrada, por lo que su origen no justifica su mal comportamiento, pero tal vez sí que sea ésta la razón por la cual Onofre tiene la capacidad de ascender socialmente: dado que sus padres son honrados, él puede escalar, aunque no sea de la manera más justa. Por otro lado, el origen pobre de Onofre puede ser el motivo de que sea retratado tan negativamente. En otras palabras: el que Onofre sea honrado le otorga cierta movilidad social, pero su origen pobre le marca la personalidad y lo deja como pícaro malvado, por lo que cuestiona el concepto de la honradez.

Esta conclusión previa podría dar lugar a ciertas incoherencias, ya que, si así fuese, por este mismo motivo, sus padres deberían ser descritos como si fuesen ladrones, tan ladrones como el Guitón, pues ellos también vienen de un estamento bajo; pero sin embargo esto no ocurre en la obra. El motivo que se puede conjeturar es que hay desconexión entre descripción del personaje y descripción de sus acciones. Onofre en la mayoría de las ocasiones se tilda de ser honrado y, en pocas palabras, una víctima; sin embargo, cuando vemos su manera de actuar, descubrimos que en realidad no muestra con obras lo que él predica que es.

Exactamente lo mismo se puede aplicar al caso de sus padres: el Guitón dice que son honrados, pero, al contrario de lo que ocurre con Lázaro o Guzmán, no detalla ninguna acción que los haya honrado o deshonrado. No aparece descripción alguna de algo que hayan hecho ellos que nos pueda indicar que hay atisbos de picaresca en sus padres. Por lo tanto, con respecto a la manera de ser de los padres, al lector le falta la parte en la que se describen historias suyas o de su vida, que es justamente donde nos percatamos de la maldad de Onofre. Por ello, la primera hipótesis según la cual Onofre escala socialmente por honradez y se comporta mal por su origen pobre, se puede seguir aplicando, ya que no hay evidencias que nos muestren que sus padres eran

pícaros, por lo que tendremos que aceptar —por falta de pruebas que indiquen lo contrario— que sus padres eran honrados.

Teniendo en cuenta la obra desde un punto panorámico, se puede conjeturar que, aunque está plagada de crítica social, el autor no es totalmente determinista, sino que es consciente de que dentro de unos límites, puede haber cierta movilidad social. Hay evidencias de tal pensamiento por el texto: “nunca el sabio murió pobre ni el necio rico” (73), y otros que trastocan el sentido semántico de riqueza: “no son pobres los que poco tienen, sino los que mucho desean”, y algunas reflexiones que relacionan la riqueza a la sabiduría, no a la posesión de riquezas (73). Onofre pasa por muchos estamentos y, hasta donde sabemos, acaba mejor de lo que empezó. A este respecto se podría uno preguntar si el que Onofre no se sienta tan invadido por el determinismo y llegue a estamentos altos implica que el autor quiere insinuar que cualquier persona, a través de la mentira y la pillería puede llegar a alcanzar tales puestos en la sociedad.¹²

2.3 Medrar

El pícaro es un niño que nace en un ambiente miserable y que tiene como principal objetivo el sobrevivir en la vida. El principal factor que le diferencia de un mendigo es su afán: el pícaro desea a toda costa prosperar, sin importar de forma alguna qué cueste o por qué tenga que pasar. Es esa ambición del pícaro lo que le diferencia de otros personajes del mundo marginal (Rey Hazas 73). Siempre desea, con mayor o menor insistencia, medrar y mejorar su situación social a toda costa, cosa que conseguirá con mayor o menor fortuna. Es importante mencionar el medrar no sólo porque es una de las piedras angulares del género, sino porque motivará y propiciará la maldad en Onofre, además de que es la característica más desarrollada en este pícaro en comparación con cualquier otro personaje picaresco —que yo conozca—, tanto anterior como posterior a él. Onofre, como he desarrollado en la sección anterior, muestra vileza y maldad

¹² Esto será discutido con más detalle en las conclusiones.

natural desde su infancia (Kwon 158), pero utilizará su ingenio y malas artes para subir en la escala social, y, de hecho, consigue medrar en la sociedad y rozar el olimpo con los dedos como ningún otro pícaro lo ha hecho nunca. Esta característica de Onofre aparece entre sus hojas desde el principio de la obra. En el mismo comienzo, el propio Guitón confiesa sus intenciones:

“sospecho que tengo de ser como vaho de muladar, que aunque nace de principio humilde, como es su natural ir arriba, se sube al cielo” (71). Es una afirmación contundente y grotesca, ya que se compara con un muladar, que es el lugar en el que se amontonaba el estiércol y los restos en las casas. La metáfora en sí es tristemente realista y consecuente con la situación y el entorno del pícaro, pero se pondrá en conflicto con el discurso que desarrolla Onofre a lo largo de la obra, en la que quiere remarcar su honor y distinción.¹³ De hecho, pocas líneas más adelante, todavía en el principio de la obra, remarca la escalada social otra vez, haciendo un juego de palabras con su nombre: “Séame yo Onofre Caballero, que sí seré” (73), que plasma las hazañas de Onofre, y su intención de que no se ponga en duda su ascendencia honrosa. Más adelante vuelve a incidir en su deseo: “me llamaron Onofre Caballero. Parece que el nombre me pronosticó lo que yo había de ser, porque [...] me pareció que había nacido para el efecto” (73).

El tema vuelve a aparecer en repetidas ocasiones durante la obra, y no es sólo él el que hace tal pronóstico, sino que su propia madre, una humilde labradora manchega, dice en la infancia de Onofre que su hijo “merecía ser príncipe”. Tal audaz comentario resulta cruelmente gracioso al lector, que o ve bien en la humilde labradora una desmedida confianza en las aptitudes de su hijo, o, más bien, un reflejo de la vanidad de Onofre. Probablemente, esas confianzas de doña Teresa no responden a una ciega fe en Onofre y a su futuro, sino más bien a los arrumacos y galanterías tan comunes entre una madre y su hijo. Puestas bajo el prisma de Onofre, más que una demostración de afecto maternal, entiende que es un designio divino. Así

¹³ El elitismo de Onofre aparecerá desarrollado en el apartado 2.3.1.1: El elitismo de Onofre.

mismo parece verlo él: “quien tan buen pronóstico salió no es menos sino que ángeles la alumbraban ” (73). Se nota claramente que Gregorio González juega con las aspiraciones del personaje y su manera de aparentar, pues habrá ironía entre el origen llano del personaje y sus grandes aspiraciones. Los propios nombres que ha dado remarcan, no sin cierta malicia, las elevadas ambiciones del pícaro, como vemos en el siguiente punto.

2.3.1 Madurez: etapa de apariencias, conveniencia y aspiraciones

Si la infancia de Onofre se caracteriza por la falta volitiva y de empatía, durante la etapa de madurez veremos a un Onofre que aun manteniendo estas características, se centra en medrar en la sociedad a través de sacar provecho de los demás, y hacerles caer en la trampa a través de aparentar algo que no es: “Vivamos como virtuosos, aunque no lo seamos” (184). Su escalada social es épica, pasa de ser un pordiosero a un rico embaucador con varios sirvientes bajo su dominio, que viste con espada y cadena doradas.

Según detalla Kekes en *Facing Evil*, la conveniencia consiste en tratar de conseguir beneficios de cualquier tipo sin que importe lo más mínimo el mal que puede resultar de obtener el provecho. Las personas interesadas están muy comprometidas con sus objetivos y han adquirido la suficiente experiencia necesaria como para obtenerlos. La energía, atención y preocupación intelectual y emocional de estas personas está totalmente dirigida de cara a encontrar el éxito. En el transcurso de su búsqueda hacia conseguir el pro, se encuentran con adversidades para conseguir su meta, así que hacen lo que sea necesario para prevalecer por encima de estas dificultades y poder controlarlas. Como consecuencia, acaban causando daño de manera inmerecida a aquellas personas que tienen la mala fortuna de suponer obstáculos para ellos (75). Tal y como apunta Kekes, las personas importantes en la sociedad son las que suelen caer en este “vicio”, porque ven posible llegar a conseguir una gran meta, por lo que aceptan que el fin justifica los medios. Lo que resulta sorprendente es que Onofre, un personaje que

representa la clase más baja, pueda tener unas aspiraciones sociales tan altas pero tan poco elevadas. Volveré a este tema más adelante, ya que primero mostraré ejemplos donde se muestra cómo Onofre estafa, jugando siempre con las apariencias, y sin importarle lo más mínimo lo que pueda pasar.

En su periodo de persona adulta hay múltiples ejemplos en los que podemos ver el rol de la apariencia. Por ejemplo, en el capítulo doce, Onofre después de robar las aves, se hace con una suma considerable de dinero, pero “como los hombres son menos inclinados a la virtud que a los deleites y éstos son consumidores de todos los bienes, como me di a ellos, presto despaché lo que tenía” (183), es decir, que gastó todo lo que había amasado, lo que le hizo condolerse de su “poca prudencia”. Sin nada que echarse a la boca, se plantea brevemente el mendigar, tomando como ejemplo el de unos golfos que cuando van a mendigar fingen tener heridas en la piel para dar pena y así “curar el estómago” (184), aparentando ser más desvalidos de lo que en realidad son.

Con el ingenio del que hace gala Onofre, seguramente hubiese podido obtener algo de dinero de la caridad, aparentando estar enfermo, como había visto que hacían otros mendigos, pero se deshace de tal idea porque “pedir es de desvergonzados” (184). Esta afirmación resulta paradójica, porque poca gente más desvergonzada puede haber que él. Pero en realidad lo que le lleva a desear limosnear es, según nos dice, que con la desvergüenza no se es honrado, y él es honrado (184). No hay un tema moral en el renegar de pedir la caridad, sino que hay un acto de honra, y él está por encima de eso. Así que, aun pasando hambre, Onofre prefiere aparentar “como si hubiera comido cazuela” (185). Decide irse a una “tienda” donde le sirvieron comida y le rechazaron las zapatillas con las que quería pagar, y él se esforzaba en decirles “porque no me tuviesen por tan pobretón, que los dineros se me habían quedado en casa” (186). Les miente con el objetivo de que no le vean como pobre y que no se sienta injuriado por ello. Finalmente, le dejan marchar, pero sin su “ferreruelo”, que es una capa que llevaban los militares, lo que le

supone un gran disgusto a Onofre. Por la manera de reaccionar, se da a entender que la capa daba cierto prestigio social a su portador. Esto se puede inferir si tenemos en cuenta la importancia que le da el Guitón a que le quiten la capa, ya que lo ve como una afrenta (191), y el ir sin ella en la calle le hace sentir vergüenza y de hecho, llega a sentir mucha vergüenza de andar sin capa por la calle: “jamás imaginé que era vergonzoso hasta este punto” (191). La capa le confiere a Onofre un estatus social que él de por sí no tenía, es un instrumento más que usa para hacerse pasar por algo que no es.

Resulta necesario recordar que unas páginas más atrás, el mismo Onofre que aparenta a través de su capa ser una persona honrada y de bien, había estado “desesperado de la comida” (186) y se había hecho con unas zapatillas viejas, deslustradas y usadas que había encontrado en un sitio tan humillante como un muladar (186). Resulta también útil recordar aquí que justamente en el *Lazarillo*, el personaje que ha sido estudiado por la crítica como el que refleja el tema de las apariencias en la sociedad, es decir, el escudero, iba por las calles andando ataviado con una capa y un sayo, aparentando tener dinero, aunque se moría de hambre. El propio Lázaro, siempre despierto de mente, se pregunta a sí mismo sobre su amo el escudero: “¿A quien no engañara aquella buena disposición y razonable capa y sayo y quien pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer [...]?” (*Lazarillo* 83-84). Conforme avanza la novela, el tema sigue apareciendo. Pasó una de las noches sin comer y menciona para excusarse que “muchos honrados hay en el mundo que, por no humillarse a pedirlo, ayunan [...] y, a la mañana, salen muy limpios de las pajas del suelo, más ataviados y [...] más repletos que curas de la Sagra” (González 192).

Las evidencias tratadas anteriormente son pequeños hurtos comparado con el dinero que amasará más adelante. Poco a poco llegará a dominar el arte de vivir de las apariencias, y hará de esto su vida. Lo que antes le servía para conseguir comida, será perfeccionado, y hasta tal punto

que conseguirá convertirse en una persona rica (198). El siguiente nivel de las apariencias y el engaño es el fraude, que se basa en las mismas técnicas: hacer pasar algo por una cosa que no es. En este punto no vivirá él solamente de las apariencias, sino que trabajará con las apariencias también; como él mismo proclama, es “inventor de oficio” (198), no queriendo decir que su oficio sea el de inventor, sino que inventa su oficio. La estrategia que utiliza consiste en hacerse pasar por un voluntarioso vendedor que envía cartas a mercaderes en las que les avisa de algo que les interesa. Para descubrir el ingenio que muestra el taimado Onofre, conviene pararse a analizar la carta que escribe a un mercader de Valladolid, que es además la primera carta que escribe:

A esta villa ha llegado un mercader de Milán que trae grande abundancia de sedas y pasamanos de oro. Dalo todo a bonísimo precio, y, aunque es verdad que caminaba derecho a esa Corte, yo le he detenido y he dicho se le compraría buena cantidad de esta hacienda. Hame parecido que a nadie pudiera yo dar parte de esto con más satisfacción que a Vm., por saber que tiene posibilidad para todo. Vm. lo vea, y, si fuere servido de llegarse por acá mañana, recibiré merced, pues es bien todos nos aprovechemos; y, si no, me mande avisar al punto para que yo me encomiende a otra persona, que tales ocasiones no las hay cada día. (197)

El cebo que pone no puede ser mejor: ha llegado a esta villa un mercader de un sitio tan reputado para el mercadeo como es Milán, y trae nada menos que sedas y pasamanos de oro, artículos extremadamente preciados. Tan afortunado mercader va nada menos que a la corte a vender su mercancía. Es decir, que tanto el origen del mercader, como el material con el que trabaja, como el destino al que va son de altísima calidad; y lo que es más: el precio que da a todos sus artículos es bonísimo. No tiene nada malo ese señor, al parecer. Casualmente, Onofre se lo encuentra y le dice que en esa villa en la que está se le compraría gran parte de la hacienda, y Onofre, en un gesto de filantropía y caridad, decide, en vez de comprárselo él todo y revenderlo

a un buen precio, avisar desinteresadamente a un mercader que no conoce para que pueda sacar tajada del asunto. En la carta, Onofre pone como excusa que si él actúa de manera tan caritativa es porque recibe satisfacción de hacer eso; nada más lejos de la realidad. Para hacer aun más creíble la estafa Onofre le explica que si acaso el mercader de Valladolid se pasase a sacar partido del asunto, Onofre recibiría merced de ello porque él cree que lo correcto es que todos se aprovechen de las sustanciosas materias primas con las que viene el mercader. Por si acaso, para asegurarse que la carta no es una engañifa y que va con buenas intenciones le pide que si acaso él no tuviese interés en tan suculento negocio, que le avise a Onofre para que pueda él ofrecérselo a otra persona, porque esas oportunidades no aparecen cada día, lo que fuerza al mercader a creerle y a unirse al trato. Hay mucha psicología en la carta, que no deja ningún flanco descubierto. Es una oferta tan deliciosa que no se puede escapar a ella.

Tan bien preparadas están las cartitas, que le funcionará el anzuelo hasta tal punto que se hará rico. Onofre apelará en estos casos a la codicia¹⁴ de los mercaderes. Pero lo interesante aquí no es solamente que Onofre se enriquece estafando, haciéndose pasar por mercader, sino el cuidado y la paciencia que pone en su estrategia. Consigue el dinero poco a poco, puesto que la estafa consiste en que él escribe la carta, la envía al mercader, y éste tiene que pagar los portes de la carta, puesto que en aquella época era el destinatario el que pagaba los portes de la carta (Cabo Aseguinolaza 263). Es un proceso lento el que llevó a cabo, poco a poco, carta a carta, pero con paciencia “no había perulero como yo” (198). El Guitón iba preguntando inocentemente a los mercaderes cómo se llamaban para posteriormente mandarles la carta, así fue consiguiendo dinero hasta que sistematizó su trampa, y empezó a dividir la villa por oficios, y escribía a los mercaderes de cada zona cartas sobre el tema que a ellos más le interesaba. Expandió su negocio

¹⁴ “La fuerza de la codicia es normal en el XVI y es considerado el sentimiento renacentista por antonomasia” (Maravall).

de estafa y “víneme a hacer rico en menos de un mes”, y contrató “escribientes; que tenía tantos despachos que yo me molía los hígados”. Hizo de su estafa un negocio muy lucrativo, y diversificó la engañifa, pues no sólo embaucó a mercaderes, sino que estafó a más de cuarenta oficios distintos, desde buñuelero hasta verdugo, pasando por clérigo, boticario, guitarrero o buhonero (199). Aun ya rico, seguía aparentando en su papel modesto: “Cuando iba a dar las cartas andaba con llaneza, pero después me ponía hecho un archeduke [...] con mucha espada dorada, [...] cadena de oro y trencillo a lo de Cristo es Dios” (199). Es en este momento cuando Onofre es rico y ha alcanzado su estrellato creando todo un modelo de negocio él solo, con empleados y varias oficinas, aprovechándose de la codicia y la usura de la gente y haciéndose pasar por mercader.

2.3.1.1. El elitismo de Onofre

Como aparece en citas que menciono en el tema sobre medrar, Onofre tenía aspiraciones de ser alguien importante en la sociedad desde bien pequeño, y en algunas partes muestra cierto elitismo sobre qué es respetable de hacer y qué no lo es. Por ejemplo, aun casi muriéndose de hambre, Onofre cuenta que no quiere pedir caridad y mendigar en las calles, puesto que eso es de desvergonzados: “El pedir es de desvergonzados, y eso tuve yo de bueno, que toda mi vida me precié de corresponder —ansí con la vergüenza [...] como con todos los demás actos puros y honestos—” (184). Onofre ve como un acto de desvergonzados el pedir limosna, y sin embargo roba y estafa todo lo que puede. El mendigo es un ser vicioso por pedir dinero a la gente: “Sin falta diera en mendigo, si fuera hombre vicioso, mas el principio de la virtud es carecer de los vicios” (192). Resume perfectamente Onofre lo que le ocurre por su orgullo: “Consideren agora los que me oyen qué haría yo en la Corte sin blanca, sin posada, sin amigo, sin dueño, sin hurtar y sin pedir: papar viento como camaleón” (185). Él prefiere no comer antes que mendigar. Para Onofre pedir limosna es caer bajo, y supone aceptar la derrota, y él, aunque sea pobre es capaz de

hacer lo que sea posible para no perder, o su condición social de pícaro: “Grande miseria es verse uno determinado a perder, que, aunque no se pierda, es culpable el pensamiento” (192). Es una actitud hipócrita por su parte que cuesta entender, lo más bajo no es robar, sino pedir alimento: “Por no pedir me fuera del mundo”, y el Guitón quiere comer, pero no rebajarse a pedir alimento. Un pobre que quiere sobrevivir pero sin tener que depender de los demás sólo puede vivir a través de la mentira.

Resulta comprensible que una persona quiera medrar en la vida y mejorar su posición social —recordemos que éste es uno de los motivos por los que Lázaro escribe su obra (Rico “Que todo”)—, pero querer alcanzar puestos tan altos en una sociedad tan encorsetada como la del Siglo de Oro resulta tremendo dislate. Llega hasta tal su egolatría que empieza a asemejarse a Alonso Quijano, con sus alucinaciones, pues habiendo dejado claro que sus padres eran labradores, en un momento de grandilocuencia Onofre nos dice que: “mis buenos padres eran nobles”¹⁵ (141). Seguramente si hubiese aceptado mejor su origen humilde y hubiese dirigido sus energías en progresar de una manera más llana, hubiese tenido un mejor resultado. Parece ser que el elitismo es parte inseparable de su personalidad, y su obsesión con hacerse rico a toda costa será tema de chanza para su autor que, como veremos en el siguiente punto, jugará con los nombres para remarcar la ironía existente entre la realidad de Onofre y su sueño.

¹⁵ Esta cita, y otras tantas, han de servir como evidencia para mostrar el error de concepción que tiene el Dr. Cabo Aseguinolaza, pues afirma que los padres de Onofre “Son, además, campesinos con alguna pequeña propiedad hacia los que el guitón parece sentir gran cariño. Incluso se muestra beligerante en la defensa de su origen rústico. Insiste en él y casi se diría que lo tiene a gala” (27). Así mismo, la Dra. Sarah Laporte está de acuerdo en la idea de Cabo Aseguinolaza (198). Bajo mi punto de vista, ambos se equivocan, puesto que Onofre destaca el origen honroso de sus padres, pero no se muestra satisfecho con que sean labradores, ya que él tiene “deseo de perpetuar [su] nombre y de fundar mayorazgos y andar en coche con barahúnda de pajes, máquina de lacayos y abundancia de escuderos” (200), y, si puede alcanzar a ser noble, pues mejor, como indica la cita.

2.3.1.1.1 La ironía en los nombres

El autor jugará con el origen del nombre del protagonista. Éste reluce gran ironía a juzgar por el motivo que se le descubre al lector que es el que originó el que sus padres llamasen Onofre a su hijo. El protagonista nos explica que nació “en el día de señor Sant Onofre”, y, sin que sus padres quisiesen quitarle lo que “Dios y el derecho” le daban, le bautizaron con ese nombre. Suele ser tradición que hoy en día se sigue conservando el poner como nombre el del santo correspondiente al día en el que se nace. De hecho, a eso se refiere el Guitón con “derecho”; es un “derecho” que él tenía por haber nacido en ese día. El Santo en cuestión apenas se le conoce hoy en día, y se trata de San Onofre, que fue hijo de un rey egipcio. Las características por las que es recordado son su honradez y humildad, y por sólo alimentarse de dátiles y agua, y vivía de mabera austera (Torres Villar); particularidades radicalmente opuestas a la identidad del Guitón, que, fuera de pertenecer a la alta alcurnia, nació de padres labradores y, lejos de llevar una vida honesta e intachable, produce descalabros con sus mentiras allá adónde va. La ironía se intensifica si volvemos a su afirmación de que su nombre le fue dado por “Dios y derecho”, ya que, al dárselo Dios, también parece que es un nombre tan adecuado para él, que el mismísimo Dios le hizo nacer bajo el influjo de un santo venerado por su honestidad y decencia. Al parecer, tradición y religión se han puesto de acuerdo en bautizarlo con tal nombre.

El apellido de Onofre no resulta menos contradictorio que su nombre. A pesar de la bajeza de sus orígenes, y la poca cortesía y elegancia de la que hace gala en sus aventuras, tiene el apellido de “Caballero Redondo”, que apunta a algo que no es y que intentará alcanzar. Aunque González apellida muy cortésmente a su pícaro Onofre Caballero, llama a su novela *El guitón Onofre*, teniendo la palabra “guitón” un significado diametralmente opuesto a el que tiene “caballero”. Covarrubias lo definió como: “El pordiosero que, con sombra de romero que va a visitar las casas de devoción y santuarios, se anda por todo el mundo vago y holgacán, mal

vestido y despilfarrado, con jaqueta y çaragüelles de lienço basto; que esto significa su nombre, tomado del griego [...] *chiton*, que vala camisa basta o camisón, *sagulum*” (458).

Este juego entre título y apellido, en el cual el personaje se presenta como caballero, sigue con el nombre del lugar en el que Onofre nace: Palazuelos, pueblo al que el autor se refiere de esta manera: “habrán de saber Vms. que yo nací en un lugar junto a la ciudad de Sigüenza que se llama Palazuelos, y, por mal nombre, Engañapobres” (72). Apunta Onofre que se le llama Engañapobres por ser un lugar que desde el exterior parece ser de “brava ostentación [...] con muchos torreones” haciendo que los incautos piensen que dentro están “los tesoros de Venecia”, cuando, en realidad, dentro no hay más que “chozas derribadas” (72). La tónica del engañar e ironizar con los títulos se da también hasta en el lugar de nacimiento del protagonista, que representa la esencia de Onofre, y del pícaro de entonces: mentir a las personas que tiene más cercanas, que son inevitablemente pobres, y aparentar lo que no se es, con el fin de hacerse pasar por algo que el personaje quiere ser.

Entre tanto refrán y dicho popular, seguramente sean bastantes más las bromas personales y juegos de palabras que se esconden en la obra, pero el paso del tiempo hace que éstos se emborronen. No obstante parece bastante esclarecedor su estudio para indagar en la imagen que quería proyectar su autor sobre Onofre. Como vemos, el jugar con las apariencias se verá a lo largo de la obra no solo en la manera de actuar del protagonista, sino que también en el contenido semántico y los juegos de palabras de algunos personajes.

2.3.2 El valor del dinero

No conviene ignorar la utilización que hace del dinero el Guitón. En el plano del pícaro arquetípico, el dinero sirve para conseguir cambiarlo por alimentos, hacer acuerdos, y poder así sobrevivir, pero para Onofre tiene un fin mayor, pues con el dinero consigue hacer verdad sus mentiras para lograr sus fines. Es de enorme importancia para él, y a lo largo de la novela se

incrementan las valoraciones que hace referidas al oro, al dinero. Dentro de su astucia, en el penúltimo capítulo, encerrado en la cárcel hábilmente va dosificando las entregas de escudos al procurador para conseguir su libertad, para que le cuide, porque sabe que si hace bien su trabajo, recibirá el dinero. Onofre no le da todo lo que tiene de repente, sino que se lo va suministrando, con cuidado (207-13), para que le pueda ir sirviendo bien, y volver a por más. Onofre depende del procurador, y sabe tiene que andar con cuidado, porque el procurador puede subir las tasas a su antojo, y él seguiría encerrado en la cárcel, por lo que actúa cauto y precavido, suministrando el dinero con gotas. Esto contrasta con la actitud que tenía el sacristán, que era todo lo opuesto, como comentaré más adelante. La mayor diferencia en la concepción que hay del dinero entre Onofre y otras obras del género es que al conseguir haber medrado en la vida, adquiere para él una dimensión y una libertad que nunca podrán gozar otros pícaros. Las cantidades de dinero que conseguían los otros pícaros les servía nada más que para poder sobrevivir en el presente más acuciante, sin embargo, el caudal monetario que ha adquirido Onofre a través de la estafa, lo puede invertir para generar más dinero. Cuando Onofre va por la calle armado con dos espadas de oro, muestra a los demás su éxito e incita a que los demás confíen en él, e incluso se vean atraídos por lo que Onofre representa. En esta obra el dinero adquiere un valor instrumental y sirve para propulsar aún más al Guitón.

2.4 Pecados y vicios de Onofre

Dentro del tema de la maldad hay otras variantes de la misma incluidas, ya sean vistas como pecados o vicios, que el Guitón maneja a lo largo y ancho de la novela. A continuación desarrollo algunas de ellas.

2.4.1 La venganza

Uno de los grandes momentos en la lectura del *Guitón* son las venganzas que asestan a los otros personajes con los que se junta. Lejos de ser un pícaro inocente que poco a poco se pierde y

va por el mal camino, desde un principio Onofre ya muestra un carácter retorcido. Buen ejemplo es el caso de la vieja Inés, que he analizado antes, que lo sufre en varios momentos y se lleva macabros disgustos. Pero el caso más reseñable de venganza es el de la frutera, que viene a continuación.

2.4.1.1 El primer encontronazo: la frutera

En cierto momento de la obra, Lázaro de Tormes comienza su aventura con el ciego, dejando a su familia en el camino, y marchándose de Salamanca, donde ocurre el incidente que ha pasado a los anales de la literatura española, el del toro de Salamanca. Lázaro, niño inocente y a la expectativa de descubrir su futuro, siguiendo la petición del astuto ciego, acerca su oreja a la escultura del toro, esperando oír “gran ruido dentro de él” (23), momento que aprovecha el ciego para darle “una calabazada” contra la cabeza del toro. En ese momento, el niño Lázaro sintió en sus propios huesos la vileza de la sociedad en la que vivía, y se dio cuenta de su estado real de desamparo en la sociedad. No caben mejores palabras que las del propio Lázaro para explicarlo: “desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba” (23). Lázaro, tras estar bajo el cuidado de su madre y padrastro, despierta de su sueño y se encuentra con la cruel realidad: necesita “avivar el ojo” (23) si quiere sobrevivir en la vida que le ha tocado “pues solo estoy” (23). De la misma manera, Onofre tiene su primer gran enfrentamiento con la realidad cuando viaja a Sigüenza y don Serbán le da una moneda. Con ella, una vez en Sigüenza decide ir a una frutería a comprar, y esto es lo que ocurre: “Pedí una libra a una frutera y dile mi real para que me lo trocase. Pesó a otros que estaban primero y preguntóme después lo que quería. Dijelo... Al fin me los dio y, como me pidió los dineros, elevéme” (88). La frutera le roba la moneda, haciendo como si Onofre nunca le hubiese dado el real para que se lo “trocase” por comida. Onofre ahí descubre que “aunque en mi tierra era águila, aquí no pasaba mi moneda” (88). La libertad de enredar y desenredar a su deseo, se le acabó a Onofre, porque él había sido tiburón en

una pecera llena de peces, pero ahora le iba a tocar enfrentarse a los verdaderos tiburones. Vuelve a casa de su nuevo amo, el sacristán, le comenta la estafa de la que ha sido víctima, y el sacristán, sin extrañarse, le dice: “Desde hoy, Onofre, comienzas a vivir en otro mundo [...] no te fíes de ninguno ... de hoy en adelante abrir tanto ojo” (89). En esencia, el mismo mensaje que supone el ciego para Lazarillo, y estructuralmente, en la obra este episodio significa lo mismo para ambos personajes: descubrir cómo es el mundo fuera del cuidado del hogar.

La manera en la que el Guitón se venga de la frutera muestra muy bien su personalidad siempre excesiva. Onofre, después de pasar hambre con el sacristán, lleva tiempo rondando la frutería con el objetivo de robarle, y lo consigue en variadas ocasiones: “El mismo agravio es estímulo de venganza [...] estafándole, lo más a mi salvo que podía, hoy uno y mañana otro” (110). De hecho, Onofre a través de estos hurtos consigue retomar su dinero. En sus palabras: “no me debía los menudos del real, pues, como he dicho, le había redimido del cautiverio en que le puso mi ignorancia” (110). Además, la frutera en una de sus conversaciones con el Guitón, le ofrece devolverle el dinero, sin saber ella que Onofre le había robado anteriormente al menos, el mismo importe de dinero que ella le robó al principio, pero Onofre lo rechaza: “estaba de espacio y sin duda necesitada de entretenimiento y quiso pagarme el real en tomarle conmigo, mas no se lo consentí” (110).

Onofre ha tenido dos oportunidades para restaurar su dinero: robando y aceptando el ofrecimiento de la frutera, sin embargo, eso no es suficiente, pues el Guitón necesita vengarse de la frutera. Para ello urde un malicioso plan: en una de las conversaciones que mantenía para despistar a la frutera, ésta se percata de que Onofre tenía una marca en la cara, y él se inventa una historia ridícula sobre una tragedia en la que le dispararon perdigones en la cara en medio de una caza, y que eso le dejó parte de la cara sin huesos ni muela en la boca. Atraída por el morbo, la mujer, le pregunta si puede meterle el dedo en la boca para comprobarlo, y él aprovecha que ella

tiene el dedo en la boca para mordérselo y “se lo hice astillas” (113). En esta escena se refleja la gran diferencia entre Onofre y el pícaro anterior a él: Onofre no perdona. Mientras que Lázaro cae en las mentiras, maltratos y embauques del ciego una vez tras otra, el Guitón es víctima una vez, pero no más. El personaje de González será engañado, pero una vez que descubre el engaño, pueden pasar varios días, y poco a poco él irá maquinando alguna forma de situarse encima de uno y prepararse para atacar.

La mayor parte de lo explicado anteriormente ocurre en un mismo capítulo, el tercero, en el que, aparte de desarrollarnos la trama sobre la frutera, también ocurren otros acontecimientos, y temporalmente dura varios meses, “hasta la Navidad” (94). Sin embargo, la venganza ocurre en el capítulo quinto. Entre el engaño de la frutera y el momento en el que aparece el desenlace con la venganza final de Onofre pasa un capítulo, el cuarto, en el que no se menciona nada relacionado con el caso de la frutera. Aquí somos testigos de una ruptura en la estructura narrativa en la obra, porque generalmente los acontecimientos presentados en la obra se alargan durante uno o más capítulos hasta que llega el desenlace. Todo va seguido y sin requiebros por otros derroteros no relacionados con los personajes que desarrollan la acción principal del evento en sí. Esta ruptura que hizo el autor tiene un propósito psicológico, pues está bien estudiada y meditada, ya que lleva al lector a pensar en que aunque pasen varios meses desde que Onofre es estafado por la frutera (los meses y hechos que ocurren entre el capítulo tres y el cinco), él sigue teniendo en su cabeza una futura venganza contra ella, es perseverante en su maldad. El tiempo le sirve para repensarse y estudiar detenidamente lo que va a hacer, y cuando tiene la mejor ocasión, enviste duramente y sin piedad contra su objetivo.

En los propios títulos de los capítulos podemos ver cómo juega el autor mostrando, tapando y centrándose en los temas que a él le convienen para desarrollar el perfil moral del pícaro Onofre. En el tercer capítulo, donde comienza el ciclo de la frutera, el título es: “Sale

Onofre de Palazuelos y llega a Sigüenza. Cuenta lo que le sucedió antes de hablar a su amo el sacristán y refiere una lección que le dio y práctica que los dos tuvieron”. En este caso, aunque el hecho de la frutera es determinante en el desarrollo del pícaro y la imagen que dará al lector (además de tener mucha importancia a nivel simbólico, ya que es el espejo del capítulo del toro y el ciego, como he comentado antes), el escritor decide ocultar qué le acontece a su personaje, y simplemente lo deja en un “cuenta lo que le sucedió antes de hablar a su amo el sacristán”. Sin embargo, el capítulo cuarto se titula: “cuenta Onofre una desgracia que le sucedió con los estudiantes de su casa”. Aquí el autor sí que hace mención explícita a lo que le ocurre a su guitón y quiénes son los causantes: una desgracia promovida por los estudiantes con los que convive; a pesar de que el nivel de significado que tiene para el personaje en sí es pequeña, quitando la peculiaridad que pueda tener el capítulo en sí con el nivel de escatología que muestra al lector la idea de la morcilla. El capítulo quinto, no obstante, muestra una continuación del tema iniciado en el capítulo tres y termina el título con el final apoteósico por el que nos han llevado discurrendo dos capítulos atrás: “Cómo Onofre comenzó a pasar mala vida después de idos los estudiantes y el ardid con que se vengó de la frutera”. Aquí sí aparece la frutera, aunque en el título del capítulo que la presentaba (el tercero) no fuese mencionada, aun siendo fundamental para el capítulo en sí y la evolución secuencial de la acción entre los tres capítulos. En este capítulo todo dirige al ardid la venganza, pues se van los estudiantes y empieza a tener hambre, así que le toca resarcirse de la frutera: “Aunque no me tenía poco afligido [...] el ver con la miseria que mi cuitado dueño me trataba, no me faltaban otros cuidados. Porque tenía tristes y diversas imaginaciones [referidas a la frutera], y de éstas es fuerza que hayan de nacer diversas penas” (107). Son justamente esas diversas imaginaciones las que le hacen a Onofre llegar a su venganza: el masticar su humillación le hace regurgitar odio hacia ella. La venganza es un plato que se sirve frío, y el autor en el capítulo quinto se centra específicamente en meterse en la mente

del personaje y desarrollar su empecinamiento con su venganza: “mil quimeras que forjé para vengarme con detrimento suyo y ejemplo de los otros, ninguna se me cuajaba ni tenía efecto” (107). Con mucha meditación y precaución consigue sisarle dinero y alimentos: “cursaba su posada por ver si me caería en las uñas [...] estafándole, lo más a mi salvo que podía, hoy uno y mañana otro” (108).

Durante bastante tiempo estuvo buscando alguna estratagema que pudiera llevar a cabo, e iba intentando diferentes ideas siguiendo el pensamiento de que: “al fin a quien por muchas partes le pican por alguna salta” (108). Onofre iba a la frutería a robar aunque ya hubiese restablecido la cantidad que le había robado, porque él tenía necesidad de vengarse. El narrador nos detalla durante alrededor de cinco páginas los momentos por los que transcurre Onofre; no ya sus acciones de ir a robarle poco a poco acompañado de amigos suyos, sino sus procesos mentales por los que va pasando, hasta el punto que el propio personaje apunta en el texto que va a hacer una parada y a dejar de describirnos los antecedentes de la venganza, para centrarse en contarnos cómo se vengó de una vez y para siempre: “Mas, pasando a mi venganza, dejo esto” (110). Justo esa meticulosidad hace a Onofre un ser malévolamente rebuscado, e incomparable a sus rivales picarescos, ya que: “todos los pícaros, niños o adultos, padecen una notable incapacidad para aplazar el placer inmediato en pro de una ganancia futura” (Gómez Yebra 26). Onofre no se deja llevar tanto por sus impulsos y muestra frialdad en sus acciones, que es el perfil psicológico que plantea González en este capítulo. Después de esto, llega el momento que describí anteriormente de la venganza con la excusa de tener la boca destruida, pero esa es una mera anécdota rocambolesca; lo importante en este episodio es la perseverancia, premeditación y artimaña meticulosamente pensada y trazada.

El autor prácticamente crea un episodio específico para eso, tras pasar por dos capítulos en los que Onofre sale humillado, dando la sensación de que pase lo que pase, el pícaro esperará

pacientemente hasta conseguir su presa. El personaje, en su maldad tiene muchos recovecos y ángulos, es sorprendente que incluso llega a intentar que la frutera confíe en él, yendo a veces a la frutería a hablar con ella, como si nada hubiese pasado: “muchas veces estuve en conversación con la frutera” (110), aunque todo el tiempo estaba aparentando franqueza y normalidad. A todo esto hay que añadir que esta actitud tan calculadora de Onofre aparece en su juventud; todavía no tenemos al taimado estafador, sino que ya desde su infancia despunta como personaje ingobernable, concienzudo y disciplinado en su mal hacer.

Lo que debería ser un momento de impacto para el pícaro, pues es el momento del desarraigo, cuando pasa de la vida en casa a la vida fuera, “momento clave en la vida de todo pícaro” (Gómez Yebra 24), que supone “el origen de casi todos los males que afligirán al niño-pícaro” y que supondrá el comienzo del “duro aprendizaje que supone la picardía” (25). Tanto en la manera de comportarse el Guitón como en la estructura de los capítulos se refleja la labor que hizo el autor de coser, alargar y empalmar secuencias para potenciar el carácter vengativo de Onofre.

2.4.2 La gula

Como ha señalado Antonio Rey Hazas en *La novela picaresca*, en el género picaresco, “el hambre es una de las más importantes fuerzas impulsoras de las acciones de los pícaros” (26). El hambre, tan universal en el mundo del pícaro, es pasada por el filtro de la maldad en *El guitón*, y subvertido, y como resultado vemos un pecado: la gula. Hay varios ejemplos en los que el Guitón no se ve como un personaje que tenga una necesidad imperiosa de llenar el estómago porque se muera de hambre, cosa que sí ocurre en el *Lazarillo de Tormes*, sino que más bien se deja invadir por la glotonería. La gula aparece especialmente bien documentada en los primeros capítulos, en los que el autor construye el perfil de su personaje, por lo que es necesario dedicarle una mayor atención. De hecho, el primer percance que nos narra Onofre en su obra viene dado por la gula.

Cuando Inés, la cuidadora de él y de Julianico Serbán le pone al cuidado de la olla, el primer impulso de pecar por comida que vemos, se nos presenta con connotaciones ascéticas, pues se tocan temas religiosos. Se pinta como una lucha entre el bien y el mal, Dios y el diablo; era tal el hambre de nuestro protagonista, que los olores que emanan de la olla pasan a ser “vapores celestiales”, y el diablo le tienta a comerse la olla: “el diablo, que es enemigo del sosiego y cuidadoso en el perseguirnos, comenzóme a echar varillas de tentación” (77). Siente nuestro protagonista una necesidad extrema, imposible de dar esquinazo; ni rezando se salva: “cruces hice, salves recé, credos y avemarías, pues el paternóster y los mandamientos a veinte veces” (77). Incluso se tocan temas bíblicos que muestran de qué manera fue tentado por el mal: “Estoy por decir que dudo que fuese Eva tan tentada por la manzana” (77). En resumen, que “aunque rezara el breviario entero” (77), Onofre se lanzó a la olla y se comió todo.

Es importante remarcar que a pesar de todo, en ningún momento en todo el capítulo se hace alusión al hambre de Onofre. En su estancia con Inés, quitando las peleas entre él e Inés, tanto él como Julianico Serbán viven bien. Es, como he analizado en el apartado correspondiente a este encuentro, un “un apetito insaciable y deseo desordenado” (77) fruto de la versión subvertida y alterada del hambre: la gula.

Cuando llega a Sigüenza por primera vez y ve que su primer amo no está en su casa, decide invertir la moneda de un real que le da “el buen Serbán” (88) e irse a comprar algo para comer: albérchigos, es decir: albaricoques. Después de que la frutera le estafe, va a contárselo a su amo, que considera vivir en casa donde hay “mil provechuelos”, y que él gasta tanto dinero, que pierde “más en una hora que la frutera gana en un año” (90). En ese momento, Onofre le confiesa a su amo que es mejor dejar el parlamento y ponerse a comer, porque tenía hambre tal, que “se me salían las tripas por la boca” (91). Bien es de suponer que así fuese, pues acababa de haber llegado Onofre en una caminata desde el pueblo de Palazuelos al de Sigüenza, y no había

podido recomponer las fuerzas con albérchigos, por lo que se entiende su necesidad de llevarse algo a la boca, y que todo esto desencadene que toda su conversación se centre en el comer, como bien resalta el sacristán, que le responde, “riyéndose”, “entre col y col, lechuga” (91), dando a entender que estaban llevando una conversación monotemática sobre el comer. No obstante, Onofre no conseguirá nada, porque el artero sacristán desatenderá el aviso de Onofre, y se irá por la tangente yéndose por temas religiosos.

Es remarcable el proceso que lleva para obviar la necesidad de comer de Onofre, pues le habla de que “La abstinencia es madre de la virtud. La virtud, la que da la honra. Ella es el primer escalón de la bienaventuranza divina y humana —si humana la hay—; nave segura que, por el mar de las miserias del mundo, nos lleva al puerto de la salvación” (91). El astuto sacristán habla de la abstinencia de manera muy ambigua, y parece que ha conseguido trasponer términos, dándole a la abstinencia el sentido no de evitar comer, sino el de abstenerse de pecar sexualmente; es decir, de no comer carne como pecado carnal, no de carne en el sentido de alimento, pues dice que “la abstinencia lleva a la virtud”, y ello “da la honra”, y que esto justamente lleva a la salvación. Además, la hipérbole que ha lanzado antes Onofre, diciendo que directamente se le salían las tripas por la boca, da a entender que realmente tiene hambre, parece ser que no puede permitirse el lujo de ayunar, sino que realmente necesita comer, por lo que ese deseo de privarlo de comida está injustificado, y más aún cuando el propio sacristán ha dicho que en su casa hay tantos provechos que “todo anda rodando por el suelo” (90), como si hubiese tanta cantidad de cosas que no hubiese espacio y todo estuviese destartalado y hasta casi con vida propia.

El sagaz sacristán además no le deja rincón por el que escaparse a Onofre, porque antes, cuando le había hablado de la importancia de la salvación, Onofre le había dado la razón implícitamente recordándole, como Inés decía, “que el verdadero saber era saberse salvar, y que

toda la demás sciencia” (90) era cosa inútil, y justo ahora el cura le está indicando por qué la abstinencia lleva a la salvación, por lo que el Guitón tendría que darle la razón y ayunar si quiere ser consecuente con lo que había dicho.

2.4.3 La codicia

La codicia es otro pecado capital, hermana de la gula. Onofre tras enriquecerse aparentando ser mercader y enviar cartas, empieza a querer llegar aun más alto: “comenzó a escarbar no el gusano de la conciencia, sino el deseo de perpetuar mi nombre y de fundar mayorazgos y andar en coche con barahúnda de pajes, máquina de lacayos y abundancia de escuderos, de manera que luego dije: —Afuera temores vanos—, y me engolfé en el mar de mi perdición” (200). Nunca en la novela hizo mención alguna el Guitón a tener hijos, pero el poseer dinero le hace desear tener hijos. La manera en la que aparece esto es bastante particular, porque nos da a entender que el motivo por el que quiere tener hijos es perpetuar su nombre; que sus apellidos sigan existiendo y no se acabe su casta. En ningún momento nos habla del deseo paternal de tenerlos, sino que más bien tiene un deseo egoísta, porque tener hijos le asegura descendencia. Aparte de eso, desea ahora vivir como un hidalgo, tener títulos y honor; es decir, pasar de ser un estafador rico, a un estafador con títulos y privilegios. Vuelve a mencionar el componente material, diciendo que quiere tener pajes, escuderos y sirvientes en grandes cantidades. Como ocurre con Celestina, Pármeneo, y Sempronio, será la codicia lo que le eche a perder. Onofre desde su estado adulto ahora reflexiona sobre lo que le ocurrió en aquel momento, y resume perfectamente lo que le ocurrió: “La avaricia, con la abundancia, crece, porque, aunque las junten todas, siempre el avariento le faltan riquezas” (200). Decidió hacerse pasar por recaudador de impuestos para quedarse con los impuestos de la villa, que deberían ser para el Rey, y le cazaron.

En realidad, el Guitón no tenía necesidad de tener más dinero, ya con lo que robaba con el timo de las cartitas iba vestido como “un archeduke, ... con mucha espada dorada, mucha calza de obra, cadena de oro”, vivía muy bien, “no tuvo mejor renta ... un arcediano de Toledo” (199), así que se dejó llevar por la codicia sin necesidad. Resulta llamativa la ironía de la vida, justo lo que le hacía ganar dinero a Onofre, esto es, la codicia de los mercaderes, que estaban deseosos de aprovecharse de los baratísimos chollos que ofrecía el mercader de Milán, y pagaban el porte del mensaje, es lo que hizo que Onofre diese con los pies en la cárcel. Recuerda al “lo que te enfermó te sana y da salud” del “dulce y amargo jarro” del *Lazarillo de Tormes*.¹⁶

2.5 El papel de Dios y la maldad

Sorprende que en un periodo tan religioso y moralizante, el Guitón, llevando una vida tan opuesta a la que predicaba la Iglesia, consiga ir poco a poco, y a base de mentiras, saliéndose con la suya. El colmo de todo despropósito viene justo en el momento en el que iba a recibir su merecido ante una vida tan pagana, que es cuando lo encarcelan, consigue escaparse y salvarse, el muy bellaco. Por si fuera poco, achaca enteramente a Dios el conseguir escaparse de la cárcel, pues con respecto al procurador que consiguió intervenir para conseguir la escapada de Onofre, dijo: “Este procurador sin duda fue ángel que Dios me deparó para socorrerme” (212), y a su salida de ahí exclama dando “mil gracias a Dios que [l]e hubiese sacado de tan peligroso cautiverio” (214). Otros personajes, no obstante, víctimas de Onofre, salen mal parados y no hay ninguna justicia divina que les reponga del golpe. El cuadro que se nos presenta de la sociedad es muy pesimista; por lo tanto, uno se puede preguntar si existe acaso una mano de Dios que intervenga para imponer justicia, y cuál es el papel de Dios en esta obra. Hay algunos ejemplos en los que Dios parece ayudarlo, o al menos, a Dios atribuye Onofre el éxito en algunas

¹⁶ Para más información acerca del doble perspectivismo del género picaresco, véase Francisco Rico: *La novela picaresca y el punto de vista*.

cuestiones más, como cuando consigue engañar al sacristán e inducirlo a que compre una pierna de cordero; el Guitón cuando va de camino a comprarla, se va “santiguando de ver cómo había salido con mi empresa” (120). Cuando le vierte la olla hirviendo sobre doña Inés, Onofre le dice que: “Así, así es menester —le dije yo cuando hubo pasado buen rato—. Dios me da venganza de mis enemigos. Castigo es éste suyo [...] no se olvida de sus siervos” (87); y el sorprendente: “que yo creo que tengo de ser inmortal, pues siempre, al mayor peligro, me invía Dios cumplidísimo socorro” (114), entre otros tantos. Desde luego que los embustes y los líos en los que consigue meter a los demás, y el éxito con el que suele salir de ellos, parecen más milagro que otra cosa.

Una hipótesis a la que esto puede responder es a que *El guitón* comparta con *Milagros de Nuestra Señora*, del bienhumorado Gonzalo de Berceo, la característica de la exaltación exagerada de la fe según la cual la salvación y la ayuda divina que uno recibe dependen de la fe que uno tenga, más que de su comportamiento. Onofre desde luego que menciona a Dios en sus palabras, por lo que tal vez esto le haya podido ayudar a esquivar el férreo puño de la justicia. Sin embargo, de ser así, entiendo que Dios ayudaría a los personajes religiosos con lo que se asocia Onofre antes que a él. Creo más plausible, sin embargo, acercar Onofre a la trotaconventos en *La Celestina*, la cual, tiene también un acercamiento ambiguo con respecto a Dios. Puede ser también que González quiera resaltar la hipocresía de su personaje, y el sinsentido de la vida, en la que el mal vence al bien por medio de la mentira. No parece ser algo extraño esta mezcla de pecado y fe, sino corriente, “pues siendo la religiosidad de aquellos hombres mezcla de superstición¹⁷ y ritualismo, escudaban sacrílegamente a cada paso la delincuencia con los actos externos de la fe” (Deleito y Piñuela 108). De cualquier manera, la historia completa se desconoce, porque falta su segunda parte, así que tal vez cambiase el discurso más adelante en la

¹⁷ Para más información sobre la superstición en el Siglo de Oro y la reacción del Erasmismo a esto, dirijo al lector al 4.4: El clero.

obra y Onofre recibiese su merecido al final, cuando hubiese cometido tantos pecados que le fuese imposible salvarse, como ocurre en cuento XLV del *Conde Lucanor*.

2.6 Propósito de mostrar la maldad

Como ocurre con el *Lazarillo*, la última noticia que sabemos de Onofre no es la que viene al final de la narración, sino al principio, cuando explica los motivos que le han llevado a escribir su biografía. Nos dice Lázaro de Tormes que la ha escrito “porque se tenga entera noticia de mí”, y para avisarnos de que no hay que alabar a los que “heredaron nobles estados”, siéndoles la fortuna “con ellos parcial”, sino a reflexionar en lo meritorio que es, por otro lado, llegar “a buen puerto” cuando la fortuna es “contraria” (11), intuyéndose una referencia a su estado actual de cierta prosperidad. Es decir, Lázaro adulto ha pasado por un número de inusitadas situaciones en su vida que le han generado experiencias y éstas le han propiciado un aprendizaje que nos transmite en la obra. Detrás de esto, se encuentra otro pretexto: “explicar por qué aunque las malas lenguas atribuyen a su mujer un comportamiento indecoroso, él está muy contento en su situación de funcionario del ayuntamiento” (Rico “Que todo”), y su progreso en la sociedad. De esta manera, deja bien claro Lázaro qué le lleva a escribir su biografía. En nuestro caso, Onofre, de una manera bastante huidiza, explica que: “Varios sucesos, infelices casos y adversas fortunas me han traído a tal extremo, que, viendo el mundo tan de burlas, porque ya las veras pierden de sus quilates como oro mal purificado, me he querido arriesgar a los peligros del vulgo arrojándome a seguir los pasos de los que primero con mi misma determinación se pusieron en su juicio” (71).

Ahorrándonos la usual verborrea laberíntica de González, y tratando de sintetizar el párrafo, Onofre nos indica que son varios los sucesos que le han llevado a escribir una biografía sobre su vida. No obstante, no explica cuáles son éstos. Tal vez porque nos los va a exponer en su propia obra, siendo así sus propias aventuras el motivo de escribir la obra, para que aprendamos

de ellas. Otra opción puede ser que no las mencione ahí porque deberían aparecer en la prometida segunda parte de la obra, de la que no se conoce su existencia. En cualquier caso, queda más claro el otro motivo por el que dice escribir la obra: “viendo el mundo tan de burlas”; esto es, que viendo que el mundo está tan degradado y corrompido, se decide a relatarnos su historia como (mal)ejemplo, —entiendo— a no seguir. Por ello, “pondré mi diligencia por ser de fruto” (71), es decir, que, dada la cantidad de barbaridades que realiza, los relatos de su vida bien pueden servir al lector como manual a (no) seguir. Por ende, el motivo por el que escribe una obra y no ahorra en detallar sus golferías es el de ser didáctico¹⁸ de una manera similar a la del Arcipreste de Hita en el *Libro de Buen Amor*.

Tal conjetura nos llevaría a desentrañar el motivo por el cual la obra cuenta con tamaña cantidad de frases religiosas, moralizantes y de adoctrinamiento. De alguna manera, el Onofre escritor se ve obligado a compensar las ingentes cantidades de malicia y desmanes que se apilan en su libro, con copiosas aseveraciones religiosas para conseguir llegar a ese propósito de enseñar al lector, no a través de lo que hace, sino de lo que dice.

En un plano superior, el propósito que pueda tener Gregorio González con respecto a la obra puede ser que más que inculcar valores a la sociedad esté destinado a condenar la villanía de

¹⁸ Otra vez vuelvo a estar en desacuerdo con el Dr. Cabo Aseguinolaza, que dice que: “El narrador, en otras palabras, no aparece caracterizado de modo directo como tal en el texto. No se dice [...] para qué escribe” (34). La Dra. Sabine Schlickers comenta lo mismo: “Honofre no expone ningún motivo para explicar la redacción de su vida” (179). Sin embargo creo que, detrás de la maraña de verborrea, sí que se ve el motivo: “viendo el mundo tan de burlas [lo mal que está el mundo], porque ya las veras pierden de sus quilates como oro mal purificado, me he querido arriesgar a los peligros del vulgo arrojándome a seguir los pasos de los que primero con mi misma determinación se pusieron en su juicio [voy a escribir una obra autobiográfica, como otros tantos han hecho]” (71), de ahí extraigo que quiere hablar de la mala vida que ha llevado para que el lector sepa cómo no hay que actuar (si tenemos en cuenta las acciones de Onofre), y cómo sí hay que actuar (si tenemos en cuenta los refranes moralistas que va soltando). Además, justo la localización de este fragmento aparece al principio de la narración, igual que pasa en el *Lazarillo*, y se resume en el motivo de Lázaro, que no es otro que “cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas [su inusual vida, como ocurre con la de Onofre] ni vistas, vengán a noticia de muchos [voy a escribir una obra autobiográfica para que ustedes sepan de mi vida]” (3). Finalmente, el mismo prólogo nos avisa de que: “no hay cosa tan mala que no tenga algo bueno” (63). Aun así, estoy totalmente de acuerdo en que el motivo no ha quedado tan claro como en el *Lazarillo*.

ricos, pobres y personas religiosas. No es denostar estamentos a diestro y siniestro, sino hacer entender al lector que la maldad no es característica del estamento más bajo, sino que es más bien inherente a la condición del ser humano. El pecado no discrimina, y cualquier persona de cualquier estamento puede ser picado por la serpiente del mal y caer en el vicio del cura, o en la codicia del noble. La obra resulta un valioso testimonio de una persona que pecó, lo que puede servir al lector para descubrir las maldades del mundo y poder evitarlas antes de caer en sus redes.

2.6.1 La maldad en la perspectiva de Onofre adulto

Tal y como ocurre en el *Lazarillo*, hay una doble perspectiva en la obra: la de Onofre niño, y la del adulto con experiencia. En cuanto a esta característica, apunta Rey Hazas que justamente esta doble narración confiere a “la picaresca de una modernidad novelesca” (30). En el libro hay pistas que nos sugieren la opinión que tiene el Onofre adulto de algunas de las cosas que hizo de pequeño. Es de entender que el personaje, tras pasar por la Iglesia y por distintos amos, habría encarado los dislates que causaba, de distinta manera, habiendo en este sentido una progresión en la moral y manera de actuar del personaje que dejarían ver que el paso del tiempo dejó mella en él. Este Onofre adulto se nos presenta de dos maneras narrativas; la primera, muy explícita, con intervenciones que interrumpen la narración principal en segunda persona, y cambia el tono del narrador, que aparece con mucho más empaque, y que se dirige al Guitón como si se tratase de una aparición divina que baja de los cielos de la experiencia a avisar a Onofre de los dolores de cabeza que le causarán sus malandanzas. Estas apariciones suelen ocupar un párrafo y aparecen de manera llamativa al lector, avisando y pidiendo al personaje que tenga más cuidado, presagiando un mal que le llegará a Onofre si sigue con esa actitud taimada y confiada:

¡Ay, cuitado de Onofre! Que lo peor es que tus raíces se ven tan sobre la haz de la tierra que, con el viento de las alas de un zángano de éstos, darán con esa soberbia en la humildad que agora conoces. Eres solo como el espino. Estás cercado de contrarios. Ten paciencia; que no puedes andar con todos a puñadas, porque habrías menester más manos que Briareo (71).¹⁹

También hay una variante de la primera, en la se dirige al lector en vez de a Onofre tanto en segunda persona del singular, como el primera del plural: “Confíesotelo: mas no me negarás que no hay estado tan humilde que no tenga igual cortesía con que tratalle. ¿Dícesme que sí? Pues, ¿por qué tu ... ?” (111).

En otras ocasiones aparece de manera implícita en el discurso de Onofre, insertándose en la narración que él está haciendo. Por ejemplo, en medio de uno de sus rifirrafes con Inés, el Guitón comenta al final del segundo capítulo que: “Bien sea verdad que agora echo de ver que lo hice mal con ella por tenerla como la tenía en lugar de madre. Pues, aunque me castigase, estaba obligado a sufrillo ... entonces, por no tener entendimiento suficiente, se me pudo perdonar; que muchas cosas se permiten a los niños que, siendo grandes, si las hiciesen, merecerían pena por ellas” (87). Aquí Onofre no trae ningún mensaje mesiánico como sí parece que hacía en el otro tipo de aparición, sino que comparte algo con el lector; en este caso, la importancia de la vieja Inés, que, por otro lado, recuerda mucho al recuerdo que guarda Lázaro de su primer amo, el ciego, que lo tuvo “no por mozo sino por hijo” (*Lazarillo* 22). Aunque en lo picaresco aprendería

¹⁹ Esto rebate la teoría de Schlickers, que dice que “el narrador Honofre se identifica constantemente con el pícaro que era en el pasado sin que jamás exista una discrepancia ideológica (narrador→personaje)” (179). Justamente se escucha la voz pesimista y acusadora del Onofre adulto, contradiciendo y oponiéndose a las acciones que cometió en la infancia, cuando la narración pasa a ser en segunda persona dirigida a su personaje. Aquí hace críticas al alocado Onofre y anticipa el mal que vendrá más adelante. Como evidencia, además de la cita a la que me estoy refiriendo en esta nota a pie, pondré esta otra: “¿adónde va el señor Onofre tan descaminado? No parece sino que le han quitado los grillos y que sale a danzar sin cítara y sin son. ¡Ay, Onofre, Onofre! ¡Tente, tente, Onofre! Que vas a dar en las manos de tus enemigos y no tienes rienda si no es la de tu entendimiento.” (71).

más Lázaro de su amo, en lo afectivo, seguramente la relación fuese parecida a la de Lázaro con el ciego, si no mejor y más sana, dadas las circunstancias.

La forma en la que aparece el juego del narrador adulto y la biografía del narrador niño en *El guitón* es poco convincente, porque aunque supuestamente la persona que retrata a Onofre niño es la misma que escribe la obra, pero en una edad adulta, la relación entre las dos partes presentadas es muy rocambolesca, porque hay una especie de comunicación entre ellas, a pesar de ser la misma persona. En el *Lazarillo* estaba más conseguida, porque el Lázaro adulto se dirigía al lector diciéndole que ciertos aprendizajes le serían útiles durante su vida. Sin embargo, en nuestro caso, aparece el narrador en forma de voz mesiánica que aconseja al personaje (no al lector) o le avisa de algún incidente que le pasará, cuando en realidad es un consejo o un advertimiento inservible, porque esa infancia forma parte del pasado. Parece como si el narrador se diese auto-mensajes para dirigir sus acciones, desdoblado así el papel de narrar, y a veces, pudiendo confundir al lector. De ninguna manera puede afectar la voz de Onofre narrador a Onofre niño, porque están en tiempos distintos, por lo que: ¿Para qué poner esa voz profética de Onofre que le advierte del pecado? Es difícil ver otra razón más allá de la de que en realidad la voz sea un añadido dirigido a una única conciencia: la del lector.

No obstante, el Guitón adulto no se muestra malicioso, sino más prudente, tajante y sabio que en su juventud. En sus comentarios se nota la distancia que da la experiencia. Es un Onofre que bien sabe él qué consecuencias traería la actitud deliberada que tenía en su inconsciente juventud, y quiere utilizar su buen juicio para avisar de los peligros de seguir por las veredas del mal. Al hablar de su relación con Inés cuenta que hay muchas cosas incorrectas que se le permiten a los niños por ser jóvenes e irresponsables, que no se le permitirían si fuesen mayores. Es importante notar aquí que Onofre, después de dar con sus carnes en la cárcel, seguramente haga alusión a esto porque, como siempre, el mejor consejo es el que se da cuando uno lo ha

experimentado en sus propias carnes. De cualquier manera, esto hace justicia a Onofre, que tras vivir los más variados incidentes e ingresar como dominico, se ha dado cuenta de los errores de su juventud y quiere compartirlos. Esto demuestra que hay una gran evolución en el personaje, y da a entender que ha aprendido de sus pecados y es ahora una persona remodelada.

3.0 El humor grotesco y las malas artes

Aunque la primera parte de la tesis se haya centrado en la maldad, al tratarse *El guitón Onofre* de una novela picaresca, el componente humorístico aparece copiosamente en muchos de los rincones de la obra, por ello, cualquier tema característico del libro, como el de la maldad, se verá inserto de manera natural e indisoluble en la comicidad propia del género. El humor que rezuma Gregorio González resulta grotesco en muchos casos, por sus componentes de escatología, humillación y las situaciones tremendamente comprometidas y absurdas en las que, inmisericorde, abandona a sus personajes a la intemperie humorística. En mi deseo de analizar las estrategias que utiliza el Guitón para llevar a cabo sus malignos desmanes, he descubierto que el humor es un método que puede ser estratégicamente utilizado para intensificar la maldad, por métodos de, por ejemplo, humillación, sarcasmo o animalización de un personaje. Como se verá a lo largo del tema que expongo a continuación, el lector se reirá de las estratagemas grotescas que pueda maquinar Onofre, pero en última estancia, esa risa servirá para degradar aun más al personaje que sufre los descalabros de Onofre, haciéndonos él así involuntarios compinches de su mezquindad. También se verá el polo opuesto, cuando en otras ocasiones, sus malvadas artimañas no le salgan bien y él mismo reciba una cucharada de su propia medicina.

En este capítulo por un lado se estudiará el que probablemente sea el mayor don de Onofre: su ingenio y penetración, analizándose en mayor detalle las técnicas que utiliza para

mentir y confundir a la gente. De manera paralela se estudiará la natural hilaridad grotesca que reside en sus argucias, para disfrute del lector, y disgusto de los personajes.

3.1 Las malas artes y el ingenio de Onofre

Onofre es muy astuto y taimadísimo, unido a la maldad y la insensibilidad que muestra, le convierten en un personaje peligroso para los demás, y para sí mismo, por su falta de límites. Los capítulos sexto y séptimo, en los que hace de celestina del sacristán Teodoro, dan buena muestra de su capacidad para crear problemas y confusión, destruir a la persona que él desea, y salir airoso de la jugada.

La astucia de la que hablaba anteriormente, inherente al personaje, es justamente la que le hace descubrir el secreto amorío que tenía bajo llave el sacristán, a través de observar que éste sospechosamente había cambiado su rutina diaria, puesto que “algunos días había que mi sacristán acostumbraba a subir por tarde y mañana a la torre que llaman del Sacramento” (114). Tanta subida y bajada injustificada a la torre le hizo sospechar: “ver tengo qué significan estas subidas y bajadas, que no son sin misterio” (115). Se dispuso a seguirlo y lo descubrió en una situación un tanto comprometida, pues el sacristán estaba mirando “por los agujeros” (115), observando escondido en algún rincón de la torre a una muchacha llamada doña Felipa con la que, aparentemente, se hacía señas. Lo llamativo es la manera que tiene de reaccionar Onofre ante tal evento: “asechando, hallé mi refugio y verdadero amparo: de allí nació mi bienaventuranza” (115), puesto que se alegra enormemente de su descubrimiento, ya que a partir de ahora esa mala situación en la que está envuelto le causará grandes beneficios y cierto amparo económico y alimenticio, pues Teodoro tendrá que tener cuidado de él para que no airee lo que ha visto a otra gente o malmeta en la secreta relación. Es decir, Onofre sabe que lo que es peligroso para su señor sacristán, le resultará beneficioso para sí mismo. No mostrará empatía alguna, sino que con su malicia y astucia se aprovechará hasta el último instante del sacristán.

En los dos capítulos que tratan del sacristán habrá varios momentos en los que se muestra la avidez de Onofre, porque en estos momentos seguía siendo un joven, pero su manera de reaccionar ante la situación es la de una persona adulta y taimada, con experiencia en la vida y en las pulsiones que mueven el ser del hombre. De hecho, en vez de haber sorprendido a Teodoro para preguntarle qué hacía espiando tan secretamente desde la torre, como hubiese hecho cualquier persona, él decide por sí mismo callarse, observar y sacar sus propias conclusiones, para ver si se puede beneficiar de la situación, y, sin saber a quién espía el sacristán desde lo alto de la torre, se imagina que es mal de amor lo que siente, pero se calla para seguirle el juego, complicando la historia, y dificultando que lo descubran. A pesar de que al final de la historia resulte que todo ha sido un equívoco del sacristán, el Guitón pone la miel en los labios del lector, pretendiendo por unos momentos hacer entender que realmente había un amor real entre ambos, y el amor fuese realmente correspondido por los dos, aun a pesar de las barreras: “los que bien se quieren con los ojos del alma se comunican” (115), para darle más fuerza a su narración y que el desenlace sea más sorprendente.

Se entromete en el círculo amoroso Onofre, lo que le hará que comience el desastre para el sacristán, pero lo hace de manera sigilosa, como un infiltrado, aparentando él no saber nada de la obsesión de Teodoro, avisándole inocentemente de que una mujer le había dado un mensaje para él, escondiendo su maldad y aparentando ser cortés con él. Podría haberle dicho que el mensaje era de la amada doña Felipa, pero no lo hace porque podría levantar suspicacias, y esto vuelve a resultar agudo por su parte, porque extrema así los sentimientos ardientes del sacristán Teodoro, a la vez que no se descubre a sí mismo ni a sus intenciones, pues se las da de inocente que no sabe nada de lo que se estaba cociendo entre los presuntos tortolitos. Aunque el narrador no haya dejado claro lo enamorado que estaba el sacristán, se desliza esta idea de manera indirecta a través de la respuesta azorada del sacristán: “—¿Dama, amigo? —dijo él—. ¿y sabes

quién es? ¿Dama hermosa? ¿Recado? ¿Burlas, Onofre? ¿Qué me dices? ¿Es cierto?” (116).

Seguidamente, el sacristán Teodoro dice que la vecinita “es mi ángel, ni el suelo la tiene ni el cielo la ha criado igual suya ... dímelo por tu vida, que estoy en trance de perder el juicio” (116), esta es también otra manera de destacar la astucia y malicia de Onofre, puesto que aquí el autor enfrenta dos personajes radicalmente opuestos: uno frío y calculador, que calla cuando debería hablar; y otro pasional e indiscreto, que habla cuando debería mantener la boca herméticamente cerrada. Al final, el que calla aplastará al que habla por ingenuidad. El sacristán, así de charlatán y vivaz, le confiesa que está enamorado de una mujer. El nivel de inteligencia del sacristán no parece muy alto, y tampoco parece muy cauto, puesto que con su poco cuidado está mostrando que ahora mismo haría cualquier cosa por conseguir el supuesto mensaje de doña Felipa: “A tus pies postrado quiero escuchar tan venturoso mensaje” (116), mostrando una debilidad sobre la que Onofre puede sacar mucho partido. El ingenuo Teodoro está dejando al lobo al cuidado de las cabras, casi dándole a entender que su vida depende de esa información: “Si me quieres ver vivo, no dilates mi bien” (117).

Onofre nos cuenta las técnicas que utilizaba para que Teodoro no le pillase, mostrando explícitamente su malicia y dominio sobre él, como la de dar pocas respuestas y cortas, para no hablar demasiado, remarcando otra vez la oposición entre la manera de actuar del sacristán y de Onofre, y también para así hacer que el sacristán estuviese más expectante e impaciente por las noticias, dado el silencio y la intriga a la que le tenía sometido el Guitón: “Procuré de decir poco, porque las razones cortas más fácilmente se apegan” (117). Le cuenta la historia que se inventa sobre sus inocentes idas a casa de doña Felipa, y en mitad de ésta se para con el objetivo de sacar beneficio: necesita comer antes de terminar con la historia, así le muestra que información tal privilegiada tiene un precio. La falta de sentido del sacristán se vuelve a mostrar cuando la cena que le da a Onofre es mucho mejor que a la que le tenía acostumbrado, y encima le dice que

merece buena ropa, por lo que está dejando a relucir otra vez su debilidad, y abriendo espacio para que Onofre se aproveche de él, subiéndole el ego: “mejor criado no le tiene príncipe” (119). Me costaría imaginar que el ciego del Lazarillo fuese a caer en tan graves errores.²⁰

Una vez que he dejado claro el contraste y oposición entre personajes, que sirve a González para dar la impresión de que el sacristán es una mera marioneta a manos de Onofre, que es ajena a las malicias que Onofre le tiene preparadas, parémonos un momento a analizar la situación de Onofre y cómo juega sus cartas. Aquí le dice que ha habido avances en su papel de trotaconventos entre los dos, puesto que Onofre ha hablado con la sin par doña Felipa, y llega un momento en el que ocurre este diálogo entre los dos:

Ya eso saltó alterado: —¿Qué [le] dijiste, Onofre?

—Díjele, señor, mi ración y cómo Vm. comía fuera.

—¿Qué me dices! —dijo— ¡Oh desventurado de mí! Echádome has a perder. Todas las glorias que tenía se me han aguado con esta respuesta: tendráme por un mísero [...]

—¿Pues eso le habías de decir? —prosiguió él— ¿No lo veías, Onofre? De tu habilidad me espanto, que tal dijiste. Borrado me has de su libro. A los hospitales me has echado.

(119)

Para analizar bien esto, hay que mencionar que en cuanto a la estructura del triángulo de relaciones existente entre el Guitón, Teodoro y doña Felipa, el papel de Onofre es delicadísimo, pues ha de contentar a Teodoro y a doña Felipa al mismo tiempo que debe intentar sacar beneficio. Lo complicado es sacar provecho sin que ninguno de los dos personajes salga mal parados, para así alargar el tiempo por el cual el Guitón se aprovecha de la situación. En el

²⁰ Sorprendentemente es aquí, tras muchas páginas de diálogo con el sacristán, cuando Onofre dice por primera vez el nombre de su interlocutor, Teodoro. Nunca antes lo había mencionado. Esto es una evidencia más de que en aquella época las obras se escribían y, si al escritor se le había olvidado algo, lo ponía como parte del texto. El medievalista Francisco Rico habla de esto en relación al *Quijote* en su entrevista en *El ojo crítico*, para Radio Nacional de España.

diagrama expuesto anteriormente, en el momento en el que Onofre muestra su descontento a cualquiera de los dos personajes, el diagrama empieza a debilitarse, y Onofre no desea que esto ocurra, puesto que enflaquecerá la unión y por lo tanto, el tiempo en el que se mantenga el triángulo estable será menor. Le interesa mantener a ambos personajes contentos al mismo tiempo, pero de alguna manera ha de quejarse de su paupérrima situación. Onofre puede quejarse o al sacristán Teodoro, o a doña Felipa, pues según dice el Guitón, tiene contacto con ella. También sabe que la mejor manera de que se le tenga en cuenta es decirle al sacristán que le ha dicho a ella que él no le da de comer ni le cuida bien, pues así pone en duda la calidad del sacristán y deja en evidencia la miseria del tacaño sacristán. Eso es exactamente lo que ocurre en la cita de arriba. De esta manera echa por tierra toda la fama de hábil y cuidadoso que había tenido con el amor de Teodoro, y todas las alabanzas que le había echado el sacristán desaparecen porque se ha chivateado a doña Felipa de los denigrantes tratos de Teodoro. Sería toda una pérdida que Onofre actuase así, porque debilitaría la relación, y los aprecio que le profesaba el sacristán por su ejemplar y discreto trabajo celestinesco, y eso no le conviene para sacar el máximo beneficio de Teodoro. De golpe, Onofre se saca un as de la manga:

—Que no reciba Vm. pesadumbre, que no soy tan necio. Esas cosas no son para dichas: no estaba yo loco.

—Vuelto me has —dijo— el alma al cuerpo. Ya yo me espantaba. —¿Qué le dijiste?

—Dije que nos tratábamos como unos duques; que no tenía mejor plato el obispo.

—¿Es posible? ¡Oh qué discreción! ¡Qué entendimiento tan divino —dijo él—. (119)

El truco es, como ocurre en *El libro de Buen Amor*, hacer que se dé cuenta de la importancia de tener un buen trotaconventos. Deja que sufra por unos segundos mostrándole lo que podría haber hecho Onofre si hubiese sido realmente malvado y le hubiese contado la verdad sobre la personalidad rúcana de Teodoro a la amada, mintiéndole por unos momentos y

metiéndole en esa comprometida situación. Además consigue algo más importante, que es mostrarle que sabiendo el Guitón el secreto, puede echar por tierra la relación en cuanto quiera, así que conviene cuidarlo y tratarlo bien, puesto que él es su principal aliado, pero puede ser también su principal enemigo. Onofre vuelve a investir, diciéndole que ojalá fuese verdad lo de que comen muy bien, coaccionando a Teodoro para que haga algo al respecto:

—Ya, señor, lo he contado —dije yo—. Así fuera ello verdad como yo lo dije.

—... No mentirás otra vez por mi culpa.

—Ni aun es bueno, señor —dije yo—; que dicen que la mentira es enemiga de Dios.

Hablemos verdades, pues tanto nos va en ello. (119)

Onofre deja en evidencia al sacristán a través de la mentira y lo pone en un compromiso. Teodoro puede pedirle que mienta y siga diciendo que come bien, pero incitaría a la mentira, y justo es ahora cuando más le interesa que Onofre tenga una bonísima impresión de él, para así podrérsela trasladar a doña Felipa. Lo único que le queda a Teodoro para salir del embrollo es ser consecuente y tener que darle de comer bien a Onofre, porque si no, estaría mostrando que quiere que Onofre mienta, así que no le queda otra que decir: “—No, no —replicó él—: comer tenemos y beber como reyes. No quiero miserias. No quiero ahorros. Toma dos reales, Onofre: de hoy más eres dispenserero” (119). Y en efecto, el sacristán Teodoro le encarga comprar una jugosa pierna de cordero para que se la coman los dos (120), y lo que es más, le hace dispenserero, que es el oficio de la persona que está al cuidado de la despensa y de los productos que en ella se encuentran.

Veo oportuno recordar de nuevo que el Guitón de manera muy discreta y cuidadosa se está posicionando por encima del sacristán, pero en realidad no conoce ni a doña Felipa, ni ha hablado con ella, y ni siquiera sabe claramente si era ella la persona a quien el sacristán estaba observando desde lo oscuro. Está jugando unas cartas que no tiene. Todo el tiempo está mintiendo y diciendo y desdiciendo a través de leerle la mente al sacristán orientado por las

respuestas que éste da y cómo actúa. Onofre lo tiene bajo su control. La capacidad de penetración y psicológica del aun joven Onofre es asombrosa.²¹

Para que mantenga el sacristán incendiados sus sentimientos hacia la afortunada doña Felipa, entre banquete y banquete se inventa Onofre historias y anécdotas sobre sus visitas constantes a doña Felipa. El sacristán, viendo que el trabajo de su joven alcahuete está funcionando, se crece, y le proporciona conservas para que se lo dé de manera expresa a su amada como detalle y muestra de gentileza, y él en vez de aprovecharlas y comérselas y seguir con la mentira, vuelve a maquinarse otra mentira que muestra su talento para el mal. En realidad no se come las conservas él, sino que las vende, y en un gesto de ingenio y agudeza, con el dinero que saca y, lo que es más, con “dinerillo” que el propio Onofre tenía ahorrados (122), compra una vara de cintas verdes que le ofrece al sacristán como regalo de parte de doña Felipa, haciendo parodia del amor cortés, e incendiando aun más los ya de por sí ardientes sentimientos pasionales, y el amor loco del sacristán.

Esto es un punto que hay que destacar, puesto que la naturaleza del pícaro le lleva o a gastar el dinero conseguido, o a ahorrarlo para el futuro, porque en la vida de un pícaro nunca se sabe dónde va a acabar uno;²² hay que ser muy ávido para usarlo para apostar en una mentira de mayor calibre. Es de suponer que González quiso dar a entender al lector esta idea, puesto que Teodoro podría haberle dado a Onofre en vez de unas conservas para doña Felipa, algo de mayor

²¹ El lector familiarizado con *La Celestina* habrá encontrado numerosas similitudes entre ésta y los dos capítulos sobre los que estoy llevando a cabo mi análisis. La influencia de ésta en *El guitón* es grande. Especialmente en la astucia manifestada y aprovechamiento de los sentimientos de su víctima. Dejaré este tema apartado, porque no es el objetivo principal de la tesis, pero bien merece un estudio extenso. Hasta la fecha tenemos el artículo que publicó en 1979 Criado de Val, y el de Emilio Moratilla, justo diez años después. Para más información, diríjase a la bibliografía.

²² El motivo del viaje, muy presente en la literatura y vida del Siglo de Oro, deja una clara marca en el género de la picaresca, pues el pícaro “se desplaza sin parar de un sitio a otro” (Pedraza y Rodríguez *Las épocas* 104). Sobre el tema del viaje en el Siglo de Oro recomiendo visitar *Viajes y viajeros en el Siglo de Oro*, con una edición al mando de Ignacio Arellano. Centrado en el viaje del pícaro, léase el artículo “Cuatro calas sobre el paradigma del viaje en algunas novelas picarescas”, de Adrián J. Sáez, incluido en el mismo libro.

valor con lo que el Guitón pudiese comprar las cintas sin necesidad de tener que poner él dinero de su parte. El autor, unas líneas antes, ha hecho otra vez énfasis en la gran implicación y meticulosidad que estaba llevando Onofre en esta hazaña, puesto que nos cuenta que “mil noches me desvelaba yo en estudiar respuestas” (121) para que no le pillase el sacristán cuando le preguntaba qué le había dicho doña Felipa en sus visitas. Onofre, con tal de sacar el máximo provecho, apuesta por su engaño con su propio dinero, y además pierde el sueño para elaborar una burla mayor.

La parte en la que el Guitón se venga del sacristán supone otro ejemplo de ingenio afilado y del humor que derrocha la obra. Onofre captura al perrillo de doña Felipa, y le dice a Teodoro que la propia Felipa deseaba que Teodoro pasase a su dormitorio por la noche; y que ella misma había inventado la siguiente estratagema para conseguir llevarlo a su alcoba: para llegar a su aposento de manera sigilosa y sin levantar sospechas, se debía de poner el collar con cascabel que tenía atado al cuello el perrito que le había llevado Onofre. Así el padre de Felipa, Alberto, al oír alboroto en la estancia de su propia hija, pensaría que el que está en la habitación haciendo ruidos es el perrito y no Teodoro, consiguiendo así el lascivo sacristán pasar desapercibido. Cuando oye esto el sacristán no puede estar más eufórico. Después de eso, acontece lo siguiente: “Y, por la cuenta, padre e hija estaban bien dormidos, porque él dicen que anduvo toda la cuadra y, aunque oyó al padre dormir —que en los ronquidos conoció ser él—, no pudo topar la cama de doña Felipa” (138).

Es interesante hacer notar que aquí Onofre cambia el estilo narrativo repentinamente, pues hace ver que lo que era una historia que él había maquinado, pasa a la voz del pueblo, de manera que antes de que sepamos el final de la aventurilla con el sacerdote, somos conscientes de que el pueblo se enteró de lo que ocurrió. Le da así un aspecto de grandiosidad a su maquinación, cuyo final es tan sorprendente, que ha pasado de boca a boca. Resulta verdaderamente esperpéntica la

escena, con Teodoro, un sacristán algo mayor, siente un incendiario amorío por su vecina, a la que acecha y observa calladamente desde lo alto de la torre de la Iglesia. Al final aparece por error en el dormitorio del padre de la mozueta, haciéndose pasar por un perrito, agachado y andando en cuclillas y con un collar con un cascabel sonando por toda la habitación, con cuidado de no hacer mucho ruido, mientras el propietario de la casa, el padre de Inés, duerme ajeno a lo que se está cociendo en su aposento. Después de ser pillado con las manos en la masa, el pueblo se reunió para injurarlo: “quitándole primero los [calzones], le cosieron las faldas de la camisa al pescuezo, dejándole las manos dentro”, y lo pusieron a correr (139). Con tal historia, es normal que el pueblo acabe recordándola por años.

La parte en la que Teodoro entra en el dormitorio del padre, rompiendo totalmente la intimidad de la familia, resulta grotesco a la par que esperpéntico: “Llegó Alberto y echóle mano [al sacristán]. Cuando conoció al tacto la fiera bestia, atemorizado, comenzó a dar voces y a llamar la gente de su casa. Levantáronse todos, cogieron a mi sacristán y pusieronlo como nuevo, teniéndolo por ladrón”, y lo azotaron (139). Primero hay que destacar la manera humorística que tiene de llamar al sacristán: “la fiera bestia”, como si fuese un Cancerbero, cuando en realidad se encuentra humillado a gatas en el suelo esperando que no le descubra el padre. Es igualmente humillante la reacción del padre, que debería ser el aguerrido hombre de la casa que protegiese su territorio; y en realidad, al tocar a Teodoro pensando que es el perrillo, se asusta y se pone a pedir ayuda a los cuatro vientos; cualquiera hubiese pensado que el padre le pegaría una paliza a Teodoro al pillarlo a hurtadillas en casa ajena buscando nuevas feligresas, pero no es así. Desde un punto de vista estilístico, la manera en la que se refiere el Guitón al sacristán en el momento en el que lo descubren, cambia, y le da un sentido humorístico a la narración, pues irónicamente llama al sacristán “mi sacristán”, y seguidamente “pobrete”, de manera afectiva, como si hubiese algún sentimiento de aprecio entre él y el sacristán, cuando es Onofre el que ha creado todo el

problema que ha acabado con la injuria. Gracias a las malas artes de Onofre, el sacristán se ha visto envuelto en una serie de escenas dantescas, que le han dejado totalmente maltrecho. Si bien es verdad que Onofre no es culpable de todo, sí que es el culpable de que la acción resulte humillante y excesiva.

3.2 El humor grotesco

Dentro de toda la maldad que pueda rezumar el tuétano de Onofre, hay escenas que resultan grotescas por la comicidad y exageración de los castigos que se les infligen a sus víctimas, y su descripción jocosa. El tono moralizante de la obra se teje con algunos pasajes que brillan por su hilaridad. Como veremos a continuación, aunque la maldad ocupe gran parte del peso temático de la obra, resulta impensable negar la jocosidad y chanza que desprenden las penurias por las que pasan los personajes. Como hemos visto con los sinsabores infligidos al sacristán, algunas de las escenas humorísticas que aparecen en la obra son totalmente grotescas, y transmiten cierta sensación incómoda al lector. El término grotesco resulta de difícil definición, ya que a él se le ha asociado el trabajo de artistas tan dispares como Magritte, Shakespeare, Quevedo o Henry Miller (Harpham 461). Entre las definiciones que existen sobre lo grotesco, utilizaré la ofrecida por Ignacio Arellano, el cual lo define como “tendencia a lo heterogéneo e incongruente, que se manifiesta en la fusión tensa de elementos incompatibles de los diversos reinos de la naturaleza”, dando “una impresión de disarmonía y violación de las proporciones naturales y normas de la experiencia cotidiana”, produciendo “monstruos, naturalezas mixtas, mezclas extravagantes de cosas que provienen de planos distintos” (*Poesía* 40). Dentro de los planos de lo grotesco encontramos la presencia de lo caricaturesco, de lo exagerado (40), y de lo escatológico (75). Estas tres dimensiones del humor aparecen varias veces en la obra, otorgándole cierta animalización y comicidad a la manera en la que las venganzas y maltratos aparecen, pues resultan exagerados, humillantes e irreverentes, pero a la vez son graciosos.

3.2.1 Lo grotesco en el maltrato a Onofre

La manera en la que lo grotesco viene representado por Gregorio González generalmente no está identificada, como sí podría ocurrir en Quevedo, con las deformaciones estáticas con las que vive un personaje, por ejemplo, un personaje físicamente hiperbólico, que sea corcovado, o una vieja decrepita, sino que lo grotesco aparecerá a través de la acción, con la manera en la que un personaje trata a otro, y los embrollos en los que se meten. Éstas son deformaciones violentas y dinámicas, dadas en su mayoría por el maltrato. Esta sección no se centrará en el mal, *per se*, así que no habrá un análisis de la malicia, como ocurría en el capítulo anterior, ni en las maneras que tiene el Guitón de engañar a sus víctimas, sino que tratará sobre las consecuencias del mal, que suelen ser a veces graciosas, y otras veces menos divertidas.

Una de las descripciones en las que se remarca el carácter caricaturesco y exagerado del maltrato ocurre cuando doña Inés descubre que Onofre se ha comido la sopa, y le propina el siguiente castigo: “sin encomendarse a Dios ni al diablo, áseme de estas orejas y comienza de levantarme en el aire —sí levantadas tenga las alas del corazón y tambalearme de una parte a otra como si fuera campana que la traían a vuelo” (80). Las consecuencias de cogerle de las orejas y moverlo son que “a ser Papas los cardenales que me hizo, no habría madera en Vizcaya para hacerles sillas de Sant Pedro”. Este castigo es muy visual, y refleja muy bien el nivel de denigración por el que pasan los personajes, pues Onofre, a través del recurso retórico del equívoco nos dice que tiene tales cardenales por el cuerpo, que pasan a ser papas más que cardenales, y es más: son tan grandes los papas (cardenales), que no hay suficiente madera para hacerles sillas papales en las que sentarse. En este caso, no le cuesta al lector imaginarse a una vieja Inés, levantando a pulso por los aires al joven Onofre, asiéndolo de las orejas, y dejándolo en volandas y meneándolo de las orejas, como si fuese el badajo de una campana de pueblo

repicando, y llevándolo y trayéndolo de un lado a otro, y dejándole moratones por todo el cuerpo.²³

Aun así, el Guitón no se permite evitar mostrar su orgullo e introduce en medio de la risible descripción un comentario irónico sobre la salvación espiritual de la vieja. Onofre hace un inciso en medio de la frase: “—si levantadas tenga las alas del corazón” (80), poniendo en tela de juicio la ética y decencia de la señora, refiriéndose a que él estaba tan alto siendo zarandeado por los aires, como ella tenía elevado su corazón cristiano, para así ajusticiarse de esa imagen tan humillante de sí mismo que ha brindado al lector. Es decir, Onofre nos viene a decir sarcásticamente que de pura y bondadosa que era la vieja, se elevaría al cielo a través de mandarlo a él a las alturas a base de meneos en las orejas. Philip Thomson, cuando trata la relación entre la ironía y lo grotesco, habla de que la ironía es principalmente intelectual; y lo grotesco, emocional (Thomson 47). El irónico suele utilizar lo grotesco como arma añadida a su repertorio y requiere más actividad cerebral para hacer conexiones entre las ideas comparadas (Iffland 112-13). Es interesante que, ya que la fuerza bruta de Onofre no sirve contra la vieja, puesto que ésta es más fuerte que él —recordemos que Onofre es un niño en este momento—, siempre le queda la lengua viperina para hacer mordaces comentarios. Esta manera de contratacar refleja bastante bien cómo consigue escalar tan rápidamente en la pirámide social, siempre haciendo gala de una agudeza y perspicacia que le hace destacar y quedar por encima: “un buen ingenio todo lo facilita, las mayores dificultades rompe” (131). Aquí además vemos la visión de un Onofre que no entiende que el castigo que ha recibido es merecido, y fruto de su constante maltrato a la vieja, al niño, y de robar la comida. Apela a la pena y los sentimientos del lector diciendo que con estos maltratos que sufre, “no será [él] mal ejemplo de compasión a los que

²³ Justo este tipo de descripción, en las que los maltratos son vistos de tal manera que violan las leyes de la gravedad, la estática y el sentido común, forman parte de los orígenes de lo grotesco en los murales romanos durante el periodo de decadencia del Imperio Romano (Harpham 461).

están por venir” (80), y, aun apaleado, muestra su orgullo, mandando a la vieja al diablo: “De los diablos lo sea ella” (80).

Uno de los capítulos probablemente más visuales y grotescos del género picaresco aparece en el capítulo cuarto, el de los estudiantes. Aquí tiene lugar el tema del enmascaramiento, un clásico de lo grotesco, que consiste en hacerse pasar por algo que uno no es (Iffland 66). Especialmente esto ocurre cuando un personaje se pone pelucas o dientes falsos, que de por sí resulta grotesco y repugnante; sin embargo el mayor estallido de risa se da cuando hay “unmasking of the fraudulence” (68). Como pasa con Onofre, lo gracioso viene cuando se descubre la mentira, y el humor escatológico que se produce en consecuencia. Este tipo de broma, que hace referencias a las heces, queda integrada dentro de lo que Bajtín apoda el “bodily lower stratum”, que hace referencia a órganos sexuales, el aparato digestivo, etc.²⁴ (Iffland 65). Lo importante aquí no es el desenmascaramiento en sí, sino cómo ocurre ese enmascaramiento. Onofre se hace pasar por un duende²⁵ que mora en el dormitorio donde los estudiantes duermen —hete aquí el enmascaramiento—, para meterles miedo a los estudiantes y hacer que por las noches le dejen un trozo de morcilla para que coma y no les haga nada. Onofre se levanta por las noches a comerse la morcilla, haciéndose pasar por duende, hasta que una noche, el resabiado Alonso, uno de los estudiantes, siguió el mismo procedimiento que Onofre; se levantó por la noche cuando sintió que todo el mundo estaba dormido y “hurtóme la ... morcilla y ... después

²⁴ Lo grotesco relacionado con el estrato corporal inferior se daba en abundancia en el Carnaval. Este tema y sus ritos empiezan a sufrir grandes cambios y censuras a partir del siglo XVII, por mediación de las autoridades eclesiásticas y estatales (Bajtín 31).

²⁵ Tal vez el lector más curioso se pregunte cómo podrían pensar los estudiantes que algo fantástico como un duende se les había metido en la casa. Curiosamente, aunque la Inquisición trataba de eliminar este tipo de pensamientos de la gente y preservar la pureza de la fe, las gentes de la España del Siglo de Oro eran muy supersticiosas (Salcedo Ruíz 54). El tema de los duendes dio algunos problemas en la sociedad, y Covarrubias incluso hace mención a esto en su diccionario. Según se creía, los duendes cayeron a la tierra con Lucifer, y algunos de ellos se quedaron suspendidos en el aire, otros cayeron “al profundo”, y otros quedaron en la superficie de la tierra. Estos últimos vivían “dentro de las casas, y en las montañas, y en las cuevas” (Covarrubias). Sin embargo, también apunta Covarrubias que “algunas burlas han querido hacer personas traviesas, o por entretenimiento, o por infamar las casas”, que es lo que acontece con Onofre, que se hace pasar por duende.

de habérsela comido, le pareció bien desocupar el vientre de otra que en él tenía sobrada, ocupando como ocupó con ella el desocupado plato, en el cual, en lugar de la verdadera, la dejó” (100). Alonso se come la morcilla y deja a cambio en el plato otra morcilla de similar forma pero claramente de distinto olor y sabor. Onofre se levanta a comerse la morcilla, siguiendo su ardid de hacerse pasar, como cada noche, por el duende travieso, y así nos cuenta lo que le acontece: “salí ligero; llegué temprano; así con gana; mordí con gusto, y al fin gusté de la morcilla. Fue mi boca necesaria de los excrementos alfonsinos. No parece sino acto de teología en el nombre. Cuando reconocí la especia, que no olía a jengibre, comencé de escupir; mas, según con la eficacia que había mordido, apenas me la podía desasir de los dientes” (101).

Lo que hace a esta parte grotesca no es solamente el contenido, sino la comparación de la morcilla con una hez, la minuciosidad por el detalle escatológico y el juego del tiempo. El lector, muy familiarizado con ambos conceptos, la morcilla, y el acto de defecar, seguramente nunca se haya percatado de las similitudes no solamente a nivel visual, sino simbólico y biológico, entre ambos elementos. En vida, uno de ellos es la consecuencia natural e irremediable de la otra. González se recrea en la escena para provocar disgusto y tal vez una risotada en el lector. Onofre esa noche llega “temprano”, lo que nos dice que justo esa noche él sale antes de tiempo de la cama a degustar su deseada morcilla. Llega con ganas al lugar, incauto de lo que le vendría a acontecer, y muerde la hez con forma de morcilla con gusto. Con cierto sarcasmo nos dice que cuando reconoció “la especia”, como si lo que se hubiese llevado a la boca fuese alguna exquisitez sibarita, comenzó a escupirla.

Los excrementos son “alfonsinos”, como si perteneciese a algún santo, o pudiese considerarse reliquia sagrada a conservar como fetiche de la suerte. El nombre del estudiante es Alonso, pero son el fin de darle un toque más irreverente y ridículo, decide ponerle el nombre de un santo a la hez del avisado Alonso. Vuelve el aspecto escatológico cuando el autor decide

recrearse otra vez con la boñiga, pues el personaje escupe los trozos de hez, se da cuenta de que sigue con restos de ella pegada entre los dientes, y no puede sacársela de la boca. Es importante remarcar el tiempo que dura esto: el autor podría haberle hecho sufrir con la boñiga en la boca y luego haberle hecho escupirla y ya está; de esta manera González hubiese conseguido su deseo de hacer sentir al lector mucho disgusto al leer eso, y luego pasar a otra cosa, pues el autor habría conseguido su objetivo de manera fructuosa. Pero aquí no ocurre eso, puesto que González decide mantener lo escatológico unos instantes más entre los dientes del personaje. Después de que haya pasado el mal rato y lo escupa, tiene aún que luchar con los restos que se le quedan colgando en los dientes y navegando entra la saliva, alargando el sentimiento de disgusto. El capítulo acaba con “quedándome yo siempre con el gusto de mi morcilla y con la vergüenza de mi afrenta” (101), lo que es, otra vez, un alargamiento e intensificación de la repulsión, pues siempre se quedará, aunque de manera metafórica, con el gusto del excremento en su boca. Es un buen ejemplo de cómo un escritor puede llegar a la “grotesquery for grotesquery’s sake” (Iffland 78).

Cuando Onofre maltrata a la sufrida Inés, que era su cuidadora, también hay aspectos grotescos que llegan incluso a resultar más desagradables que el episodio de la boñiga, puesto que se trata de una mujer mayor:

Yo, que acudí al remedio aunque no se lo debía, doyle una vuelta de podenco y póngola lo mejor que pude. Pero, como la lejía estaba hirviendo, por presto que me desenvolví —que tampoco me di mucha priesa, porque no entendí fuera tanto el daño—, ya estaba la cabeza como palomino, y el pescuezo y manos, que otro sábado pudieran dar tan buen apetito como el testuz. (84)

Al joven Onofre no se le ocurre otra jugarreta mejor que llevar a su cuidadora Inés a que se le vierta un caldero lleno de lejía hirviendo sobre ella, además de ponerle en el suelo espinas

para cuando se agachase. Cuando la mujer se encuentra medio muerta en el suelo destrozada, Onofre llega a ayudarla, pues así aparentaría que no había sido él, y dice que le da una vuelta como si fuese un perro, un podenco, que es un perrillo de caza menor. Habría que imaginarse a la anciana achicharrada en el suelo, boca abajo, con espinas clavadas por todos lados, y que llegue Onofre y le intente dar la vuelta descuidadamente, como a un perro; y dice intentar ponerla lo mejor que puede, es decir, que la mujer estaba en tan malas condiciones que no se sustentaba por sí misma, pero como estaba la piel aun quemando, puesto que se le había derramado lejía por todo el cuerpo, la deja como está, por no quemarse él. En vez de darse prisa en ayudarla, se llevó su tiempo, porque decía no saber hasta qué punto habría dejado dañada a la señora. Cuando consigue voltearla, descubre el estropicio, y ve que parece un palomino, que es un pollo, entiendo que hervido y listo para comer, así que habría que imaginarse cómo se le habría quedado la cara, ya arrugada y maltrecha de por sí, a la anciana. La peor parte viene cuando la trata no como a una persona, sino como a un animal cocinado, puesto que sustituye la palabra “cuello” por la de “pescuezo”, otra vez hablando de ella como si fuese un pollo recién cocinado. Llega hasta tal punto la cosificación que le parece que tenga hasta buen aspecto para ser comido, lo que infringe hasta en el canibalismo. Datos que de aquí se obtienen como que el líquido que le eche encima no sea agua hirviendo, que ya de por sí resulta peligrosa, sino que sea lejía, y el desprecio con el que la trata, o que la víctima sea una persona mayor de edad que ni siquiera sea un enemigo merecedor de tales padecimientos, muestran la intención del autor de mostrar la maldad del personaje, al mismo tiempo de rebozar la narración con aspectos desagradables y grotescos que ayuden a dejar una mella mayor en el lector sobre los acontecimientos que cuenta.

3.2.2 El personaje grotesco

La propia dimensión Onofresca de las apariencias y el medrar resulta absurda de por sí. Cuando el lector pasa a analizar la obra y todas las aventurillas por las que discurre nuestro

protagonista, resulta demasiado fantástico como para ser creído. Esa ambición de llegar a lo más alto y a la vez caer en lo más bajo, bien puede entrar en la categoría que James Iffland llama “ersatz” (Iffland 66), que aquí lo traduciré a “sucedáneo”. Dentro de esta categoría entra lo artificial, desde los mejunjes para que huela bien el aliento o las pelucas (66), hasta el impostar una actitud y una vida que no te pertenecen; es decir, lo fraudulento. Este último es el caso de Onofre, y lo que representa: “the false front of the hypocrite, the outward display of decency” (67). Un ejemplo de esto²⁶ ocurre cuando el Guitón está sin nada que echarse a la boca, más pobre que un mendigo y duerme en el célebre “mesón de la estrella”, encima de la hierba en medio del campo, y al día siguiente se levanta presto a oír misa “como gentilhomme”. Cuando Onofre se hace mercader y viste pomposamente con caras pero poco intimidatorias espadas de oro encarna la idea del “middle-class tradesman trying to be the aristocrat”, que “will surround himself with all the material accoutrements associated with the higher social class, and adapt himself to all the requisite modes of behaviour” (Iffland 68). Lo grotesco en *El guitón* no ocurre simplemente para causar gracia en el lector, puesto que de ser así, González hubiese creado personajes que tuviesen algún componente repulsivo o cómico de manera natural, como sí que ocurre en algunos trabajos de Quevedo; en el caso de Onofre lo grotesco viene a consecuencia del daño inmerecido que causa, o las humillaciones y los percances que él sufre. Es él un elemento que produce y sufre merecidamente lo grotesco. El escritor de esta novela no busca producir comicidad de manera directa, sino indirecta, a través de la degradación y humillación del personaje como ser que causa repulsión por su maldad. En primer plano han de quedar los pecados —Onofre como vengativo e insensible, la frutera como estafadora, y el sacristán como pervertido—, y en segundo plano, la hilaridad que producen las humillaciones por las que pasan,

²⁶ Muchos otros ejemplos aparecen analizados y comentados en la sección 2.3.1, que trata la madurez de y apariencia de Onofre. También, se desarrolla el tema de la apariencia en su contexto social y estamental más adelante, en el 4.1, 4.2 y 4.3.

merecida o inmerecidamente, sus personajes. No hay siempre una idea vana de lo grotesco, sino hacer sufrir a los pecadores con la humillación pública y desagradable.

En líneas generales, ¿cómo ha de sentirse y reaccionar el lector ante las situaciones grotescas que hacen acto de presencia? En realidad se debería sentir pena ante las situaciones azarosas por las que pasa el Guitón, pero hay una categoría dentro de lo grotesco que Iffland llama el “puppet” (68), o “muñeco”, que puede ayudar a entender qué siente el lector ante las situaciones humillantes en las que se mete el Guitón. El “muñeco” se da cuando un personaje es tan deforme (69) que queda cosificado, produciendo un distanciamiento emocional entre el personaje y el lector (70). No siendo exactamente lo mismo el “muñeco” y Onofre, las consecuencias son parecidas: el lector no siente empatía alguna por él. Lo que deforma a Onofre no es su cuerpo, sino su actitud, no ante la vida en sí, sino más bien ante las personas. El lector puede sentir cercanía y llegar a comprender a un personaje que busca de manera enfermiza el medrar en la vida, buen ejemplo pueden ser la película *Catch me if you can*, o que mienten compulsivamente, como *Liar Liar*; pero el momento en el que el personaje empieza a destruir su entorno y a herir físicamente a personas inocentes, entonces el lector siente repulsión por el personaje, como bien puede ocurrir en la novela *The Talented Mr. Ripley*, o en su aún más obsesiva versión cinematográfica, e incluso en *American Psycho*. Onofre, a través de su insensibilidad, frialdad, violencia²⁷ y agresividad, se convierte en un muñeco que causa rechazo al lector, por lo que el propio espectador no siente tanta pena al ver a Onofre maltratado, a diferencia de lo que ocurría con Lázaro, que es un personaje mucho más inocente y afable. Quizá ese rechazo que produce la actitud de Onofre hacia el lector haya propiciado que la obra haya quedado en el olvido, pues no se ha ganado el cariño del público.

²⁷ Especialmente la que demuestra contra la anciana que cuida de él, y Julianico.

3.2.3 Lo grotesco en el estilo

Al igual que el humor es una herramienta para intensificar la malicia, o para, a través de la risa, hacerle a uno colaborador pasivo de sus dislates, la manera que tiene el Guitón de expresarse le ayuda a incidir tanto en la víctima, como en el lector, puesto que gracias a su seguridad en sí mismo y capacidad para la dialéctica, consigue que los otros personajes creen sus embustes y caigan en su trampa, e intenta desviar al lector de su maldad a través de justificarse con refranes. Además, igual que ocurría con el humor, las técnicas de estilo componen una parte fundamental de la obra, como ha dicho la crítica a través de sus varios estudios sobre el refranero.

En lo que respecta al estilo, es excesivo el uso de refranes, proverbios y dichos. Resulta ciertamente ridícula la manera de hablar de Onofre, o de imaginarse a una persona lanzando tantos dichos. Si bien es verdad que los autores renacentistas tenían una sana afición por incluir esta clase de contenido en sus obras, es casi obsesivo el número de refranes y frases hechas acumuladas en *El guitón*. A este respecto, Manuel Criado de Val hace eco de la insólita cantidad de éstos y llega a afirmar que “Los refranes y frases proverbiales en *Guitón Honofre* superan en su número, y proporcionalmente a la extensión del libro, a cualquier otra obra de la literatura española” (540). Así es, en la novela hay ecos de la fraseología popular (524 Vázquez León), y ésta aparece en innumerables ocasiones.

Esa inclinación desmedida hace que a veces el refranero sea insertado en el texto a trompicones, como si el fin último de la obra fuese el de acumular frases sabias y mostrar su amplio conocimiento del refranero popular más que el de servirse de éstos para clarificar la narración. Tal aglomeración de refranes resulta grotesca de lo surrealista que resulta, llegando incluso Criado de Val a decir que algunos capítulos parecen diccionarios paremiológicos (540).

Un ejemplo de una concatenación exagerada de dichos puede ser esta, en la que el Guitón lanza refranes uno tras otro, a diestro y siniestro, y sin ton ni son:

Salí de la ciudad con más miedo que vergüenza y, como suelen decir, escapé a uña de caballo, porque, si el sacristán me cogiera en las suyas, Dios sólo me pudiera remediar según el desventurado amante debía tener el corazón [...] Al que bien hace no hay miedo que le espante, pero al que mal, no hay bien que no le ponga miedo. No hay cosa más dichosa que el corazón sin pecado, porque el contento siempre se apega en el que no le tiene. Haz bien y no mires a quien; haz mal y guárdate. Por eso no iba yo cantando las tres ánades madre, como suelen los caminantes, que sólo en pestañear me parecía que el sacristán oía el golpe. Dios os libre de hacer mal; que, como he dicho, el que ofende, en la mayor seguridad, está temblando, y el ofendido, en el mayor descuido, imaginando en la venganza. No hay cosa que mejor se pague que la injuria, porque es su memoria sempiterna. El que agravia escribe en polvo y el agraviado en bronce. (140)

De todas maneras, lo sorprendente de esto no es solo el variado número de dichos que destila la novela, sino estudiar el modo en el que son usados. Aunque algunos retraten la personalidad del protagonista perfectamente, como el dicho de “que el pobre mejor se venga del rico con astucia que no con fuerza”, hay muchos otros que contradicen la manera que tiene el Guitón de actuar, y que sirven para excusar su maldad, u ocultar el motivo real que le lanza a realizar una mala acción: “tengo por mejor imitar los buenos que envidiarlos” (151), o también el de: “haz bien y no mires a quien” (140). O cuando, a pesar de sus ansias desmedidas de enriquecerse, dice “no es rico el que posee muchos campos, sino el que le basta uno solo” (73). Resulta absurdo que Onofre sea tan contradictorio, y se las dé de entendido ante el lector, queriendo utilizar dichos y refranes, porque luego además se equivoca y confunde de refranes (Vázquez León 522), por no mencionar que resulta patente para el lector la divergencia entre lo que dice que hay que hacer y lo que él en realidad hace. Tendría sentido que Onofre utilizase refranes para desorientar a los otros personajes sobre sus malas acciones, pero es que en realidad

esos refranes los dirige al lector, por lo que queda ridículo y obvio. Es por ello que veo bastante acertada la opinión de Schlickers de que el librito sea en realidad una parodia del género (184), más que una obra que imita mal el modelo picaresco, como muchos de los pocos críticos que han estudiado la obra han expresado.²⁸ Por ello, decir que Gregorio González no acierta a entender el género picaresco por las diferencias que existen entre su obra y el corpus picaresco, resulta tan absurdo como esgrimir que, en *La Celestina*, Fernando de Rojas no entendió el funcionamiento de las convenciones del amor cortés.

En general, Onofre de por sí es un personaje grotesco, que parece que vive en otra dimensión por su lejanía con su realidad,²⁹ y la artificialidad que tiene también a nivel estilístico. Con su mundo de apariencias no solamente trata de engañar a los personajes, sino que, a través del meditado uso de los refranes, también a los lectores. Onofre es un narrador dividido entre una teoría sermonera (eclesiástica) y unas acciones malvadas que superan al modelo del pícaro, parece como si desease seguir el refrán de: “haz lo que diga, pero no lo que haga”. Estas ganas de mostrar una condición que no le corresponde y de aparentar a todos los niveles resulta contraproducente, porque al quedar tan evidente que está intentando engañar constantemente, por comparación, se acentúa su maldad, y deja aun más claro al lector su toxicidad.

4.0 Onofre en su contexto: sociedad y miseria

La condición marginal del pícaro y la necesidad de vivir sirviendo a distintos amos le otorgan el distanciamiento y la lucidez necesarias para observar la sociedad de manera crítica y cuestionarla. Muchos de estos problemas, que tan llamativos resultan para el lector, pasan desapercibidos para las gentes de la época que, estando totalmente integrados, se olvidan de

²⁸ Dirijo al lector, para que busque algunos de estos casos, a la sección 1.3: Valoración de la crítica y estudios.

²⁹ Más información sobre esto ha sido discutida en 2.3.1.1: El elitismo de Onofre.

pararse a juzgar la realidad en la que viven y de la que se benefician (Rey Hazas 76). Al ser un relato itinerante, en el que el protagonista se desplaza por distintas zonas, facilita que aparezcan personajes de todo tipo y forma, dando así un abanico de ambientes de lo más variado. El pícaro entra en contacto con distintos personajes de la sociedad y mostrará, desde su perspectiva de mozo de muchos amos, la lacra social y la hipocresía de los amos con los que va viviendo, y las gentes con las que se va cruzando en su vagar. Por ello, es la novela picaresca un género perfecto para estudiar las complejidades de la sociedad, y especialmente estudiar los numerosos problemas que asolan a la sociedad. A lo largo de este estudio el motivo de la maldad y algunas de sus variantes, han sido el leitmotiv que se ha sucedido a lo largo de las páginas, pero en realidad si nuestro protagonista ha sido tan prolífico es porque aunque en ocasiones haya sido el creador de problemas, en otras ha sido un simple agravante de algo que ya estaba ahí. Resultaría injusto tratar el tema de la maldad en el Guitón sin advertir ni comentar que la sociedad del Siglo de Oro sobrevivía con numerosísimos problemas que hacían que personajes como Onofre existiesen. Onofre es una consecuencia de la realidad social que sufrían los españoles de clases más desfavorecidas.

Este capítulo aborda un estudio de los distintos estamentos de la sociedad del Siglo de Oro que aparecen representados en *El guitón Onofre*, pero centrándose principalmente en las críticas de cada estamento, pues es uno de los aspectos que más se retratan en *El guitón* y en el resto de las obras de picaresca. La maldad de Onofre servirá para poder mostrar e incluso poner en relieve los vicios e injusticias de cada estamento. Dado que toda la obra gira entorno a Onofre y a su malicia, habrá estamentos que no aparezcan representados de una manera negativa, puesto que simplemente pecarán de ser lo suficientemente inocentes como para caer presa de los embustes de Onofre; en tal caso también se incluirán, puesto que su estudio nos ayudará a conocer la percepción que se tiene de éstos. Finalmente debo mencionar que la longitud de cada

sección dependerá de cuánta presencia tenga cada estamento social en la obra, y de la relevancia del papel que juegue en la misma, pues no será el mismo el papel de los personajes religiosos, que el de los otros pícaros colegas de Onofre.

4.1 La honra

En la sociedad del Siglo de Oro, el conflicto entre los cristianos nuevos y los viejos “se arrastrará a lo largo de todo el siglo” XVI (Pedraza y Rodríguez *Las épocas* 84). Habrá muchos prejuicios antisemitas, motivados también porque paradójicamente una parte sustancial del poder económico y político estará en poder de algunas minorías de origen judío converso. Los cristianos viejos, que son cristianos cuya sangre supuestamente nunca ha sido mezclada con la sangre de judíos o moriscos, consiguen que en 1556 el papa Paulo IV y Felipe II aprueben un estatuto de limpieza de sangre, el cual impedía a todos aquellos españoles que no pudiesen mostrar que eran totalmente cristianos y que no había gota de sangre judía o morisca en sus venas el acceso a cargos públicos, a la universidad, la emigración a las Indias, etc. Esto suponía una gran injusticia para todos aquellos españoles de origen judío o morisco que se habían convertido a la religión cristiana y que no podían disfrutar de los beneficios que esto tenía en una sociedad tan conservadora como la del Siglo de Oro. Los cristianos nuevos también tenían que convivir soportando la presión que sufrían por parte de la Santa Inquisición, especialmente en la segunda mitad del siglo, en la que ésta pasa de ser un órgano de carácter religioso a llevar a cabo una política tremendamente represiva en contra de todo aquel que fuese acusado de ser impuro. Entre otras cosas, no tener la sangre limpia suponía “la muerte civil” (84). Como consecuencia, la sociedad española se obsesionó con el concepto del honor y honra, y vivió siempre teniendo muy en cuenta la opinión pública, puesto que la dignidad personal dependía de la pertenencia o no a un grupo o a otro (85). “Ese fenómeno tuvo unos efectos paralizadores. Tanto el trabajo artesanal y comercial como el cultivo de las ciencias y de la medicina se consideraron propios de

conversos” (85), independientemente del origen individual de cada persona. Se puede explicar esto con la visión de la honra vertical y la horizontal que propone Gustavo Correa. La vertical se corresponde con el honor (Martínez 1), y depende directamente del lugar que ocupe en la escala social desde el nacimiento (Correa 188), por lo que si uno es cristiano nuevo, ya está marcado de por vida. La honra horizontal, que se corresponde con la fama (Martínez 1), es la fama que se obtiene a través de la reputación que uno tenga en la sociedad, por lo que depende de la percepción que tengan de uno (Correa 188) y propicie el vivir cuidando de la apariencia.

En nuestra obra, el Guitón, a través de sus argucias, consigue que el sacristán Teodoro haga afrentar a Alberto, el padre de Felipa, a través de su actitud cobarde y temerosa cuando descubre a Teodoro agachado, haciéndose pasar por un perrito en medio de su alcoba. Además también se puso en duda su reputación por no poder defender su propiedad (Correa 188), pues Teodoro, un simple sacristán, llegó a colarse hasta la parte más íntima que pueda existir en casa alguna, que es el dormitorio. Alberto también emitió un alarido pidiendo desconsolada y urgentemente ayuda al pueblo sin ni siquiera atacar él mismo al sacristán, lo que remarca su cobardía y estrepitoso fracaso en mantenerse como guardián de su guarida. Además, el grito que da, alarma al pueblo, por lo que todo el mundo va a ser testigo de la humillación de Teodoro.

Como bien indica Correa, “la honra tiene un sentido sacro, pues una ofensa en la honra es una mancha que debe ser limpiada a través de un rito de purificación” (188), y bien aparece esto con las represalias que se toma el pueblo entero contra Teodoro, que más que ser maltratado, que lo es, pasa por un ritual de humillación para castigar y deshonar al desviado sacristán, que quiso colarse en casa de don Alberto, en busca de hembra placentera. En *La Celestina* veíamos cómo aparecía que la emplumaban tanto a ella como a la madre del bueno de Parmenico, criado de Calisto; y aquí, a nuestro sacristán le quitan los calzones, le meten las manos por dentro, le cosen

la ropa para que no pueda sacar los brazos, y lo ponen a correr por el pueblo (139), entre otras lindezas que acaban siendo la comidilla de los correveidiles más chismorreros del pueblo.

Para Américo Castro, la raíz del honor de los siglos XVI y XVII era dependiente únicamente del concepto de limpieza de sangre vigente, pues la sociedad estaba organizada por una rígida jerarquía de castas basada en la nobleza familiar. La limpieza de sangre era condición obligatoria para pertenecer a la casta privilegiada de los cristianos viejos, y los conversos o cristianos nuevos no poseían el preciado bien de la honra, estigma que se extendía, además, a todos sus descendientes (Martínez 5). Esto además separaba al cristiano nuevo adinerado, del privilegio social, pues bien podrían tener montañas de dinero, pero por más que amontonasen nunca llegarían a tener sangre puramente cristiana, lo que suponía una barrera infranqueable de superar. “Por ello, mientras que el honor formaba parte del corpus de valores incuestionables propios del espíritu de la época, la honra se convirtió en un objeto de la opinión pública, algo que se podía atacar y destruir” (5), puesto que, mientras que la honra dependía de si los orígenes eran o no cristianos, el honor se podía mancillar, ya que dependía del concepto que tuviese la sociedad de uno mismo. No es por ello extraño que Onofre hable en repetidas ocasiones sobre la honra, y no haga mención ni una sola vez al honor.³⁰

Si la honra dependía de la percepción social, habría muchos casos de apariencia social con el fin de mantener un buen estatus, y no ser víctima de las habladurías de las gentes. Esto lo vemos claramente representado en el episodio del escudero del Lazarillo; y en algunos dichos y afirmaciones de Onofre, que muestran la hipocresía dominante: “—Vive —dijo él— como honrado y tendrante por tal” (90).

³⁰ También se piensa que la diferencia entre la honra y el honor no estaba tan clara y diferenciada como plantea Martínez. En nuestro caso esta distinción será irrelevante, puesto que, como comento más arriba, en *El guitón Onofre*, sólo se hace mención a la honra.

4.2 Nobleza, hidalguía y apariencia

En el ámbito de la nobleza en 1520, el emperador Carlos V introdujo una reorganización que reconocía dos grupos. El primero, los Grandes de España, que es la máxima dignidad de la nobleza española en la jerarquía nobiliaria, pues está situada inmediatamente después de la de infante, que son los hijos del Rey. El segundo, los demás Títulos del Reino, que los daba la Corona para recompensar y agradecer méritos (Martínez 4). Poco a poco, la diferencia entre los Grandes y la masa de hidalgos realengos restantes se hizo abismal, pues “si bien el dinero no da nobleza, tampoco había nobleza sin dinero, por la cantidad de lujos y gastos insostenibles. Por esto muchos llevaban una vida de apariencias, fingimiento, apuros e intrigas” (4). Buena cuenta da de ello el Guitón cuando se encuentra con el estudiante de Salamanca, que iba como un noble, viajando con criados: “que, aunque dicen que no hace el hábito al monje, la ostentación y aparato califica de manera que por ella juzgamos la hidalguía” (140), lo que vuelve a mostrar la unión indisoluble entre honra y percepción social que mencionaba previamente.

Durante el siglo XVII se consolidó en Castilla una división social fuertemente estamental, en la que cada estamento estaba dirigido por estrictas normas de comportamiento. La manera de actuar del noble debía regirse por reforzar y reafirmar la honra pública (Martínez 8). Como expongo en el fragmento siguiente, en el que Onofre habla de los sin vivires del hidalgo, no será tarea liviana a realizar, puesto que en ocasiones estos cristianos viejos hidalgos, estarán en periodo de plena decadencia y tendrán que obtener dinero de parte de judíos conversos burgueses, además de tener que vivir bajo el yugo de la opinión pública, cosa que en otros estamentos, como los más bajos, no se tenía tan en cuenta, lo que resultaba realmente liberador: "Grandísimo trabajo tienen los pobres, [...] [m]as [...] el de los ricos es intolerable, [por] la subyección que tienen de agrandar a todos [...] cercados de envidias [...] forzados a complacer, desentrañados en la

sangre, [...] aborrecidos si piden, despreciados si no agradan, sujetos a opiniones, su honra en disputa, su pérdida justa" (163).

En el periodo del Guitón, la baja hidalguía no podía permitirse tener las ínfulas ni la imagen de décadas anteriores, y la sociedad debía de ser consciente de las apariencias y las penurias que vivían, puesto que el Guitón, después de salir de la cárcel y verse abocado a hacerse de la orden de Santo Domingo para escapar y pasar desapercibido, dice que es un hidalgo castellano cuya ascendencia es estimada en su tierra. El clérigo le cree, a pesar de la paupérrima apariencia que llevaría Onofre, que justo había salido de la cárcel y se había metido en un río para despistar a sus perseguidores, y a pesar incluso de contarle después algunas anécdotas de su vida (217). Aun así, en realidad tampoco resultaría difícil de imaginar que el clérigo se creyese los embustes de Onofre, habiendo conseguido éste tantos avances a través de su malicia y don para las trolas y los enredos. Con todas, que un Onofre recién salido de la cárcel y demacrado consiguiese hacerse pasar por honrado hidalgo es una posible muestra de cómo el hidalgo llegó a “perder la estima social, quedó a la ventura y dejó de ser significativo” (Martínez 5).

Aunque en la obra no queda totalmente claro, me aventuro a decir que el objetivo principal de Onofre no era sólo el de hacerse rico, sino hacerse rico de una manera pomposa, mostrando su poderío. Esto se puede intuir en la manera en la que describe qué actitud tomó cuando se enriqueció, pues era palpablemente ostentosa (199). Además, durante bastantes ocasiones, en la obra se remarca el tener honra, y como he defendido anteriormente, incluso utiliza este argumento para causar una impresión positiva en el clérigo que le acoge. Todo esto encaja con el tema de la maldad porque tanto mostrar airadamente su opulencia, como el hacer hincapié en la honra eran artimañas que utilizaba para conseguir sus fines. Es de entender que la manera suntuosa de vestir le ayudaba grandemente a cerrar cualquier pacto comercial, puesto que a través de su manera de vestir exponía ser una persona de éxito y en la que confiar. Esa

pomposidad exuberante era un aditivo más que añadir a la mentira. Era el papel de regalo que recubría la mentira y favorecía que sus víctimas picasen el cebo; y en efecto, así ocurría, puesto que no sin motivo consiguió enriquecerse.

Al igual que el Guitón llegaba a manipular a las personas por su penetración psicológica, y salir de muchos de los aprietos por su ingenio, igualmente conseguía controlar su apariencia y mantener su estatus de manera magistral. En la época “gracias a halagüeñas y honradas apariencias, que el dinero proporciona a un individuo, [...] se afirma en la vida y se enriquece más” (Bataillon 207). La apariencia era un accesorio más de su maldad. De hecho, todo le fue bien incluso en los primeros momentos en los que dio su última estafa, en la que se hizo pasar por cobrador real. Lo único que le desbarató los planes no fue un desliz propio, sino el propio fin de su mentira, puesto que un alguacil del consejo real fue por las casas a cobrar, “vio que decían tenían pagados los tercios y halló cartas de pago en todos, o poco menos, fuele forzoso acudir a la fuente y volver diciendo que ya aquellas partidas estaban cobradas, que su provisión había salido mal” (202). Tuvo esa mala casualidad que era inevitable de abordar. El alguacil llevó la provisión falsa que había diseminado Onofre por las casas y la llevó al consejo, y luego fue a buscarlo. Onofre le dijo que habría sido un error a la hora de distribuir las casas por parte del consejo real, y el alguacil se lo creyó (202). Después de descubrir que eran falsas, fueron a buscar a Onofre, que estaba escondido en la Iglesia Mayor en Calahorra, y lo metieron en el calabozo (202). No fue descubierto por ningún desliz suyo,³¹ y su meticulosidad con las apariencias del mundo del honrado hidalgo le llevaron a conseguir su propósito, aunque luego acabase encerrado.

³¹ Véase el cuento XXVI del *Conde Lucanor*, de Don Juan Manuel: “Lo que sucedió al árbol de la mentira”. A Onofre se le acaba cayendo el árbol de la mentira encima suya por acumular tantos embustes y estafas. Esto se veía venir de un momento a otro.

4.3. Los cristianos nuevos

Resulta sorprendente que González no haga, que yo sepa, ninguna referencia a los judíos, y más cuando muchos coetáneos, especialmente Quevedo, sí que hacían alguna mención, más o menos hiriente, a este sector. Aunque éstos no aparezcan en la obra, tienen gran relevancia en el Siglo de Oro, principalmente destaca su papel en la historia económica y cultural de España (Bataillon 217).

En otras sociedades, al comenzar la época moderna se conoció la ascensión de judíos que se enriquecieron con sus negocios y fueron poco a poco integrándose en la antigua nobleza; pero en España, con los Estatutos de Limpieza de Sangre, esta aspiración era imposible de alcanzar (242). Fue Américo Castro quien, en *España en su historia* (1948), estableciese una relación causa-efecto entre la situación de los conversos de origen judío, la propia situación de la España de la época, y el devenir del género de la picaresca (Bataillon 218). Teniendo en cuenta contexto socio-histórico represor para el cristiano nuevo, mantuvo siempre Américo Castro la opinión de que la picaresca no era una obra amena y sin pretensiones más allá de la de entretener, sino que debajo de su exterior de burlas y divertimento, existía una profunda y amarga crítica social, que se había conseguido a través de eliminar los elementos sublimes y remarcar los más agrios de la sociedad del Siglo de Oro.

Castro defendió que la profunda crítica de las obras de picaresca era una respuesta de los descendientes judíos a las innumerables heridas que les infligían ciertos cristianos viejos, o aquellos que se hacían pasar por tales (218). Rey Hazas, entre otros, apoya tal teoría, y suministra algunos datos reveladores con respecto al origen de los primeros autores del género picaresco. Estos arrojan que es más que probable que el autor del *Lazarillo* fuera converso, que Mateo Alemán, creador del *Guzmán*, fuese de origen judaico, y el mismo caso aplicaría más tarde a López de Úbeda, con *La pícaro Justina* (58). Además, Hazas sugiere que la creación del género

picaresco fuese una expresión de la rebeldía del cristiano nuevo y de protesta contra la discriminación de la que he expuesto más atrás (59). El objetivo de la novela picaresca es “demostrar y hacer comprender a los hidalgos la vacuidad de unos conceptos clave (herencia de sangre, honra adquirida en la cuna, honra como mera apariencia)” (Rey Hazas 78), y a los nobles “para que se diesen cuenta de la vaciedad del código de honor, esto es, la banalidad de la barrera que los separaba a ellos, del acceso a la nobleza” (Rey Hazas 78).

Dada la severa crítica que hay en nuestra obra, y dado que las dos obras precedentes son achacadas a autores judíos, hasta cierto punto podríamos pensar que *El guitón Onofre* fuese fruto de un autor converso también. Los personajes pícaros han sido hasta entonces provenientes de familias deshonoradas e infamadas, por lo que sería realmente atractivo para un judío crear un personaje con honra, pero pobre, y que a base de engañar, maltratar y aparentar, consiguiese llegar a medrar. Conformaría un feroz ataque al concepto de honra de la sociedad y de las pretensiones, puesto que mostraría el sinsentido del concepto de la honra del cristiano viejo, ya que una persona con honra podría ser profundamente malvada; además, una persona de la baja escala social podría estafar y cambiar su estatus social. Esto demostraría la paradoja contenida en la sociedad, en la que el honrado deshonra, y el pobre llega a enriquecerse.

Si González hubiese creado un personaje sin honor ni honra, hubiese reflejado de alguna manera al converso, pero haciendo a uno que sea aparentemente honrado, consigue remover más las raíces de la pirámide social. Esta idea tiene coherencia, dado que en el *Lazarillo*, los personajes secundarios sufren de una mayor crítica y desgarró por parte de la pluma del autor de lo que lo hace el personaje principal, que justamente nace deshonorado, como un judío converso. Sin embargo, en *El guitón*, Onofre, que es el supuesto personaje honrado, que viene de una familia humilde pero para nada vergonzante, demuestra su maldad desde el comienzo, y la reafirma hasta el final. No se conoce con certeza el origen de Gregorio González, pero dadas las

características de esta novela, que remarca la maldad de un personaje honrado, y los detalles que se han relacionado a los autores de las obras previas del género, el autor podría encajar en el perfil de escritor judío converso con el nombre cambiado para reflejar sus raíces visigóticas.

4.4 El clero

En el Siglo XVII, el honor y la religión católica, con no pocas contradicciones y poder de control e imposición, ocupan un lugar preeminente (“La España”). Hay una fervorosa devoción católica. En lo social y folclórico tiene su representación popular con las costumbres arraigadas a fiestas y ritos, de prácticas en la vida diaria y en la devoción a santos y vírgenes, en honor a quienes se celebran fiestas, procesiones y romerías en ciertas fechas del año. En lo cultural, la Iglesia Católica instruía a su población en la fe a través de misas, catequesis, y la censura que ejercía el Tribunal del Santo Oficio en los libros (“La España”). Menéndez Pelayo nos da a entender que la historia e identidad de la España del Siglo de Oro no está ni en la lengua, la geografía, la raza o la unidad política, sino en la profunda fe Católica, y los rituales. En multitud de veces se ha sido citado su “España es un pueblo católico [y aún más,] un pueblo de teólogos” (113). La fe no era algo que únicamente se sentía, sino que también se hacía y mantenía visiblemente.

El clero estaba basado en una construcción jerárquica. El clero regular, es decir, el que se regía bajo normas de obediencia, pobreza y castidad, lo formaba el uno por ciento de la población total. El secular vivía del diezmo y de fortunas, pues su vida estaba más aproximada a la vida cortesana (“Decadencia”). Resultaba contradictorio que un sector tan poderoso del clero estuviese tan poco inclinado a llevar una vida humilde. Además de esa incoherencia, habría que añadir todo el culto a la religión popular, que estaba pesadamente cargada de rituales y liturgia, llegando al punto de escribir libros sólo de milagros ocurridos en España (“Decadencia”). Desiderio Erasmo de Rotterdam vio que la religión Católica estaba manchada de boato, que alejaba al cristiano de

Dios.³² Los erasmistas defendían la exaltación del cristianismo interior y la eliminación de las clases. En 1501, Erasmo, en su *Enchiridion*, escribió contra la filosofía escolástica, y sus constantes ceremonias y ritos, carentes de contenido espiritual alguno. Con sus textos, trataba de acercar a los cristianos a los evangelios (Ando 58-9).

Varias huellas de erasmismo hay en el episodio en el que convive con don Diego, que es el estudiante de Salamanca. Onofre tiene que vérselas con alguien totalmente opuesto a lo que estaba acostumbrado, ya que don Diego era una excelente persona que cuida muy bien de él. Onofre lo retrata como “un santico [...] alabábale yo mucho de conversable y magnífico, que lo tenía todo” (143). El piadoso estudiante es descrito de manera muy positiva, mejor que el resto de los personajes de la obra, y quiere dirigir al caradura de Onofre por los caminos de Dios y salvar su alma, diciéndole que debería confesarse y recomendándole que pase el resto de sus días sirviendo a Dios (145).

El problema viene de que el estudiante es extremadamente beato, y quiere inculcar a Onofre la doctrina cristiana, cuando el Guitón tiene interés en otros menesteres más terrenales. Llegan a Alcalá y se le pasó todo el día “tratando los misterios del rosario”, estudiando los milagros realizados por la Virgen, y rezando incansablemente (146). En general, “no se le caía el rosario de la mano” y se pasaba el día en los altares y leyendo el *Flos sanctorum*,³³ y atosigando a Onofre con sus sermones (147). Onofre lo llama predicador, salmista, y devocionario de Fray Luís (147-8) “con quien era obligado vivir siempre [...] rezándole a Dios avemarías y a Nuestra Señora paternostres” y yendo a misa todos los días, y a la Compañía de Jesús a tener práctica de

³² Para un mayor estudio del Erasmismo, recomiendo consultar la exhaustiva obra *Lo hispánico y el erasmismo*, de Américo Castro, que siempre ha sido obra de referencia. También está el seminal *Erasmus y el erasmismo*, de Marcel Bataillon. Más sintetizado y asequible resulta el artículo de Shinjiro Ando, del que extraigo parte del contenido teórico sobre el Erasmismo.

³³ Llamada también *Historia Longobardica*, de Jacobo de Vorágine (1230-1298), impropriamente llamada *Leyenda dorada*. Es una colección hagiográfica de vidas de santos que fue muy importante para la iconografía del Arte cristiano en general.

devoción (148). En resumen, el estudiante de Salamanca era excesivamente devoto y ritualista, hasta un punto que raya lo grotesco, pues se confunde y reza avemarías a Dios, y padrenuestros a la Virgen María. Cuenta también el Guitón al final del capítulo que don Diego se levantaba en mitad de la noche a rezar y a fustigarse con la cruz “como si fuera insensible”, y del ruido que retumbaba por toda la casa, Onofre, el cual dormía en una habitación contigua, se despertaba (149). Este capítulo tiene reminiscencias erasmistas por esa crítica a la extrema ceremonia y pompa religiosa del estudiante de Salamanca, que se pasaba el día rezando rosarios, yendo a misa, y por la noche azotándose indolentemente por el cuerpo, despertando a sus compañeros con los fustigamientos (150). El estudiante hace referencia a esa superstición y misticismo excesivo que roza lo ridículo del que Erasmo hablaba, y que a Onofre le “daban vómitos hasta echar las tripas” (148) por lo exagerado que resultaba. Hasta qué punto estaría cansado que se quejaba de su ventura por no haberle puesto Dios con “un rompepostes o desuellacaras” (147) en vez de con don Diego. Además, era muy bondadoso, pero “a la primera falta que le hice [...], me despidió de su casa” (150), lo que vuelve a mostrar de nuevo la idea de que hay una crítica Erasmista en el texto, sobre la idea de que se debe mostrar la fe y el merecimiento del cielo no a través de los rezos, sino de las acciones; sin embargo, después de que Onofre pase por el siguiente capítulo, tenga hambre y robe junto a sus primos, don Diego le vuelve a contratar, pues se siente mal por haberlo expulsado, lo que vuelve a indicar al lector la manera correcta de obrar (161). En este episodio, además, el Guitón piensa en alto y, a través de la amplificatio, critica las actitudes de hipocresía y boato, sin dar nombres, pero aclarando que no se refiere al estudiante de Salamanca, sino a alguien al que no nombra:

¡Que me digan a mí que Dios se sirve de esto! Estoy por decir que mienten. ¡Hipócrita triste, Dios con los corazones se alimenta! ¿Para qué nos estás vendiendo vinagre? Cuánto más rezas y más suspiros arrojas al cielo, te creo menos, porque es más el ruido que las

nueces. No hayas miedo de que yo te corte de las faldas para reliquias [...] ¿Para qué son esas ceremonias? ¿Qué sacrificios son éstos? No importa con cuánto aparato se haga la cosa, sino cuánto valga la que se hace. La cabeza de la virtud es carecer de los vicios [...] No lo digo por mi amo, que no tiene culpa. Entiéndalo el que lo entiende. (148-49)

Al principio le parece indignante que Dios se sirva de todo ese ritual y pompa religiosa, y dice que en realidad Dios busca los corazones más que tanta magnificencia religiosa, y trata el tema que también criticaba Erasmo de llegar a Dios a través de los buenos actos, y no con las creencias populares supersticiosas, que sólo llevaban a manchar la cruz. Se burla también de las reliquias y de la absurda veneración de los restos de algún Santo que tristemente atraía a miles de personas para idolatrarlos, como si yendo a venerarlos fuese a salvar a alguien. Afirma que lo que realmente importa no es la pomposidad de la ceremonia en sí, sino los actos bondadosos que llevan a cabo a lo largo de la vida las personas lo que resulta realmente decisivo sobre si el alma será salvada o no. Esta será una de las varias paradojas del pensamiento onofresco.

A diferencia de lo que ocurre en la *Celestina*, el *Lazarillo* o el *Guzmán*, no hay una crítica marcada a los estamentos religiosos, sino al culto mistificado. Esto se puede inferir por el tratamiento que ha dado a los personajes eclesiásticos a lo largo de los episodios. El episodio en el que aparece un personaje con afiliación religiosa que comete un pecado mayor por primera vez es el del sacristán, y justamente el sacristán no está adscrito realmente a la Iglesia, sino que es la persona que cuida de la iglesia y ayuda al cura en la ceremonia. Es el personaje perfecto para transgredir al estamento religioso y la poca aplicación de los evangelios con los que deberían comulgar, pero sin llegar a dirigir estrictamente su crítica a ellos, pues aunque no sea clérigo de ningún tipo, tiene un papel similar a éste en la obra, en la que de vez en cuando le habla de Dios a Onofre, y de la manera en la que éste ha de comportarse.

En aquella época, las labores de un sacristán no se diferenciaban sustancialmente de las que puedan tener actualmente. El *Tesoro de la lengua española*, de Covarrubias, define que el sacristán se encarga de “guardar la Iglesia, y lo que en ella hay, y ayudar en los oficios de la misa, con lo demás que está a la cuenta” (Covarrubias 1277), por lo que no estaba totalmente relacionado con la Iglesia. En realidad, ese episodio no hace más que airear, de una manera grotesca y absurda, las relaciones ilícitas que los canónigos mantenían en secreto, pero que todo el mundo conocía, de la misma manera subrepticia que lo hace Lázaro al final de su obra, o la Celestina, más rotunda y deliberada en sus afirmaciones. En la propia estructura de los textos podemos ver que hay una especie de dirección que tomar. Después del episodio en el que aparece la mala acción del sacristán, se presenta justo el estudiante de Salamanca, que es lo opuesto al sacristán, puesto que si don Teodoro es demasiado profano en cuanto a su fe, don Diego se excede de fervoroso.

El autor da una imagen muchísimo más positiva de este devoto, que, aunque con su excesivo misticismo, trató a Onofre muy bien, y lo tenía “más contento que gato con tripas” (150). Onofre mejora su situación cuando escapa de don Teodoro y da a parar con don Diego, pero empeora su suerte cuando es expulsado por don Diego, pues pasa una “insaciable y excesiva hambre” (153), y va a vivir con sus primos a seguir con sus bribonerías (153). don Diego ingresa luego como monje teatino, y se queda “más marchito que una azucena sin agua” (162) y muere.

En el capítulo de los monjes teatinos no hay ninguna crítica reseñable. Son aun más ingenuos que el sacristán, lo que muestra la inocencia de los teatinos, que también caen víctimas de Onofre, pero no de la misma forma que el sacristán, que es víctima de su vicio, sino que ellos son víctimas de confiar y de tratar de ayudar a Onofre. Algunos detalles en los que aparecen descritos positivamente son los que se muestran cuando éste habla por primera vez con uno de los

teatinos pidiéndole socorro porque el Guitón supuestamente había matado a una persona,³⁴ y como no le socorriese, le ahorcarían al día siguiente. El teatino le deja entrar a su casa, y cuando el Guitón le avisa de que el cuerpo de la persona que ha herido está en un prado, el teatino se va corriendo a ayudar al supuesto muerto, dejando a Onofre en la casa solo y sin nadie para protegerla de él y de sus hurtos (166). Para el teatino el Guitón no es solo un desconocido, sino un asesino que le acaba de decir que ha matado a una persona, por lo que tiene mucho significado que le haya dejado el teatino solo en su propia casa. En el aspecto estilístico, cuando éste se marcha corriendo para intentar confesar al herido con el objetivo de que no se muera sin la confesión, y así pueda salvar su alma, le dice a Onofre “quédeseme” en casa (166). Es destacable el sentido afectuoso que tiene ese “me”, cuando la forma neutra hubiese sido: “quédese”. Tampoco dice “quédate”, sino que lo trata de usted, como a un caballero o a una persona reconocida, pero con la confianza y cercanía que supone el “me” en “quédeseme”. De nuevo, esto ocurre poco después de que Onofre le diga que acababa de matar a un hombre, por lo que, otra vez, tiene mucho valor que el teatino se comporte de manera tan cortés y servicial con alguien que no conoce, y que debería temer por su condición de asesino. Esta fórmula de cercanía aparecerá más veces en las intervenciones del teatino, como aparecerá más abajo, cuando diga “échesenos por acá” (172). Por otro lado, cuando descubre el teatino que el Guitón le ha estado robando las gallinas, lo encierra en una habitación para que no se escape, y al día siguiente se levanta el teatino y a pesar de que les ha robado las gallinas, lo tratan él y sus compañeros con una hospitalidad y respeto envidiables:

Abrieron la puerta donde yo estaba y, desde afuera, antes de entrar, dijo el padre de casa:

³⁴ “Las iglesias se utilizaban muchas veces como amparo para la delincuencia o la inmortalidad. Por su carácter sagrado eran «lugares de asilo», adonde no alcanzaba la justicia ordinaria. De aquí que quien robaba, hería a un adversario o hacía una muerte procurara refugiarse en un templo, con lo cual muchas veces obtenía la impunidad” (Deleito y Piñuela 110). Al final de la obra, Onofre también repite la misma jugada en Zaragoza (217).

—¿Es levantado, amigo? Échenos por acá.

—No dice si quiero -dije yo entre mí—. ¿Tiénelo recabado con la moza?

—¿Oye? —volvió a decir.

—[...]Prevíneme con el silencio, porque siempre es bueno callar cuando la habla puede ser de daño [...]

—Durmiendo está -dijo tercera vez-. Despiértese, hermano. (172)

Mientras el teatino estaba en la puerta esperando sin querer molestar al ladrón de sus gallinas, que también era un supuesto asesino, el tuno de Onofre estaba callado, escondido en lo alto de la chimenea esperando ocultarse hasta que se fuesen. Onofre se escapa, no sin antes apoderarse de las gallinas y los pavos de los teatinos, cuando se va, le hizo admirarse de que “había podido [su] industria tener fuerzas para engañar a personas tan nobles y puntuales” (180). Los teatinos son personas de buen corazón que inmerecidamente son engañados por el Guitón. Este es uno de los episodios donde más se remarca la malicia de Onofre, que les roba todas las gallinas y los pavos. También es verdad que no es un momento de su vida en el que Onofre viva a cuerpo de rey, puesto que pasaba mucha hambre, por lo que de alguna manera podría excusarse su actitud de cara al lector.

No obstante, estudiando el contenido de este capítulo podemos ver que, aunque con la justificación de que pasase hambre, el autor quiere resaltar la malicia de Onofre, porque lo pone a robar a un grupo de personajes que no hacen ningún mal ni son pecadores, sino que incluso le han ofrecido ayuda desinteresada, y han sido serviciales incluso aun sabiendo que él les había robado gallinas. González podía haber puesto personajes viciosos y malvados para justificar de cierto modo que Onofre robase las gallinas y pavos, pero no es así. Tampoco muestra el Guitón compasión por los teatinos, dado que incluso llega a jactarse de su maldad, pues cuando se va corriendo con los pocos pavos que quedaban sin robar, le dice al teatino, no sin falta de ese

humor cafre tan característico de Onofre: “Padre, paréceme que podrá venir a confesar los pavos, que están en peligro de muerte, y el cirujano a curar las llagas de las gallinas, que están mal heridas” (180), y aparece de forma explícita que el padre se admira de la maldad de nuestro protagonista: “Admiróse de ver que, con todo mi mal, traía los pavos” (180). Además, destaca la malicia en la propia situación en la que se mete el Guitón, que roba absolutamente todas las gallinas y pavos que tiene el teatino en su huerta, y los reparte entre sus amigos; no coge unos pavos y se va, sino que coge las gallinas en varios viajes, y luego va a robarle los pavos, de manera que deja la huerta sin uno solo. Resulta interesante que en el último momento, cuando ya había robado muchas gallinas, se puede escapar e irse libremente a sacar partido de las gallinas, pero se decide a arriesgarse de nuevo, e ir a por más gallinas, tentando peligrosamente la suerte.

Después de esto, acontece otro episodio con clérigos, en el que Onofre ayuda como monaguillo en la parroquia de San Salvador, en Valladolid, y roba el dinero del diezmo y se hincha a comer pan bendito. Como suele ser habitual, suelta algún chascarrillo, diciendo que comió tanto pan sagrado que no volvió a necesitar de ningún curandero en la vida, ni temió de “animal ponzoñoso” (195), puesto que tanto pan sagrado le regeneraba el cuerpo y lo sanaba. De nuevo, el sacerdote y el sacristán con el que colabora en esta aventura no son pecadores ni intransigentes, sino simples víctimas de Onofre, que se aprovecha de su ingenuidad.

Tanto episodio y personaje clerical aporta buena información sobre la posible opinión del autor al respecto, y qué pecados o vicios asocia a cada estamento. Como he mostrado, en general el clero se salva de ser criticado y de verse como pecador. Tal vez le achaque cierta racanería, tanto a los teatinos ante su actitud con la ropilla que se ponía su amo para estudiar, que no se la quisieron dar a Onofre tras la muerte de su amo don Diego; como al sacerdote, para el que sirve por muy poco tiempo como monaguillo, puesto que no le da nada de propina, por su echarle una mano una vez. Pero estas acciones aparecen justificadas de cierta manera tanto por el contexto

como por el Guitón (162). Se mantiene más crítico por afiliación Erasmista, no obstante, con la actitud del estudiante de Salamanca, cargada de religiosidad y superstición, pero no con su persona, que es probablemente, junto con los teatinos, el personaje más bondadoso y cortés que haya tenido Onofre en su vida. Hay actitud implacable, eso sí, contra el sacristán, que es un vicioso enamoradizo que cae en su propia trampa por mediación de Onofre. En el final del capítulo, Onofre comenta que “aunque no anduve malo, pues le saqué de un vicio tan grande” (138), y tiene razón, puesto que su aparición le sirvió al pervertido sacristán como revulsivo para no caer en el pecado otra vez. Igualmente se muestra su hipocresía, ya que “alaba la abstinencia y luego cenar” (Schlickers 184), y en general que es una persona débil moralmente y pecaminosa.

No hay una crítica soflamada ni considerable del clero. Si en realidad Gregorio González hubiese decidido hacer un reproche más duro a los estamentos clericales, como había ocurrido con Fernando de Rojas o el autor del Lazarillo, hubiese podido hacerlo perfectamente, pues su personaje está falto de la candidez del bueno de Lázaro, y tiene el ingenio y la grosería suficiente para dejar en evidencia las ineptitudes clericales, y airear a los cuatro vientos los vicios.

Simplemente sustituir el episodio del sacristán hubiese sido muchísimo más duro si en vez de poner a un personaje tan tibio como él, hubiese puesto a un sacerdote. A diferencia de otras obras picarescas, no hay un gran escarnio del estamento puramente clerical, aunque sí que se dejan intuir ciertos detalles de refilón, que aunque no son disparados totalmente contra los clérigos, sí que se asocian a ellos, como es el uso desmedido de pompa innecesaria y las controversias con respecto al mantenimiento de su supuesta castidad.

4.4.1 Religiosidad en Onofre

El episodio de don Diego muestra muy bien la opinión que tiene el Guitón con respecto a la vida y a la salvación. El estudiante le dice que con el poco tiempo que van a estar en la vida, más vale que se porte bien y rece. Esta es la respuesta de Onofre:

—¿ Tan presto —le dije— se piensa Vm. morir? Pues yo, señor, como ha tan poco que nacimos, aún no hacía cuenta en esta posada.

—Bien le has dicho —dijo él— en llamarle posada, porque de la vida nos hemos de partir como de un mesón y no como de casa propia. [...] Onofre, [...] no hay hombre que sepa cómo ha de estar su cuerpo, no digo un año, pero de aquí a la tarde. ¿Quién hay, aunque más mozo sea, que esté cierto que ha de vivir hasta vísperas? Necesario es morir; pues, ¿quién no temerá donde no hay hora segura?

—Señor —dije yo—, todo eso es ansí. Tal sea mi salud cual ello me parece de bien, pero trabajo es andar siempre con la muerte al hombro. Lo que durare la vida gastarlo en servir a Dios es muy justo, pero vivir con contento; que no vive el que siempre vive con miedo de la muerte. (145)

En el texto Onofre expone una visión de la vida basada en el hoy y en el *carpe diem*, puesto que el Guitón prefiere no pensar en el más allá, sino disfrutar del presente sin preocupaciones. Comparado con esto, la visión de don Diego es más mística, pues ve la vida como camino de paso, que te dirige inevitablemente al cielo o al infierno. Tiene una concepción de la vida acorde a la que tendría un clérigo. Utiliza el fervoroso estudiante la vida como lugar en el que encontrar la salvación espiritual. En realidad, tal afirmación deja más bien una ventana perfectamente abierta a la reflexión, ya que la diferencia entre ambos personajes a nivel existencial está directamente relacionada con la inevitable separación que hay entre ellos a nivel social, de clase. don Diego era un estudiante con gran poder económico. La primera impresión que Onofre tiene de él es la siguiente: “[parece] principal. Al fin, llevaba un criado de a pie y otro de a caballo; y no queráis más, que la nobleza anda en tal estado” (141). Era un estudiante probablemente noble, extremadamente religioso, que era consciente de la vacuidad de la vida en la tierra, y quería alcanzar la salvación por medio de la devoción y el misticismo. Por otro lado,

Onofre, un pícaro, que por aquel entonces no sabía que sería rico a través de sus malas artes e inclinación hacia la estafa y la engañifa, venía de vivir con el sacristán, con el que estaba pasando hambre hasta que consiguió meterle en el enredo con doña Felipa. Un pícaro no podría tener visión a largo plazo de la vida, o preocuparse por el más allá, porque sus preocupaciones reales son las del hoy más acuciante. Sobrevivir al día a día y a los batacazos que en ocasiones se presentan son las prioridades de un pícaro. Un estudiante como don Diego puede preocuparse por ganarse el cielo, porque ya tiene ganada la tierra. No es este el caso de Onofre, por lo que se entiende su escepticismo religioso y su “poca devoción” (147).

4.5 La clase baja y el pícaro

Es el pícaro un antihéroe que nos cuenta sus propias andanzas; un niño nacido de un estrato social bajo. El recurrir a una autobiografía le permite mostrar a la sociedad “el relato de una vida carente de brillo que difícilmente hubiera encontrado un cronista ajeno” (Pedraza y Rodríguez *Las épocas* 104). Debido a la gran cantidad de personajes del bajo estamento y a la crítica que la picaresca reparte ágilmente hacia todos los estamentos sociales, se había pensado durante mucho tiempo que este género había visto su aparición en España por primera vez en el Siglo de Oro por la miseria que sufría el país: “un vagabundaje, una vida del hampa relacionada con momentos de crecimiento demográfico, malas cosechas, inflación, pestes, guerras, etc.” (Blanco Aguinaga 50), pero aunque ese sea el verdadero telón de fondo, es de carácter europeo, no solamente español, pues responde al periodo de transición entre el modo de producción feudal y el capitalista, y afecta “lo mismo para España que al resto del Occidente Europeo” (50).

Según se resquebraja el medio de producción feudal, quedan muchas manos libres que no encuentran uso para su fuerza de trabajo, “por lo que tendrán que sobrevivir apelando exclusivamente a su ingenio” (51). España estaba sumida en una inflación vertiginosa consecuencia del oro y plata de las Américas, lo que hace que para los españoles el trabajo resulte

aún menos atractivo. Se ha convertido en tópico citar el refrán que refleja todas las opciones de subsistencia dignas: «Iglesia, mar o casa real, quien quiera medrar» (Pedraza y Rodríguez *Las épocas* 84). De todas maneras, también había el mismo número de “truhanes y pedigüeños en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia en aquellas fechas” (Rey Hazas 56). La alta cantidad de personajes de los estamentos más bajos es además, como he explicado anteriormente, debido a los conversos y su disgusto ante la importancia de la sangre limpia, pues así, ponían de relieve el mal estado del país para criticarlo y, a través de airear los problemas, hacer un llamamiento para remediarlos (57-61).

4.5.1 El mendigo

Dentro del estrato social bajo, hay varios niveles que merecen ser mencionados. Existe el más bajo de todos que es el del indigente sin remisión, el mendigo. En *El guitón* este nivel no aparece apenas. Onofre menciona que pedir “es de desvergonzados” (183) y da el ejemplo de unos indigentes que él conoce que se pintan heridas en la piel para aparentar que están heridos y dar más pena, y de otros que se inventan mil historias para recibir más dinero. El mendigo, dice, es vicioso por antonomasia, y el Guitón sería mendigo “si fuera hombre vicioso” (183). No tolera el ser un vagabundo sin oficio ni beneficio. Él, de la misma manera que en un gesto de egolatría trasnochada dice ser hijo de hidalgos, admite también ser pobre (159).

Los periodos de su vida en los que probablemente pasase más hambre fueron cuando salió de casa de Rodrigo Serbán, y cuando le echó don Diego de su cuidado, y tuvo que aliarse con otros pícaros para conseguir robar. En realidad, aunque no mendigue pidiendo alimento, sí que mendiga indirectamente, sólo que a través de la estafa y forzando las situaciones. En Valladolid se va a comer a un restaurante sin tener con qué pagar, y cuando la mesonera le pide el dinero, él quiere pagar con unos zapatos usados que se había encontrado tirados en un muladar, forzando que haya un intercambio injusto e indeseado por la mesonera (188). Lo mismo hizo con un dedal

que se encontró, y con él fue a una “tienda de especería” (158), donde se comió “un panecillo de cuatro cuartos y dos libras de uvas” (159), aprovechando que había una mujer de tendera, y dijo que no tenía dinero con el que pagar, así que la mujer tuvo que aceptar el dedal de mala gana, pero no sin injuriarle, llamándole “grandísimo ladrón” (161). Esa concepción de ver mal el mendigar, pero no el estafar y robar, muestra otra vez las varias incoherencias de Onofre, o una estrategia que tuviese el autor para diferenciarse del resto de obras que fuesen parecidas.³⁵ Tal vez viese que mendigar es indigno y no de persona honrada, y robar sólo es una actividad deshonrosa cuando le descubren a uno. De alguna manera, puede que a un nivel más profundo, para él mendigar suponga aceptar la derrota, y el Guitón es una persona extremadamente luchadora y con miras altas, por lo que no puede convertirse en un vagabundo que vive pasivamente de los demás, sino que necesita estar activo y mostrarse a sí mismo que puede conseguir dinero, aunque sea por las vías más injustificables. Su propia personalidad, creativa e ingeniosa le convierte en un ser inquieto que no puede estar parado esperando a que los demás le den dinero, sino que necesita arrebatarlo.

4.5.2 Negocios humildes

Hay gente que consigue sobrevivir al día a día humildemente, como es el caso de la frutera, que tiene un negocio en Sigüenza donde vende fruta. Es la única tienda reseñable que aparezca en la obra en la que ocurre algo con sustancia para la narración, y esto es que le roba dinero a Onofre sin conocerlo (89), aunque luego el Guitón se vengue, y bien vengado. Desde luego no causa buena impresión al lector que lo primero que sepamos de ella es que trate de

³⁵ En aquel entonces no creo que hubiese un género picaresco per sé. Si acaso, existiría una proto-picaresca. Tal vez el lector pueda preguntarse cómo podría tener en mente Gregorio González el diferenciarse de un género que ni tan siquiera existía. A mi modo de ver, no querría romper con un género en sí, sino con dos o tres obras que serían muy influyentes en aquel entonces, y en las que él mismo se basó: *La Celestina*, el *Lazarillo de Tormes*, y la primera parte del *Guzmán de Alfarache*. Bien a la vista deja el autor sus referencias en sus obras, llegando a mencionarlas explícitamente, por lo que no me resulta extraño conjeturar que quisiese diferenciarse de ellas, tomando la misma dirección, pero yendo por distinto camino.

estafar al joven Onofre, que acababa de llegar por primera vez a Sigüenza desde la casa de su tutor.

Otros negocios que aparecen son restaurantes o tiendas en las que el Guitón pega el golpe (157 y 190). Siempre es él el primero que intenta estafar a estos pequeños empresarios, aunque luego ellos intenten vengarse de él. En estos casos, que corresponden concretamente al episodio del dedal y al de los zapatos, Onofre va a ambos negocios atraído por el género de la persona que está al mando en ese momento en la tienda; al ser éstas mujeres, piensa que las señoras no pondrán tanta oposición cuando quiera irse sin pagar, cosa que consigue concretamente con la señora a la que le ofrece el dedal; pero en el caso de la otra tendera, a la que le ofrece unos zapatos roídos, tiene Onofre la mala suerte de que aparece el marido de la tendera de casualidad, cargando con un saco de frutas de vuelta a la tienda, y le pilla en mitad del desaguizado (188). El tendero se muestra implacable y presiona a Onofre para que a cambio le dé el ferreruelo que llevaba Onofre, que es una capa corta con cuello y sin capilla, a cambio: “asiéndome del ferreruelo, se hizo dueño de mis bienes” (190).

No hay en estos casos crítica a este estrato social, sino que son víctimas de Onofre. Aparecen representados como personas trabajadoras que, en general, no tienen interés en estafar, sino en hacer negocio.

4.5.3 Otros personajes

De manera aislada se mencionan labradores, y estos son los mismísimos padres de Onofre, los cuales tenían algunas “piecizuelas” de tierra (73) en las que trabajaban, y eran de ascendencia honrada. En ellos no hay crítica alguna, es más, el Guitón los alaba, y el autor no hace mención a nada malo sobre ellos. Qué decir de la cuidadora de Onofre, doña Inés, bien estudiada quedó en el capítulo uno; una mujer mayor bastante inflexible que castigaba a Onofre por sus bellaquerías, y por poco la mata éste. Rodrigo Serbán y Julianico Serbán, tenían tierras y

trabajadores a su mando. Ninguno aparece descrito negativamente, a excepción de la inflexibilidad de Inés, que casi paga con su propia vida.

4.5.4 Pícaros

Aparte de Onofre, no aparecen muchos otros pícaros tampoco, y los que lo hacen tienen, a diferencia de éste, un perfil psicológico muy poco desarrollado. Son simples herramientas para hacer que la acción transcurra en la obra, ayudando a Onofre a conseguir sus objetivos. Onofre además es el cabecilla del grupo de granujas, diciéndoles qué tienen que hacer y “como buen capitán, los exhort[a] en la batalla”, diciendo cuándo tienen que atacar (154); o bien toma alguna decisión que arriesgue su imagen, pero consiga utilizar la ocasión sabiamente para mostrar su carisma y hacer lo opuesto a lo que quería el grupo (155). Resulta innecesario comentar las características de nuestro pícaro, pues las he ido bosquejando a través del trabajo, pero sí que considero necesario reincidir en que el Guitón no es el típico ganapán literario, que siempre es descrito como poco más que un pillo, especialmente si se trata de Lázaro. Onofre, a diferencia del pícaro estándar, que va aprendiendo a través de ser una víctima de diversas mofas, ya viene resabiado y maleado de naturaleza. Muy acertadamente remarcarán Pedraza y Rodríguez la suficiencia e independencia de Onofre, que aun desde bien joven “se abrirá camino por sí solo, sin depender de ningún amo, viviendo gracias a sus trucos” (*Manual* 231).

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, la Sociedad del Siglo de Oro distaba mucho de ser perfecta, y parte de la problemática aparece reflejada en la novela de González. Aun así, no parece ser que se comprometa demasiado con la realidad social, sino que prefiere no meterse en temas escabrosos que le puedan acarrear problemas, y prefiere dirigir la mayor parte de las críticas hacia Onofre y su maldad.

5.0 Conclusiones

Gregorio González, en su *El guitón Onofre*, crea un personaje diferente, ácido y mordaz, que rompe con muchos de los moldes que hay concebidos sobre el género picaresco y el pícaro en sí. Onofre se diferencia de otras obras de picaresca por su origen honroso, su falta de ingenuidad, su acentuada perspicacia, y su maldad natural. El libro resulta genuino por la cantidad de dichos y refranes que posee, por sus referencias explícitas a otras novelas de las que forma parte, o que están relacionadas con el canon picaresco; y se distingue por poner sobre el papel a un pícaro que consigue medrar y llegar más alto —aunque de manera temporal— que ningún otro pícaro, cambiando su fortuna y enriqueciéndose a través de la estafa.

En lo que respecta a mi estudio sobre la maldad, González diseña a un personaje taimado y decididamente malvado. Esto se puede inferir a través del análisis que he desarrollado a lo largo de la tesis sobre sus aventuras y desventuras. Desde el comienzo, nuestro protagonista ha nacido en una familia honrosa, pero por propia iniciativa admite ante el lector ser malvado y malintencionado de naturaleza. Es una maldad que va *in crescendo*, y que comienza desde su más tierna infancia con trastadas que, aunque tal vez sean producto de la joven inconsciencia, no dejan de sorprender al lector por su crueldad, como la de abrasar a su cuidadora con lejía hirviendo. Continuará su avance perfeccionando su principal herramienta para el medro: el ingenio, consiguiendo, entre otras cosas, hacerse pasar por un travieso duende nocturno con el objetivo de robar morcillas a sus supersticiosos compañeros. Tras muchos años viviendo del engaño y aprendiendo de las pulsiones más básicas que mueven al espíritu del ser humano, acaba siendo un experto estafador, que engaña a cualquiera que se le ponga por delante. Sistematiza su negocio, construido a través de la falsificación, y embauca a gentes de más de cuarenta oficios distintos. En ese momento de su vida, el Guitón amontona una gran suma de dinero, y pasa de ser un simple ganapanes a un estafador profesional. La rueda de la fortuna girará, y su último gran

golpe será, inevitablemente, el que también le conduzca a la cárcel, pues se hará pasar por recaudador real de impuestos. Lo mismo que le llevó a la cárcel, le sacará de ella, pues consigue con el soborno y la falsificación esfumarse; y logra dar esquinazo a la ley internándose en un humilde monasterio de dominicos, donde volverá a reincidir para finalmente renunciar al hábito. Tal escalada social, con su respectiva caída, no es fruto de la suerte, o propio de una persona cualquiera, sino de una sagaz mente hecha para la fechoría, que ha ido perfeccionando su técnica poco a poco. Cuando uno termina la novela, la sensación que transmite Onofre a través de su manera de actuar y de pensar, es que él está más allá del bien y del mal, porque aunque le descubran y lo juzguen o le castiguen por sus malas acciones —que él bien conoce—, Onofre siempre tiene un último truco final que da la vuelta a la tortilla, inventándose algo para ser peor, para vengarse con más ímpetu o para infligir más daño. Parece como si el personaje disfrutara asumiendo riesgos, y necesitara, después de salir de un enredo complicado, entrar en otro más complejo, y así sin poder parar, hasta llegar a rozar la muerte, siendo este proceder destructivo toda una costumbre en la vida del guitón Onofre. Por ejemplo, en el capítulo décimo, después de sacar cinco pavos el Guitón vuelve a por más, sabiendo que se está arriesgando mucho, siendo entonces atrapado, por el desorden, como un ladrón que no puede dejar de robar. Más que pícaro, o que guitón, da la impresión de tener conductas suicidas o sin control, que casi terminan con su vida. Estos elementos tan genuinos de su personalidad hacen que aunque Onofre comience siendo un pícaro con una afilada agudeza, su inteligencia y penetración harán que conforme avance la obra, especialmente en los dos últimos capítulos, Onofre Caballero se escape de los límites del género y esté algo más allá de la novela picaresca, y más acá de la novela negra o criminal.

Esa intensidad vital que ha demostrado el joven Onofre, nos dejará también perlas del humor grotesco que en general actuarán como jovial divertimento, y nos mostrarán su honda penetración psicológica, como el hacer creer a un sacristán que vaya a poder tener relaciones

ilícitas con una mujer, induciéndole a que visite por error al padre de ésta, en las circunstancias más humillantes que pudiesen acontecer. Si la maldad de Onofre provoca cierto sentimiento de rechazo a los lectores, conmovidos por las desgracias a las que son sometidas sus víctimas, el mismo reparo puede provocar algunas escenas grotescas y escatológicas que aparecen en la novelilla. Ejemplos de este humor desagradable lo podemos encontrar en varios capítulos ya comentados, como ese en el que trata a doña Inés como algo menos que un pollo hervido, tras sufrir ésta un chapuzón en lejía hirviendo; o también en el que el Guitón se come heces pensando que son succulentas ristras de morcilla. Aparte de para entretener, el humor tendrá un fin más profundo, pues servirá como intensificador de la maldad, y será utilizado para deshumanizar a Onofre, y evitar que el lector pueda empatizar con él.

La maldad se verá también acentuada por la manera estratégica que tiene Gregorio González de diseminarla a lo largo de la obra. Al principio no hay ningún niño cándido y frágil del que sentir pena, sino alguien que siempre se enfrenta a personajes débiles, con los que tiene alguna posibilidad de ganar, como la anciana doña Inés, o el niño pequeño con el que vive, Julianico Serbán. Actitud que mantendrá más adelante, cuando trate de robar en negocios regentados por mujeres, para facilitar su triunfo en el hurto. Cuando deje a su familia adoptiva y empiece a vivir con otras personas, seremos testigos de sus magistrales dotes para la manipulación y capacidad de persuasión, haciéndoles caer en engaños que él ha maquinado, como el de Teodoro. En varias ocasiones dará con personas bondadosas que confíen en él y traten de ayudarlo, o neutras, que simplemente lleven su vida, pero él seguirá intentando obtener el máximo beneficio de ellos y embaucarlos, sin importar las consecuencias que esto tenga. Habrá personajes que tal vez se merezcan ser engañados por el Guitón, pero la mayoría no serán así. El autor podría haber elegido ponerlo en un entorno de bandidos, en el que él desarrollase su malicia, y cualquier acción reprobable que él perpetrase pudiese ser excusada por su

desafortunado ambiente; pero no fue así. González decidió ponerlo en un entorno medianamente bueno, donde él sería el personaje que destacaría por su malicia. Si además comparamos a Onofre con cualquier otro pícaro, especialmente anterior a él, el Guitón destaca por su facilidad para el engaño, y su clara tendencia hacia el mal. Al final de la obra se instala en un monasterio, pero con el objetivo de escapar de la justicia que le perseguía, y él mismo admite que aunque se metió en el monasterio, no tardó en volver a ser malo: “Cedacico nuevo tres días en estaca. Luego me volví a mi natural. Comencé a desmandarme ya ser cual yo solía” (220).

Como cualquier obra de picaresca, el contexto social en el que se desarrolla la novela, y la realidad que observa Onofre, dejan translucir ciertos males generales que son criticados a través de Onofre, o a través simplemente de dejarlos a la vista del lector, para que éste juzgue la actitud de los personajes que ve en la obra. No es Onofre el único ser que actúa mal, sino que parte de los personajes de la obra se dejan llevar, en mayor o menor medida, por el mal, ya sea a través del hurto, como ocurre con la frutera; el vicio, como pasa con el sacristán; o dejándose chantajear, como es el caso del abogado. El sector piramidal que más representación tiene es el del clero. Los clérigos se vean atraídos hacia el mal en menor medida al que lo hacían en otras obras del género, lo que resulta llamativo. Dentro de la crítica hacia la sociedad, se percibe cierta afiliación del autor con movimientos erasmistas, lo que no resulta sorprendente. El rasgo más característico en esta sección es que, aunque la sociedad esté representada de manera crítica, el autor dirige la mayor parte de sus reproches hacia el Guitón, perdonando las faltas de otros sectores que han aparecido generalmente mucho más denostados en otras obras de la picaresca.

Llegados a este punto, tal vez uno se pueda preguntar qué fue lo que impidió que la novelilla no saliese a la luz, si en realidad la crítica se dirige más al bribón de Onofre que a los demás personajes. El principal motivo para que no se publicase tal vez fuese el peligroso mensaje general que transmite a la sociedad, como una amenaza de personaje destructor del

orden social existente. Este mensaje además resulta tremendamente tóxico, ya que muestra cómo una persona de clase baja, a través de su mal comportamiento y mentiras, engaña y estafa a todo un estado, y no consigue ser penalizado. Pues Onofre logra hacerse rico falsificando documentos y haciéndose pasar por influyentes mercaderes. En esta obra se muestra de alguna manera la incompetencia del pueblo y del estado, que primeramente se cree la engañifa orquestada por Onofre, luego se traga su falsificación, y lo colma dejándole escapar, volviendo éste a engañar a todos, siendo un pícaro de altos vuelos. Por si fuera poco, el delincuente se esconde entre miembros eclesiásticos, aprovechándose de la bondad y confianza que han depositado en él. Desde luego, no da buena impresión de la sociedad ni de la seguridad de ésta que un personaje así haya conseguido tantos logros a base de engañar y aprovecharse del prójimo.

En comparación con otras obras del género picaresco podemos ver que el inocente es incapaz de conseguir honra, como ocurre con Lazarillo. El malvado sí adquiere riqueza y “honra”, pero luego cae por el peso de sus mentiras. Onofre no es ningún ejemplo para nadie, y poca conclusión se puede sacar de esta novela más allá de que se hace necesario desconfiar del prójimo y de abrir bien el ojo. El mal no lleva a ninguna parte sino a más mal.

A lo largo de este estudio, espero haber despertado el interés del bienaventurado lector que haya invertido parte de su tiempo en hojear alguna de sus paginillas. Nunca se ha estudiado este tema en *El guitón Onofre*, y considero que es clave para el correcto entendimiento de la obra.

Para todo aquel ávido lector que tenga interés en seguir la estela que haya podido dejar, o que tenga interés en estudiar *El guitón Onofre*, recomiendo que dirija su atención hacia otros aspectos que también se espigan en la obra, como puede ser el de la religión, o la ambición.

El guitón Onofre, novela escrita por Gregorio González, ha permanecido dormida en un letargo durante siglos, y la crítica no parece querer despertarla del todo, a pesar de sus muchas y originales peculiaridades. Sí que debe ser el Guitón malo.

Obras citadas

- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. José María Micó. Madrid: Cátedra, 2006. Impreso.
- Álvarez de Miranda, Pedro. “Una inexistente homonimia: Historia de Gitón (o Getón) y Gitón.” *Estudis romànics* 24 (2002): 71-90. Impreso.
- American Psycho*. Dir. Mary Harron. Lions Gate Fims, 2001. DVD.
- Ando, Shinjiro. “El erasmismo español: una tradición humanista española.” *Cuadernos Canela* XIX (1997): 57-69. Impreso.
- Arcipreste de Hita. *Libro de Buen Amor*. Vol 1 y 2. Ed. Julio Cejador y Frauca. Madrid: Espasa-Calpe, 1959-1960. Impreso.
- Arellano, Ignacio. *Poesía satírico burlesca de Quevedo*. Pamplona: Eunsa, 1984. Impreso.
- ,ed. *Revista rumano-española de cultura y civilización de los Siglos de Oro II* (2011). Impreso.
- Bajtín, Mijaíl. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de Francois Rebelais*. Ed. Julio Forcat, y César Conroy. Madrid: Alianza, 2003. Impreso.
- Bataillon, Marcel. *Erasmus y el erasmismo*. Trad. Carlos Pujol. Barcelona: Editorial Crítica, 1978. Impreso.
- . *Pícaros y picaresca; La pícaro Justina*. Trad. Francisco R. Vadillo. Pról. Marcel Bataillon. Madrid: Taurus, 1969. Impreso.
- Berceo, Gonzalo de. *Milagros de Nuestra Señora*. 2ª Ed. Ed. Michael Gerli. Madrid: Cátedra, 1987. Impreso.
- Blanco Aguinaga, Carlos. “Picaresca española, picaresca inglesa: sobre las determinaciones del género.” *Edad de Oro II* (1983): 49-65. Impreso.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando. Introducción y notas. *El guitón Onofre*. Por Gregorio González. Logroño: Gobierno de La Rioja, 1995. 11-49. Impreso.
- Cañedo, Jesús, ed. *La picaresca*. Madrid: Doncel, 1969. Impreso.

Cáseda Teresa, Jesús Fernando. “*El guitón Onofre*, de Gregorio González. Una obra picaresca poco conocida.” *Kalakorikos* 4 (1999): 281-88. Impreso.

Castro, Américo. *España en su Historia*. Barcelona: Crítica, 2013. Impreso.

Catch me if you can. Dir. Steven Spielberg. DreamWorks Pictures, 2002. DVD.

Catecismo de la Iglesia Vaticana. Washington: United States Catholic Conference, 2007.

Impreso.

Correa, Gustavo. “El doble aspecto de la honra en Peribañez y el Comendador de Ocaña.”

Hispanic Review 26.3 (Jul. 1958): 188-199. Impreso.

Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Madrid, 1611. Impreso.

Criado de Val, Manuel. “*El guitón Honofre*: Un eslabón entre ‘celestinesca y picaresca’.” *La*

picaresca. Orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la

Picaresca. Ed. Manuel Criado de Val. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1979. 539-46.

Impreso.

“Decadencia política del Siglo de Oro. 1598-1652.” *Siglo de Oro de España*. Web. Abril 02

2015.

Deleito y Piñuela, José. *La mala vida en la España de Felipe IV*. Madrid: Alianza, 2005.

Impreso.

Easton Ellis, Bret. *American Psycho*. New York: Vintage, 1991. Impreso.

“La España del Siglo de Oro: tierras y gentes.” *Instituto Cervantes*. Web. Febrero 28 2015.

García-Seco Prieto, David. “Reminiscencias cervantinas en *El juguete rabioso*, de Roberto Arlt.”

Territorios de la Mancha: Versiones y subversiones cervantinas en l literatura

hispanoamericana: Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Estudios

Literarios Hispanoamericanos. Coord. Matías Barchino. España: Servicio de publicaciones de la

U. de Castilla La Mancha, 2007. 541-554. Impreso.

- Gómez Yebra, Antonio A. *El niño-pícaro literario de los siglos de oro*. Barcelona: Anthropos, 1988. Impreso.
- González, Gregorio. *El guitón Onofre*. Ed. Fernando Cabo Aseguinolaza. Logroño: Gobierno de La Rioja, 1995. Impreso.
- . *El guitón Honofre*. Ed. Hazel Genéreux Carrasco. Valencia: Estudios de Hispanofilia, 1973. Impreso.
- Granada, Luis de, Fray. *Obras del V. P. M. Fray Luis De Granada: con un prólogo y la vida del autor*. Tomo 2º. 3ª Ed. Ed. José Joaquín de Mora. Madrid: M. Rivadeneyra, 1860. Impreso.
- Harpham, Geoffrey. "The Grotesque: First Principles". *The Journal of Aesthetics and Art Criticism* 34.4 (verano 1976): 461-468. Impreso.
- Highsmith, Patricia. *The Talented Mr. Ripley*. New York: Alfred A Knopf, 1999. Impreso.
- Iffland, James. *Quevedo and the Grotesque*. Vol. 1. London: Tamesis, 1978. Impreso.
- Kekes, John. *Facing Evil*. New Jersey: Princeton UP, 1990. Impreso.
- Kwon, Misu. "La fusión de los géneros en las novelas picarescas femeninas del Siglo XVII." Disertación. Universidad Complutense de Madrid, 1993. Impreso.
- Laporte, Sarah. "Replanteamiento de la poética de la novela picaresca a través del diálogo." Disertación. Universidad Autónoma de Madrid, 2012. Impreso.
- Lazarillo de Tormes*. 23ª ed. Ed. Francisco Rico. Madrid: Cátedra, 2012. Impreso.
- Liar Liar*. Dir. Tom Shadyac. Imagine Entertainment, 1994. DVD.
- Manuel, Don Juan. *El Conde Lucanor*. Ed. José Manuel Blecua. Madrid: Castalia, 1969. Impreso.
- Maravall, José Antonio. "Desviación social y libertad picaresca." *Ciclo: Sociedad y literatura picaresca en el barroco español*. Madrid: Fundación Juan March. Dic. 07 1982. Radio.
- Martínez, María Victoria. "A vueltas con la honra y el honor: evolución en la concepción de la

- honra y el honor en las sociedades castellanas, desde el medioevo al siglo XVII.” *Revista Borradores VIII-IX* (2008): 1-10. Impreso.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Estudios de crítica histórica y literaria*. Santander: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942. Impreso.
- Molho, Maurice. “¿Qué es el picaresmo?” *Edad de Oro II*. Madrid: Departamento de Literatura Española U. Autónoma de Madrid, 1983. Impreso.
- Montauban, Jannine. *El ajuar de la vida picaresca*. Madrid: Visor Libros, 2003. Impreso.
- Moratilla, Emilio. “Celestinesca en el Guitón Onofre.” *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (1989): 55-70. Impreso.
- Oltra, José Miguel. “Los modelos narrativos de *El guitón Honofre* de Gregorio González.” *Cuadernos de Investigación Filológica X* (1984): 55-76. Impreso.
- Pascual, Emilio, ed. *Picaresca española*. Valladolid: Edival, 1976. Impreso.
- Pedraza Jiménez, Felipe, y Milagros Rodríguez Cáceres. *Manual de la Literatura Española*. Vol. 3º. Navarra: Cénlit, 1980. Impreso.
- . *Las épocas de la literatura española*. Barcelona: Ariel, 2002. Impreso.
- Rey Hazas, Antonio. *La novela picaresca*. Madrid: Anaya, 1990. Impreso.
- Rico, Francisco. “Guitonerías.” *Primera Cuarentena y Tratado general de literatura*. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Edicions deis Quaderns Crema, 1982. 77-79. Impreso.
- . “*El Quijote* con Francisco Rico.” *El ojo crítico*. Madrid: Radio Nacional de España. Enero 12 2015. Radio.
- , ed. *La novela picaresca y el punto de vista*. Barcelona: Seix Barral, 1980. Impreso.
- . *La novela picaresca española*. Vol. I y II. Barcelona: Planeta, 1970. Impreso.
- . “Que todo es relativo.” Barcelona: Ateneo Barcelonés. Enero 21 2014. Vídeo.
- Rojas, Fernando. *La Celestina*. Ed. Marcelino Menéndez y Pelayo. 3ª Ed. Madrid: Espasa-Calpe,

1958. Impreso.

Sáez, Adrián J. “Cuatro calas sobre el paradigma del viaje en algunas novelas picarescas.”

Revista rumano-española de cultura y civilización de los Siglos de Oro II (2011):

107-128. Impreso.

Salcedo Ruíz, Ángel. *La Literatura Española: el Siglo de Oro*. Tomo II. 2ª Ed. Madrid: Casa Editorial Calleja, 1916. Impresión.

Schlikers, Sabine. “Gregorio González, *El guitón Onofre*.” Ed. Klaus Meyer-Minnemann y

Sabine Schlickers. *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2008. 177-192. Impreso.

Sevilla, Florencio: *La novela picaresca española*. Madrid: Castalia, 2001. Impreso.

The Talented Mr. Ripley. Dir. Anthony Minghella. Paramount Pictures, 1999. DVD

Thomson, Philip. *The Grotesque*. London: Methuen, 1972. Impreso.

Torres Villar, Cecill. “San Onofre de Egipto, ermitaño.” *Vidas Santas*. Junio 12 2013. Web. Feb. 28 2014.

Valbuena y Prat, Ángel, ed. *La novela picaresca*. Madrid: Aguilar, 1943. Impreso.

Vázquez León, Antonia María. “Los refranes en la obra *El guitón Onofre* de Gregorio González.”

Paremia 8 (1999). 521-24. Impreso.